

Nosotrxs, Historias Desobedientes

Nosotrxs, **HISTORIAS DESOBEDIENTES**

Primer encuentro internacional
de familiares de genocidas
por la Memoria, la Verdad y la Justicia

ÍNDICE

- 7 **Saludos**
- 11 **Breve historia de la desobediencia**
- 19 Verónica Estay Stange y Carolina Bartalini
Prefacio Torcerle la mano al destino

MANDATOS DE SILENCIO Y LEY DEL PADRE

- 41 Adriana Taboada **El recorrido de la verdad**
- 48 Liliana Furió **Deconstruyendo el patriarcado**
- 52 Mariana Dopazo **Más allá de un padre**
- 56 Gloria Elgueta Pinto **Violencia política del Estado,
impunidad y negacionismo en el Chile actual**
- 61 Pablo Llonto **Las leyes que faltan**

"NO ME CONTÉIS MÁS CUENTOS, QUE VENGO DE MUY LEJOS"

- 71 Alexandra Senfft **La larga sombra de los genocidas**
- 88 Lizy Raggio **Como dos extrañas en la noche**
- 92 Vittoria é Natto **Luna azul en tortura**
- 100 Nora Cortiñas **Pasos son**

LA PALABRA EN ACCIÓN

- 107 Carolina Bartalini **Cuando no se puede no decir**
115 Florencia Jibaja Albarez **Los escritos urgentes**
118 Uki Goñi **Gritar cuando todos guardan silencio**
125 Verónica Estay Stange **Un oxímoron ambulante**

CONCLUSIONES

- 135 Daniel Feierstein **Abriendo caminos**
140 Ana N. Berezin **Un encuentro tan esperado:
nuevas voces en la Resistencia**
- 149 **Agradecimientos**
151 **Autorxs**

Saludo este encuentro de Historias Desobedientes con la convicción de compartir *la memoria, la verdad y la justicia* como horizonte democrático. Que quienes convivieron con los perpetradores del horror puedan tomar distancia y reconocerse en las banderas de nuestro pueblo, es una demostración de que la memoria vence al olvido. Que la lucha de nuestras y nuestros 30 mil siga inspirando lo mejor de nosotros. Les deseo un fructífero encuentro.

Victoria Montenegro

Nieta restituida

Presidenta de la Comisión de Derechos Humanos
de la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Este libro es el resultado de mucho esfuerzo, trabajo y compromiso de quienes integramos Historias Desobedientes. Es un registro que documenta el *Primer encuentro internacional de Historias Desobedientes* y que da cuenta de ciertas reflexiones e interrogantes que se generaron a partir del surgimiento de este Colectivo. Pretende ser un aporte para seguir pensando qué implicancia y responsabilidad tenemos –desde esta condición de familiares de genocidas que nos toca– en la transmisión de la memoria y en la construcción de una sociedad más justa, solidaria y con lugar para todxs; esa sociedad con la que soñaron nuestros 30 mil.

Entendemos que el surgimiento de un colectivo conformado por personas que tienen un vínculo filiatorio con los genocidas es un fenómeno social que se gesta en Argentina –para luego extenderse a Chile y vincularse con Alemania– como consecuencia del recorrido que como sociedad hemos efectuado en materia de derechos humanos. Una vez más, queremos agradecer la lucha incansable y amorosa de tantos años llevada a cabo por una colectividad que perseveró en el camino de la justicia, en la búsqueda de verdad y en la construcción de la memoria colectiva. Agradecemos a lxs sobrevivientes del horror y a lxs hijxs y familiares de ex detenidxs y desaparecidxs por sus valiosas palabras y sus testimonios, que nos han permitido, a lo largo de nuestro propio recorrido, buscar la verdad, reconocerla y asumir un posicionamiento ético respecto a ella. Gracias a las Madres y a la Abuelas por marcarnos el camino.

Analia Kalinec
Presidenta de Historias Desobedientes

Breve historia de la desobediencia

En mayo de 2017, después del fallo de la Corte Suprema de Justicia conocido como el “2 x 1”, muchxs¹ de nosotrxs empezamos a buscar la manera de alzar la voz, entendiendo el retroceso que el gobierno actual estaba llevando a cabo en materia de derechos humanos. A partir de publicaciones en la prensa, nos dimos cuenta de que no éramos lxs únicxs con estas inquietudes y comenzamos a encontrarnos. Así nace *Historias Desobedientes: hijas, hijos y familiares de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia*.

El primer encuentro se realizó el 25 de mayo de 2017. En ese momento éramos cinco hijas de genocidas y un hijo. En menos de diez días decidimos salir con nuestra bandera, como primera acción política el 3 de junio, en la manifestación de “Ni Una Menos”. Algunos medios levantaron esta noticia y nuestra bandera fue tapa del diario *Tiempo Argentino*. Comenzaron entonces a llamarnos de diferentes medios nacionales e internacionales y empezaron también a contactarse con nosotrxs otrxs hijas, hijos, nietas y nietos, hermanos y sobrinos de genocidas. Organizarnos fue una tarea difícil, pero necesaria. Y acá estamos.

¹ En este texto colectivo, al igual que en el título del volumen, decidimos utilizar la partícula “x” en tanto signo propio a la ortografía inclusiva. A lo largo del libro, los marcadores de género (de las letras “x” o “e” utilizadas como morfemas neutros y englobantes, a la distinción genérica tradicional) irán variando según el estilo y la voluntad de cada unx de lxs autorxs [n. de las eds.].

Al comenzar a reunirnos, de inmediato advertimos las diferencias. Había tantas historias y particularidades como integrantes: edades, recorridos, vivencias, modos de elaboración de cada relato; parentesco con genocidas de distintas fuerzas y jerarquías, vivos y condenados, vivos e impunes, muertos y condenados, muertos pero impunes, con domiciliarias o en cárceles. Todos responsables de crímenes de lesa humanidad, de un genocidio.

Hemos enfrentado el desafío de funcionar colectivamente, priorizando la fuerza que nos ha dado el encontrarnos, el saber que nunca más estaremos solas ni solos. Hemos crecido con formaciones y costumbres muy endogámicas, venimos de familias muy cerradas. Esto hace mayor el desafío de constituir un colectivo en el que el otrx esté presente en cada unx.

Entendemos que nuestra potencia radica en dos aspectos fundamentales: funcionar colectivamente y plantarnos en la posición ética que nos define. Repudiamos el accionar de nuestros familiares genocidas: los crímenes que cometieron, que mantienen vigencia, y de los que nunca se arrepintieron. Repudiamos también el accionar represivo que asumen hoy las fuerzas armadas y de seguridad en contra del pueblo y en defensa de los poderosos que se pretenden dueños de la vida y de los destinos de lxs argentinx.

Somos lxs hijas, hijos, nietas, nietos y familiares de los genocidas que protagonizaron la feroz dictadura de la historia argentina. De allí venimos. Nacimos en el seno de esas familias. Fueron esos individuos los que nos llevaron a la escuela y nos enseñaron lo que estaba bien y lo que estaba mal. Nos dijeron lo que debíamos pensar acerca del mundo y de lo que ocurría en él. Crecimos en esos hogares en los que alguien nos enseñó a rezar y a creer.

Creímos en Dios, en la familia y en nuestros padres. Acatamos por miedo o por amor todo lo que pudimos y nos esforzamos en seguir creyendo. Hasta que ya no pudimos más y la verdad nos explotó en la cara.

Desde aquel momento, vivimos un largo y doloroso proceso hasta que por fin pudimos decir con orgullo que estamos despiertxs. Con los ojos bien abiertos y limpios de lágrimas. Porque la verdad duele, pero una vez que se conoce, ilumina el camino a seguir y no hay posibilidad de dar marcha atrás.

Porque estamos despiertxs y somos libres es que hoy queremos manifestar nuestra posición públicamente frente a aquella barbarie que fue la dictadura, y cuyas consecuencias están siempre presentes. Lo hacemos desde la convicción que nos da nuestra propia experiencia de familiares. Lo hacemos desde el dolor de la decepción, pero también desde el amor y la confianza que nos permiten encontrarnos y abrazarnos. Y lo hacemos porque las víctimas del genocidio del Estado siguen esperando que se haga justicia: nosotrxs debemos y queremos marchar a su lado.

Entendemos que no hay justicia si no se reconoce que una generación fue diezmada desde el mismo poder del Estado. Si no se castiga tanto crimen, tanta tortura, tanta desaparición forzada, tanto robo de identidad.

Cada recorrido es personal y diferente, pero todos están atravesados por la soledad y la vergüenza. Individualmente, hemos vivido relaciones muy distintas con nuestros familiares genocidas: algunos fueron afectuosos, protectores, amorosos; otros, fríos, distantes, violentos o abusadores. Poder tomar distancia de algo tan íntimo como la “propia sangre” es un recorrido doloroso pero necesario, que nos libera del peso de la “culpa” por lo que nuestros predecesores hicieron. Si bien el vínculo filiatorio determina nuestro encuentro, no es la relación personal que tuvimos con el familiar lo que nos convoca, sino un posicionamiento social y colectivo de repudio al accionar genocida.

Observamos que durante el período de existencia del Colectivo (poco más de un año) la visibilización de nuestro posicionamiento ha animado a otrxs familiares a pronunciarse en contra de los mandatos de obediencia. Sabemos que somos muchxs más. Sabemos que frente

a los intentos por reinstaurar la impunidad y el negacionismo tenemos que ser muchxs más desobedientes que decidan romper con los silenciamientos.

Tomamos el ejemplo de los organismos de derechos humanos, de las Madres, de las Abuelas, de lxs Hijxs, de lxs Sobrevivientes, de lxs Familiares. El amor y la constancia en la búsqueda de memoria, verdad y justicia, han sido nuestro faro en medio de tanta oscuridad. Fue así como entendimos que teníamos que estar juntxs, organizarnos colectivamente y participar de manera activa y comprometida en este presente que nos insta a superar la vergüenza y a trascender las individualidades para construirnos como una voz que diga lo que hasta ahora no se ha dicho en este país: lxs hijas, hijos y familiares de genocidas repudiamos sus crímenes, sus prácticas represivas, sus pactos de silencio e impunidad. *Nosotrxs, Historias Desobedientes*, no nos reconciliamos. No perdonamos. Y no nos callamos.

Ahora que nos encontramos y que juntxs manifestamos nuestro repudio, queremos multiplicarnos, despertar otras voces acalladas, sometidas como antes estuvieron las nuestras, porque sabemos que son muchxs lxs que se niegan a admitir el horror cometido y que, por distintos motivos, aún no han podido liberarse. Tenemos claro que el mandato de silencio, el disciplinamiento de los cuerpos y las identidades, el plan sistemático de represión, desaparición, asesinato y robo de niñxs fue un genocidio de Estado que pretendió quebrar los lazos comunitarios y echar atrás los logros en materia de derechos y conquistas sociales. No nos sometemos tampoco al individualismo, práctica que los genocidas y sus cómplices civiles, judiciales, empresarios y eclesiásticos pretendieron imponer, y cuyas secuelas todavía están muy presentes en nuestra sociedad actual.

Intención, mira, proyecto, plan, meta, finalidad a alcanzar, son algunos de los sinónimos que definen la palabra “objetivo”. Como un barco que navega y marca un rumbo, así el Colectivo Historias

Desobedientes fue definiendo sus objetivos desde su origen. Ellos fueron madurando y creciendo en función de recorridos y experiencias que hasta el día de hoy nos van consolidando: porque, como diría José Agustín Goytisolo, “aún estoy [estamos] en el camino ...”

Uno de los primeros y primordiales objetivos del Colectivo fue *encontrarnos*. A partir de la certeza de que no éramos lxs únicxs, descubrimos que nuestro repudio al accionar criminal de nuestros familiares genocidas no era tan descabellado, especialmente en el marco del actual gobierno macrista que insiste en la negación como práctica sistemática. El objetivo fundante fue pues contactarnos, conocernos. A partir de entonces se conformó un grupo humano con un fuerte lazo emocional, e incluso fraternal. De esa forma se organizaron reuniones con intensos debates e intercambios de ideas.

En estos primeros encuentros, decidimos que seríamos *un colectivo destinado a intervenir en lo político-social*, con una marcada orientación hacia la defensa del trabajo de memoria, verdad y justicia, y decidido a colaborar para que nunca más las fuerzas armadas y de seguridad se utilicen como instrumento de represión en la sociedad.

Otro de los objetivos que surgió en ese tiempo fue la búsqueda de modos de difusión: *dar a conocer nuestra existencia*. Al poco tiempo de habernos constituido grupalmente publicamos un documento marcando nuestra posición y tratando de definir para afuera (y para nosotrxs mismxs) los propósitos que teníamos. El hecho de mediatizar y visibilizar nuestra existencia permitió que se acercaran más integrantes. Desde ese entonces, más de cien familiares de genocidas de Argentina y de distintas partes del mundo se han puesto en contacto con nosotrxs, y poco a poco se ha ido organizando el brazo chileno del Colectivo, que retoma los principios fundamentales de la desobediencia, adaptándolos a las especificidades del país transandino.

A partir de nuestra aparición pública, surgió otro objetivo: el de participar en todos los actos colectivos centrados en la defensa y la profundización de los derechos individuales, sociales y políticos. Fue

así como decidimos estar presentes en las marchas de repudio por la desaparición forzada de Santiago Maldonado y en las actividades de reclamo de justicia por su muerte; también respondimos a las convocatorias que hicieron *Madres, Abuelas y Vecinos Sin Genocidas* en Mar del Plata para oponerse al otorgamiento de la prisión domiciliaria a Miguel Etchecolatz; asistimos a juicios por delitos de lesa humanidad; concurrimos a homenajes a las víctimas que se llevaron a cabo en sitios de memoria como la ex ESMA y el ex Olimpo; y participamos en la última protesta por la desaparición de Julio López. El pasado 24 de marzo, por primera vez, los familiares de genocidas marchamos bajo una bandera que nos identificaba como tales.

El conocimiento público de nuestra existencia hizo que nos comenzaran a convocar para dar charlas en escuelas, universidades, centros vecinales y demás organizaciones de la sociedad civil. Consideramos estas intervenciones como un aporte y una misión importante que tenemos como colectivo: *dar a conocer nuestro testimonio* y, a partir de él, profundizar en las políticas de memoria, verdad y justicia, reflexionando sobre el rol pasado y presente de las fuerzas armadas y de seguridad en la sociedad.

En noviembre de 2017, buscando dar testimonio en los juicios de lesa humanidad, se produjo un debate interno que puso en evidencia la necesidad de presentar un proyecto para modificar el Código Procesal Penal en los artículos 178 y 242, los cuales impiden a lxs hijxs denunciar y testificar contra sus padres y familiares, a menos que hayan sido víctimas directas del delito en cuestión. Este proyecto surgió a partir de la experiencia personal de Pablo Verna, hijo de un padre genocida impune cuyo testimonio fue desestimado por la justicia. Presentamos el proyecto en el Congreso Nacional, ya que sabemos que puede haber otrxs hijxs de genocidas que también estén en condiciones de hacer aportes a la justicia. Nuestra propuesta debería ser tratada en las comisiones correspondientes, aunque todavía no se ha hecho (ya ha pasado más de un año). Este fue el primer paso hacia el

alcance de otro de nuestros objetivos: que lxs familiares de genocidas también podamos declarar en las querellas dentro de los juicios de lesa humanidad. En este punto consideramos oportuno aclarar que, además de alzar nuestra propia voz, reclamamos a nuestrxs familiares que ellos también hablen y confiesen. Sabemos que tienen información importante para el proceso de justicia, y que sin embargo han decidido seguirla ocultando a la sociedad.

Por último, otro objetivo fundamental es generar espacios de encuentro y reflexión entre lxs familiares de los genocidas de nuestro país y de distintos lugares del mundo. Esperamos que este Encuentro internacional sea el primero de muchos más.

Historias Desobedientes se afirma y afirma que...

... desobedecemos a la autoridad que exige respeto por tener un uniforme, un arma, una sotana o un cargo importante y que al mismo tiempo es incapaz de respetar la dignidad de un ser humano;

... desobedecemos al imperativo de incondicionalidad filiatoria hacia aquellxs familiares que nos mintieron, nos ocultaron información y nos defraudaron; aquellxs que fueron capaces de secuestrar, torturar, robar, violar, asesinar y desaparecer;

... desobedecemos, por lo tanto, a la exigencia de complicidad familiar;

... desobedecemos ante el temor, el sometimiento, la violencia; desobedecemos frente a la vergüenza y el silencio. Porque no solo desobedecemos a la ley del padre, también desobedecemos al mandato social que nos insta al silencio y nos identifica con el genocida y con el pensamiento genocida;

... desobedecemos frente a la imposición de un discurso único, sobre todo cuando lo definen los poderosos;

... desobedecemos al odio y al rechazo, que nos inculcaron, por los que piensan distinto;

... desobedecemos al mandato de silencio porque nuestras voces acalladas tienen mucho que decir;

... desobedecemos, sobre todo, al *imperativo de la culpa por desobedecer*.

En *Historias Desobedientes* nos comprometemos a crear un espacio de encuentro solidario para quienes vivieron experiencias similares a las nuestras y quieren enfrentarse a la verdad.

Apoyamos y acompañamos los reclamos de los colectivos defensores de los derechos humanos por memoria, verdad y justicia.

Hablamos para defender la justicia.

Repudiamos para no ser cómplices.

Desobedecemos para romper mandatos.

Verónica Estay Stange y Carolina Bartalini

Prefacio Torcerle la mano al destino

Perdidos en los recovecos de la Historia, depositarios de sus más grandes silencios y sus más radicales contradicciones, uno a uno fueron llegando los Desobedientes, sin otro equipaje que un puñado de relatos por construir. Se dice que los grandes encuentros son obra del destino: el mundo se pliega a la posibilidad de lo que se va gestando en una serie de felices coincidencias, hasta que todo converge en determinado punto. No fue así como ocurrió este encuentro, humilde y laborioso acontecimiento cuyo valor reside justamente en haberse producido al margen de cualquier designio o predestinación: “nos encontramos. No porque nos teníamos que encontrar, ni porque el destino así lo había marcado. Nos encontramos porque lo estábamos buscando”.² Hubo que conquistar palmo a palmo el territorio íntimo de la conciencia, romper con las cadenas de la filiación, asumir la ignominia del desheredado, del bastardo, del paria, del hijo pródigo sin retorno posible, para que ese *yo*, desde su inmensa soledad, se transformara en un *nosotros*: mejor aun, en un *nosotrxs*.³ El primer gesto de desobediencia, el más elemental, de *Historias Desobedientes*, es el

2 Analía Kalinec, “Hijas de represores, 30 000 motivos”, *Escritos Desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia*, Buenos Aires, Marea, 2018, p. 42.

3 Transición de la cual daremos cuenta empleando en lo sucesivo la ortografía incluyente: performatividad de la escritura que la transforma también en un espacio resistencia.

que hizo posible su constitución misma: fue preciso torcerle la mano al destino.

De ahí la importancia de este “Primer encuentro internacional”; encuentro político y académico que sella un encuentro esencialmente paradójico y, quizás por eso mismo, profundamente humano. *Paradójico*, en efecto, ya que opuesto a los principios de la lógica, del sentido común, de la *doxa* anclada en los estereotipos y las representaciones colectivas que definen nuestra cultura. Desde esa perspectiva, lxs Desobedientes no solo *no estaban destinadxs a encontrarse*, sino que *estaban destinadxs a no encontrarse*, en la medida en que cada unx de ellxs, como familiar de criminales de lesa humanidad, *estaba destinadx a no desobedecer*. Las razones son evidentes: no existe atavismo más implacable que el de la filiación, secreto más potente que el de familia, estigma más grande que el del crimen, ni factor de aislamiento más radical que la culpa o la vergüenza. Así, el encuentro cuyo rastro guarda el presente volumen es en sí mismo un acto de resistencia y de libertad: no ocurre *como consecuencia lógica de algo*, sino *a pesar de todo*. Porque la desobediencia, manifestación por excelencia del libre arbitrio, requiere un trabajo, un esfuerzo, y representa una elección voluntaria cuyo costo es preciso asumir. En este marco, el hecho de que lxs participantes del encuentro no hayan sido únicamente integrantes del Colectivo sino académicxs, especialistas de distintas áreas (derecho, sociología, filosofía, psicología y psicoanálisis), periodistas, editorxs, artistas, documentalistas y militantes por los derechos humanos, no deja de ser significativo; ya que, sin el apoyo de los diversos sectores de la sociedad, el camino de la desobediencia no solo sería mucho más solitario, sino que perdería todo sentido.

Nosotrxs: esta falla en el sistema

El título de este libro, *Nosotrxs, Historias Desobedientes*, da cuenta precisamente de nuestra existencia, tan poco probable y previsible, como colectivo. Si se la analiza con detenimiento, la “x” en el pronombre que nos designa tiene una función no solo político-gramatical, sino también deíctica y simbólica. En tanto “partícula inclusiva” (que asocia el género masculino y femenino), ella condensa una reivindicación de género presente desde nuestro surgimiento: el grupo fue fundado y está constituido en gran parte por mujeres, definiéndose por su naturaleza misma como un espacio *incluyente*; un espacio para la alteridad. En tanto marca de ubicación espacio-temporal – pensemos en los mapas de los navegantes, de los caminantes; o, en nuestros días, de los usuarios del metro a los que esa señal indica “usted está aquí” –, la “x” manifiesta gráficamente nuestra presencia en un contexto particular: “aquí y ahora estamos”. Como transgresión deliberada de la ortografía, ella se vuelve en fin símbolo de desobediencia, inscribiendo a esta última en la propia palabra. Así considerada, la “x” indica simplemente que “esto somos”: esta falla, esta *falta*, esta herida en la escritura. Para que no olvidemos que hasta los sistemas más conservadores, coercitivos y deterministas – como el de parentesco, como el del patriarcado, como el de la lengua ... – pueden ser transformados, reinventados.

Podríamos decir que, en su conjunto, y sin que en principio lo hayamos previsto de esa manera, este libro se organiza en torno a las distintas funciones que la “x” puede adquirir en el contexto de un “nosotrxs”: bandera de género, marca de una presencia subjetiva, y símbolo de transgresión por medio de la palabra. Cada uno de estos aspectos es pues desarrollado en las distintas partes que componen el volumen: “Mandatos de silencio y ley del padre”, “No me contéis más cuentos, que vengo de muy lejos”, y “La palabra en acción”.

En cuanto al primer eje de reflexión, la relación entre cuestionamientos de género y desobediencia es un fenómeno que en sí mismo

plantea numerosos interrogantes, y que está lejos de haber sido plenamente elucidado. Al respecto, recordemos que la primera aparición pública del Colectivo tuvo lugar en el contexto de las manifestaciones feministas de 2017, y que varios de sus integrantes han hablado del machismo que existía en el interior de sus familias. Si bien el hecho de que la mayoría de los responsables de los crímenes cometidos haya sido de sexo masculino debe ser tomado en cuenta, este factor no es suficiente para explicar la tendencia marcadamente feminista de lxs Desobedientes. Una de las hipótesis que pueden ser consideradas es que la violencia dictatorial en su conjunto supone una *falla en la función paterna* –una vez más, la *falla ...*–. Dicha función tiene que ver no con los elementos biológicos que determinan lo masculino o lo femenino, sino con una construcción social; y, como el psicoanálisis, de Freud a Lacan, lo ha demostrado, ella garantiza (o debería garantizar) la existencia de normas, leyes y principios de interacción que hacen posible la vida en colectividad. Así, Historias Desobedientes explicita el carácter transversal de esta función que va de la familia al Estado y a la *Patria* –cuya raíz etimológica remite precisamente al *padre*–, y denuncia su perversión en el marco de un sistema totalitario. Las normas y prohibiciones que deberían regular la interacción se transforman así en mandatos que la obstaculizan o la hacen imposible.

Las contribuciones que confirman este planteamiento recorren los distintos niveles en los que la función paterna, y sus desvíos, se manifiestan. Desde una perspectiva psicoanalítica, Adriana Taboada pone en evidencia el estrecho vínculo existente entre la falla en esta función y el “mandato silencio” imperante en las familias de los represores. Sobre esta base, analiza paso a paso el “Recorrido de la verdad” que conduce al Desobediente a disociarse del sistema de valores inicial para adoptar, consciente y deliberadamente, un sistema basado en el respeto a los derechos fundamentales del ser humano.

Abordando esta misma problemática a partir de su propia experiencia, Liliana Furió interroga la relación entre identidad sexual y

represión dictatorial dentro de lo que se podría llamar una *tortura de género*, tomando como ejemplos representativos los testimonios de mujeres sobrevivientes de Mendoza –ciudad donde su padre participó activamente en la represión–, a las cuales rinde homenaje. Considerando el horizonte político-ortográfico que la letra “x” nos ha permitido entrever, la frase con la que comienza este texto no deja de ser significativa: “tengo dificultades para expresarme a través de la escritura. No sé exactamente por qué, pero lo intuyo” ...

De modo semejante, Mariana Dopazo –una de las primeras personas que en Argentina se declaró “ex hija” de un genocida– da cuenta del proceso que la llevó a solicitar su cambio de apellido. Asumiendo que, “Más allá de un padre”, la figura a la cual estaba confrontada era la de un criminal de lesa humanidad, describe las condiciones que hicieron posible atribuir a ese gesto y a otros semejantes una dimensión propiamente política. De nuevo, el quiebre en el significante lingüístico permite oponerse a la falla estructural en el sistema familiar y social: es así como el cambio de apellido abrió la “posibilidad de inscribir algo nuevo en la construcción subjetiva, marcando los límites de una función paterna que no puede conjugarse con la crueldad”.

En el nivel más general, la falla en la función paterna estaría íntimamente relacionada con la violencia de los sistemas totalitarios, así como con sus mandatos de silencio y obediencia. En este nivel, Gloria Elgueta Pinto analiza el vínculo entre la violencia ejercida desde las más altas esferas de la sociedad, por un lado, y los problemas de “impunidad y negacionismo”, por otro. Esta reflexión muestra que la construcción de un discurso histórico basado en la negación o la justificación de los crímenes cometidos no tiene solamente implicaciones simbólicas, sino también consecuencias pragmáticas en la medida en que conduce a la impunidad. La falta de asunción y reconocimiento de esos crímenes *en el discurso* del Estado estaría pues relacionada con la falta de sanción *en el plano jurídico y pragmático*. Del decir al hacer, y de la dictadura a la post dictadura, el negacionismo se transforma en

un arma muy eficaz; un arma contra la cual se levantan, entre muchas otras, las voces de lxs Desobedientes.

En este mismo nivel –el del Estado–, Pablo Llonto se refiere a la “ley” en el sentido propiamente constitucional del término, sugiriendo que la falla corresponde no solo a un “mandato” disfuncional sino también a un vacío: el de “Las leyes que faltan”. Porque un imperativo tiránico tarde o temprano reclama su contrario. Es así como la prohibición de denunciar o testificar “contra una línea de familiares ascendiente o descendiente en torno a delitos cometidos por estos últimos” se ve confrontada hoy en día al requerimiento opuesto, planteado no solo como una exigencia, sino como un derecho. El argumento expuesto por Llonto en nombre de lxs Desobedientes es al mismo tiempo contundente y profundamente conmovedor: “nosotros y nosotras somos la humanidad, somos parte de la humanidad. Nosotros somos parte de la humanidad y estos delitos que cometieron nuestros padres, abuelos, tíos, son de lesa humanidad. Por lo tanto, nosotros somos afectados por esos delitos; por lo tanto, nosotros tenemos derecho a hablar, a testificar y a denunciar como parte de la humanidad. No nos saquen de la humanidad por ser hijas e hijos de genocidas”.

Esta afirmación pone de manifiesto, en última instancia, la necesidad de hacer frente a la *falla en el sistema* por medio de la afirmación del “aquí y ahora” de la subjetividad y, más aun, de la humanidad. En el paso de lo individual a lo colectivo, de la micro-historia a la Historia, el testimonio adquiere su plena significación.

Historias: poética y política del testimonio

Cuando el mandato de silencio es impuesto (de manera implícita o explícita) y corroborado día a día, desde la infancia y durante años, al punto de interiorizarse como elemento constitutivo de la vida psíquica, hablar cuesta caro: cada Desobediente lo sabe por experiencia propia.

No se trata solo de las rupturas familiares que esa “traición” implica, sino también, y antes que nada, del quiebre interior que en estos casos produce la palabra. Para el depositario de secretos tan herméticamente guardados, hablar es como partirse en dos. En el fondo, es quizás en razón de esta vulnerabilidad asumida que la desobediencia cuestiona las representaciones tradicionales de género: en sociedades como la nuestra, la “hombría” consiste en no *abrirse* nunca, decía Octavio Paz. Las reflexiones que desarrolló al respecto en torno a la cultura mexicana pueden perfectamente transponerse a la cultura patriarcal de América del Sur –sobre todo en el marco de la comunidad militar o militarizada–, y explicar por lo menos en parte el carácter feminista de un colectivo basado en la exposición y la politización de lo íntimo. Comentando el empleo del mexicanismo “rajarse” –metáfora que remite al sexo femenino, esa “herida que jamás cicatriza”–, Paz sugiere que, según los estereotipos de género, la femineidad estaría relacionada con la imposibilidad de evitar que el “mundo exterior penetre en [la] intimidad”, y por lo tanto con la incapacidad de guardar secretos o de hacer frente a los peligros.⁴

Nosotrxs, lxs Desobedientes, hablamos pues desde esta herida que conduce del sexo al género: marca de lo que se entrega, de lo que trasciende sus límites, de lo que no se calla ni se disimula, de lo que se abre a la alteridad. *Dar* testimonio es efectivamente *entregarle* algo a otrx, y sobre todo *entregarse* a él o ella, gesto que más duele cuanto más resistencias debe vencer. Así concebido, este rasgo característico de la desobediencia no es un signo de debilidad sino, por el contrario, la marca de una gran solidez: hay que ser muy fuerte para abrirse sin dislocarse –en el sentido propio de *salirse de su lugar*– y sin desintegrarse –en el sentido propio también de *mantenerse como entidad unificada*, de *persistir en la entereza*: “integralidad” que en el plano moral define la “integridad”–. Si *las* Desobedientes reinventan el rol de género, *los*

4 Octavio Paz, “Máscaras mexicanas”, *El laberinto de la soledad. Posdata. Vuelta a “El laberinto de la soledad”*, 3a ed., FCE, México, 1999 (1a ed. 1981), p. 165.

Desobedientes lo cuestionan a través de una doble transgresión: de la filiación y de los códigos que definen la “hombría”. De ahí el valor de *los* compañeros que, rechazando el modelo paterno, se niegan identificarse con él no solo como hijos, sino también como hombres.

Desde luego, el proceso de *apertura* que lleva a un Desobediente a tomar la palabra es largo y doloroso. Poco a poco se pierde en inocencia y en candor lo que se gana en lucidez: “todo lo que me puedas decir ya me lo contó mi viejo para justificar lo que se hizo. Por eso, a mí no me engañás”, decía Lorna Milena en los *Escritos Desobedientes*.⁵ “No me contéis más cuentos, que vengo de muy lejos y me sé todos los cuentos”, decía León Felipe ...⁶

Los textos que conforman la segunda parte de este libro dan cuenta de ese camino que es primero personal (en la medida en que se desarrolla en la interioridad de cada quien), y luego colectivo. En efecto, lo colectivo es una suma de subjetividades reunidas en torno a rasgos comunes, y este Colectivo en particular no está hecho sino de *historias* que se llaman y se responden. A través del relato testimonial, unas y otros dicen “aquí estoy” –afirmación personal que pasa por las estrategias discursivas más diversas, a través de las cuales toman forma distintas *poéticas*–, para decir al fin “aquí estamos” –afirmación colectiva que le permite al testimonio acceder a una dimensión propiamente *política*–. El testimonio, individual y colectivo, permite pues marcar nuestro lugar en el mapa de la Historia y en la cartografía general de la memoria.

En “La larga sombra de los genocidas”, Alexandra Senfft, nieta de un oficial nazi, describe los modos de pensar y de sentir, así como los “patrones de comportamiento” que tienden a perpetuar la forma de vida propia al nacionalsocialismo en la sociedad alemana actual. Sobre esta base, recordando las prohibiciones y los mecanismos de negación que existían en el interior de su propia familia, relata el proceso que le permitió primero acceder a ese pasado para conocer lo que

5 “Entre... x mundos”, *Escritos Desobedientes*, op. cit., p. 124.

6 “Quiero... Sueño”, *Nueva antología rota*, Finisterre, México, 1974, p. 176.

efectivamente había ocurrido en torno a su abuelo, y luego formularlo a través de la escritura. Del saber al decir, la identidad se construye como afirmación de *sí frente* a *lxs* demás (*lxs* integrantes de su familia con los que tuvo que romper vínculos), pero también *con* *lxs* demás (*lxs* lectores a los que la autora se dirige, las personas que han vivido experiencias semejantes, la comunidad que intenta transformar, los actores de la Historia con la cual se entreteje su propia historia).

Un recorrido semejante describe Lizy Raggio en el testimonio literario “Como dos extrañas en la noche”. Interpelada por las distintas apariciones en sueños de Josefina, su tía abuela, la autora comienza a investigar sobre la participación de su padre en la represión ejercida por la dictadura. El precio de la lucidez es el desgarró: “amé profundamente a mi padre, con sus aciertos y errores, y también repudí con la misma intensidad sus actos como hombre”. “Esta mezcla de amor y repudio”, tan claramente descrita en este cuento, es probablemente la aporía definitoria de la desobediencia, y también el núcleo de su potencia ética: la condena no viene del odio, sino del amor. La mencionada posibilidad de “abrirse sin dislocarse” alcanza entonces su punto culminante: se trata de abrirse para albergar dentro de sí una de las contradicciones afectivas más grandes que se pueden concebir.

Pero, en el campo testimonial, las experiencias de vida puestas en relato son tan distintas como las personas que conforman el Colectivo. Hay Desobedientes para *lxs* cuales la figura paterna está totalmente disociada de la figura del criminal, pero hay otrxs para *lxs* que el torturador se identifica y se confunde con el padre. El poema “Luna azul en tortura”, de Vittoria é Natto, describe la imagen insoportable de un padre que torturó a su propia hija, siguiendo las órdenes que sus superiores le dieron al descubrir que el nombre su esposa aparecía en una lista de militantes de izquierda. Reviviendo las escenas con toda su crudeza, este relato nos confronta con el problema del estatuto de *lxs* hijxs de criminales: ¿criminales por procuración, o víctimas? La respuesta en este caso no deja lugar a dudas.

Pero, considerado desde una mirada colectiva, el tema de la “victimización” ha planteado grandes interrogantes en la elaboración de una *política del testimonio* propia a lxs Desobedientes como actor social. Al respecto, la posición asumida por el Colectivo responde a la necesidad de encontrar un lugar que le sea propio: si bien en el ámbito personal y familiar muchxs integrantes fueron efectivamente víctimas en el pleno sentido del término, y si bien todxs nosotrxs en general podemos considerarnos como “afectadx” del mismo modo que la sociedad en su conjunto, en el ámbito político Historias Desobedientes no puede sino reconocer que “las víctimas no somos nosotrxs”; esto es, las víctimas históricas, a cuya exigencia de reparación y justicia nos sumamos. En el paso de lo individual a lo colectivo, la construcción de una política del testimonio implica inevitablemente el abandono de ciertas especificidades –a veces las más terribles– de nuestras propias historias.

En fin, si lxs Desobedientes han podido *dar* su testimonio y *darse* a través de él, es porque frente a ellxs hay personas capaces de *recibir*lxs, de *acoger*lxs, abriéndose también en un gesto no menos complejo y doloroso. Nuestro “aquí y ahora” nada significaría si no fuera confirmado por el “aquí y ahora” de aquellas y aquellos a quienes nos dirigimos, y por quienes en definitiva existimos grupalmente. Nora Cortiñas, Norita, cierra pues esta segunda parte narrando las dificultades a las que las Madres de la Plaza de Mayo se vieron confrontadas cuando surgió Historias Desobedientes, y las resistencias que fue preciso vencer para *abrirse* al diálogo. “Pasos son”, dice ella; ella que viene también de tan lejos ...

Desobedientes: una ética en (de)construcción

El principal desafío que Historias Desobedientes ha tenido que enfrentar como colectivo es sin duda alguna la constitución de un *ethos* en

torno al rasgo que hace más vulnerables a sus integrantes: el hecho de tener vínculos de parentesco con criminales (y de reconocerlo abiertamente), condición que no solo dificulta la constitución de ese *ethos*, sino que impone de entrada una “ética negativa” que ha sido necesario desmontar a golpes de verdad. La palabra *desobediencia* lleva en sí misma la marca de la disociación y de la transgresión. Así, ha sido preciso realizar un trabajo de *deconstrucción* paralelo a la definición de una ética que pueda considerarse como “positiva” tanto por los valores que proclama como por el gesto de afirmación que supone: una ética asumida y no padecida, elegida y no impuesta. Ninguna forma de dignidad o de legitimidad estaba dada de antemano; por el contrario, lxs integrantes del Colectivo cargaban con estigmas (muchas veces interiorizados) de los que en principio parecía imposible liberarse. Para poder *ser*, individual y colectivamente, lxs Desobedientes han tenido que definir de entrada lo que *no son*: gritarlo fuerte, demostrarlo. Uno de los principales objetivos de este “Encuentro internacional” fue justamente analizar el paso de la *deconstrucción* que exige la desobediencia a la *construcción* que implica el trabajo de memoria, verdad y justicia. En razón de su importancia, esta problemática es en realidad transversal al conjunto de textos que componen este libro.

Dada la complejidad inherente a Historias Desobedientes, y dado que, frente a este actor político sin precedentes, no había proyectos o modelos previos a los cuales recurrir, desde su fundación ha sido imprescindible asociar la acción a la reflexión. Si bien la incansable labor llevada a cabo por las organizaciones de derechos humanos y de sobrevivientes de la dictadura ha marcado pautas fundamentales, la posición particular del Colectivo exige un cuestionamiento y una explicitación constantes de los principios que lo definen, de la finalidad que lo orienta y del sentido de su presencia en la sociedad. Aun más que otras organizaciones cuyo espacio estaba reservado de antemano, este grupo requiere un “meta-discurso” incesante: no solo un discurso sobre el *hacer*, sino también sobre el propio *decir*. Si la poética y la

política de la desobediencia pasan por la palabra (por las *Historias* que revela el testimonio), su ética pasa por la reflexividad de la palabra: una palabra que se piensa, que se interroga en cuanto tal. Una palabra que no solo conduce a la acción sino que es una “palabra en acción” tanto por su potencia *performativa* como por su capacidad de volver sobre sí misma. La palabra, que *Historias Desobedientes* explora en todas sus dimensiones, es su principal –aunque modesta– arma de batalla. Así, no es casualidad que al poco tiempo del surgimiento del Colectivo hayan sido publicados los *Escritos Desobedientes* (Marea, 2018).

Los textos que componen la tercera parte de este libro tienen precisamente la particularidad de *pensar el decir*, y de extraer de esa reflexión conclusiones que tienen que ver con la dimensión por así decirlo “enunciativa” de la ética: ¿qué implicaciones tiene el decir en tal o cual contexto?, ¿cuáles son sus alcances, según los valores que busca transmitir?, ¿cómo se vincula con la acción y con la toma de posición política?

Un terreno particularmente fértil para el análisis son los propios *Escritos Desobedientes*, que Carolina Bartalini, coeditora de ese primer libro, analiza desde la perspectiva de la palabra como necesidad: “Cuando no se puede *no decir*”. Frente al silenciamiento impuesto, escribir aparece como el único medio de (re)construir la propia subjetividad. Pero “la voz negada” es una “voz luchada”, y por lo tanto *tomar la palabra* implica responder a una necesidad íntima y al mismo tiempo vencer poderosas resistencias, tanto interiores como exteriores. La palabra emerge pues de ese desgarramiento entre necesidad e imposibilidad. En este contexto, y considerando la dimensión colectiva inherente al *decir*, alzar la voz puede considerarse como la primera forma de desobediencia.

La contribución de Florencia Jibaja, coordinadora de la Editorial Marea y eslabón fundamental en la publicación de los *Escritos*, se refiere igualmente a este libro, considerándolo desde el punto de vista de la “urgencia” (“Los escritos urgentes”). Desde esta mirada, el carácter “urgente” de estos textos tiene que ver con la necesidad de explorar una

región de la memoria que, largamente silenciada, reclama hoy ser tomada en cuenta. Pero esa premura remite también a la exigencia subjetiva de una escritura “que brota como un manantial para aliviar una vida de opresión”. Urgencia de la Historia, urgencia de las historias: en tanto compresión y condensación de todo aquello que, imposterizable, pugna por precipitar su manifestación en el tiempo, la *urgencia* supone la potencia y la intensidad. De ahí que los *Escritos* aparezcan como un libro “fuerte” en todos los sentidos del término, de la potencia política a la intensidad de los afectos.

Pero la palabra como instrumento de lucha y resistencia no solo debe enfrentar obstáculos discursivos, simbólicos y afectivos, sino también los obstáculos pragmáticos que la censura impone dentro de los sistemas totalitarios: en ese caso, el precio de la palabra puede ser la vida misma. De ahí la inmensa valentía que implica “Gritar cuando todos guardan silencio”; gesto que Uki Goñi evoca en homenaje a Robert Cox, responsable del *Buenos Aires Herald* durante la dictadura. Reflexionando sobre ese *decir* que surgió y se mantuvo contra viento y marea, el autor analiza sus implicaciones prácticas: ese grito en medio del silencio permitió hacer públicas las denuncias y reivindicaciones de las Madres de la Plaza de Mayo, y confirmar además la hipótesis de que los “desaparecidxs” estaban siendo efectivamente exterminadxs. Así, en dictadura como en post dictadura, y rebasando la dimensión estrictamente simbólica, el *decir* puede vincularse estrechamente con el *hacer*.

Por su parte, Verónica Estay Stange vuelve una vez más sobre los *Escritos Desobedientes* para analizar las razones por las cuales el Colectivo ha desatado, en cada una de sus apariciones públicas tanto en Argentina como en Chile, reacciones afectivas de una intensidad poco habitual. Según la hipótesis que orienta esta reflexión, la convergencia de valores y motivos radicalmente opuestos –violencia, impunidad, crimen transmitido como herencia, por un lado; respeto a los derechos humanos, justicia, ruptura con la filiación, por otro– hacen de *Historias Desobedientes* “un oxímoron ambulante” que se encarna en

la palabra misma. Desde esta perspectiva, la desobediencia implica no una ética *lisa y monolítica*, sino una ética *rugosa*, una ética *en tensión* capaz de trascender las paradojas y aporías más extremas.

Nacimiento bajo X

Este volumen en su conjunto se cierra con dos contribuciones complementarias. ¿Este volumen *se cierra*? Más bien *se abre...*: como el Colectivo mismo, la reflexión que en torno a él se desarrolla está aún en proceso de construcción.

El texto del sociólogo Daniel Feierstein, intitulado justamente “Abriendo caminos”, identifica varios ejes que pueden ser profundizados a partir de las problemáticas que plantean los distintos autores. El primer eje tiene que ver con la posibilidad de concebir una “elaboración” (en el sentido freudiano del término) no ya individual sino colectiva de la experiencia. El segundo se refiere a las enseñanzas que pueden extraerse del caso de un colectivo cuya especificidad radica en el replanteamiento profundo del problema de la filiación, entre la auto-expulsión del linaje y su refundación. El tercer eje está relacionado con el problema de la reintegración de una colectividad que para constituirse tuvo que excluirse a sí misma; suerte de *exilio social* que solo se resuelve gracias al “reconocimiento” y al “recibimiento” por parte de una nueva comunidad –la de los militantes y defensores de los derechos humanos–. Este cambio de *afiliación* (en el sentido propiamente *filial* del término) plantea por último el problema de la *reconstrucción* subjetiva a partir de una normatividad propia, voluntariamente asumida.

El artículo de Ana Berezin, psicoanalista y compañera indefectible de lxs Desobedientes, se refiere a las distintas dimensiones de la memoria como construcción a la vez individual y colectiva, vuelta hacia el pasado y volcada hacia el futuro. En este marco, la autora sugiere

dos pistas de análisis que permiten matizar y echar luces sobre rasgos tan recurrentes de la desobediencia que pueden considerarse como consubstanciales a ella: el silenciamiento y la vergüenza. En cuanto al primero, la contribución –que lleva por título “Un encuentro tan esperado: nuevas voces en la Resistencia”– propone una suerte de *tipología del secreto* (y, por ende, del silencio). Hay secretos cuya función es proteger al individuo en un contexto particular, y que de ese modo aparecen no como una ocultación irrevocable sino una revelación postergada. Por el contrario, la función de los secretos basados en un mandato absoluto de silencio no es de protección sino de destrucción. El alcance de estos últimos puede dimensionarse si se considera que la prohibición así impuesta no sella únicamente la imposibilidad de *decir*, sino también de *saber*; esto es, de pensar. Y, dado que “ese pensar nunca es solitario”, estos secretos determinan en última instancia la imposibilidad de “relacionarse con los demás”, de hacer comunidad. De ahí la importancia comunitaria de la desobediencia como ruptura del pacto de silencio.

En cuanto a la vergüenza, todxs nosotrxs sabemos que se trata de un tema casi *epidérmico*: no solo se padece en lo más íntimo, sino que se adhiere a la piel de modo tan vivo que con frecuencia basta con una palabra o una mirada para activarla. Así como hay gente que algunxs tratan de “sinvergüenza”, hay gente que podría ser designada con el término contrario. El Desobediente es por definición un *convergüenza*: con vergüenza habla, con vergüenza sale a la calle, con vergüenza vive en muchos casos. Curiosamente, mientras más se trata de erradicar ese sentimiento, más se expande o se multiplica, al punto que unx llega a *avergonzarse de tener vergüenza* ... Sobre este aspecto también, introducir matices permite encontrar nuevas posibilidades de construcción subjetiva y colectiva.

Así, Ana Berezin distingue la vergüenza asociada específicamente a la transmisión y la asunción de una falta ajena (la del padre o el familiar criminal), de la vergüenza como condición fundamental del

reconocimiento de la alteridad. Desplazada hacia el ámbito histórico y *político* en el sentido amplio (que tiene que ver con la vida en colectividad), la vergüenza abre “la posibilidad de asumir una responsabilidad frente a los otros y a nosotros mismos”.

Al respecto, imposible no recordar la diferencia que establece Primo Levi entre la “vergüenza del sobreviviente” –ese sentimiento de “estar vivo en lugar de otro”, como si se hubiera usurpado su derecho a vivir– y la “vergüenza del mundo” –esa que se experimenta frente a la posibilidad de que cualquiera de nosotrxs sea “potencialmente capaz de generar una mole infinita de dolor”–.⁷ Desde esta mirada, el fundamento ético de la desobediencia no residiría en la erradicación de la vergüenza –lo cual es tan irrealizable como cambiar de piel– sino en la posibilidad de resituarla, de trascenderla, de transformarla efectivamente en “vergüenza del mundo” y de lo inhumano (la crueldad, la violencia) como rasgo inherente a nuestra propia condición cultural e histórica.

Estas distintas observaciones, planteadas como puntos de partida para futuras reflexiones, remiten a una última función de esa “x” con la que hemos decidido autodesignarnos en el título de este libro. Una vez rotos los atavismos de la filiación, es preciso asumir que *Historias Desobedientes* no solo nace (o se autoengendra) a partir del silencio, la vergüenza y todo aquello cuyo destino era permanecer oculto, sino que se gesta bajo el signo de lo desconocido, de lo que aún queda por construir y para lo cual no contamos con orientaciones certeras. Nacimiento pues bajo X. En estas condiciones, imposible no sentir el vértigo de la página en blanco. Nunca los versos de Antonio Machado fueron más ciertos: “al andar se hace camino”. Del mismo modo que el discurso o el relato, este Colectivo se construye sobre la marcha. Ante nosotrxs se despliega, sí, un horizonte –el amplio horizonte de la

memoria, la verdad y la justicia–, pero la senda que nos conduce a él la trazamos a cada paso; no sin desvíos, no sin titubeos. Los textos que componen las actas de este “Primer encuentro internacional” hacen un balance y analizan las perspectivas de un recorrido a la vez frágil y firme; como el de la voz que atraviesa el silencio o como el del barco que surca el mar.

⁷ Primo Levi, *Los hundidos y los salvados*, Personalía Munick Editores, Barcelona, 2000, p. 74.

MANDATOS DE SILENCIO Y LEY DEL PADRE

Llegamos aquí presurosas...
Hemos venido,
convocadas por un sueño.
Las mujeres
recorremos las plazas del mundo
desplegando palabras.

Hemos llegado de todas partes
unas tristes,
otras alegres
algunas rotas.
[...]

Nos encontramos
proclamando la soberanía de nuestros cuerpos,
defendiendo la libertad de nuestros pasos.
Haciendo resonar nuestra voz.
de continente a continente.
Transgrediendo mandatos,
construyendo metáforas amables
con la fuerza de nuestros deseos.

Guisela López, "Presente"

Guisela López, "Presentes" (*Voces urgentes*, 2012)

Adriana Taboada

El recorrido de la verdad

Algo nuevo ha surgido desde la oscura noche, algo nuevo y fecundo. Escribir este texto ha sido costoso, y ha implicado un esfuerzo intelectual importante, pues pensarlo requiere incluir la experiencia emocional, por momentos conmovedora. Una nueva construcción colectiva está en proceso, es una construcción que transforma representaciones.

Pensar en los descendientes de genocidas desde mi disciplina es una tarea que está en mis inquietudes desde hace muchísimos años, pero tratar de pensar *junto con* ellos es una experiencia que jamás imaginé. Compartiré algunas ideas, reflexiones, preguntas formuladas con el mayor respeto, humildad, y también con cierta incomodidad. Enfrento el desafío buscando realizar un auténtico aprendizaje, ese que nos lleva a ya no ser los mismos.

No estamos ante un tema académico sino ante una experiencia humana que requiere ser elaborada, que camina buscando los significantes claves que posibiliten su simbolización. Reparo en que en este primer encuentro hay traducción en lenguaje de señas. ¿Algo necesita ser dicho y está buscando cómo ser transmitido, cómo volverse entendible?, ¿qué es lo que cada uno, y la sociedad, está en condiciones de escuchar?, ¿qué es lo que aún no ha encontrado palabras?

Hace exactamente 10 años, en julio de 2008, presenté un trabajo en el Congreso Metropolitano de Psicología. El tema convocante era

“Subjetividad, salud mental y cambio social. Debates teóricos y prácticas psicológicas”. “Su silencio es su condena”, era el título del texto que escribí, interpelada por la fuerza del pacto de silencio entre genocidas, pacto sostenido a lo largo de décadas, pero que se hacía más inhumano cuando el proceso de juzgamiento caminaba a paso firme. Esta reflexión era de carácter especulativo, pues yo no había tenido contacto con la descendencia de los genocidas (siempre trabajé con las víctimas), y me preguntaba por su construcción psíquica pensando, entre otras cosas, en los efectos psicológicos del silencio, el ocultamiento y la mentira con que se manejaban los represores. Tomando sus declaraciones públicas y observando un discurso que negaba, minimizaba, distorsionaba, mentía y ocultaba, inferí, además, la existencia de secretos. El secreto, aquello inconfesable, nos habla de lo no elaborado, lo vergonzante o prohibido. Lo prohibido nos remite a la ley, esa ley que –genocidio mediante– fue violada una y otra vez, erosionada en su función simbólica. No se trataba solo de la ley jurídica, construcción yoica, sino de la ley fundante de lo humano. Decía entonces:

la función paterna pone límites a la omnipotencia infantil permitiendo la alteridad, regulando los intercambios en las relaciones humanas. A partir de la inscripción de la ley y la prohibición, se posibilita la diferenciación entre el bien y el mal, la aparición de la culpa, la capacidad de responder por los propios actos. Partiendo de esta noción que hace a la fundación misma del sujeto, surgen preguntas sobre su constitución: ¿Cómo se construye la subjetividad de quien tiene por padre o abuelo al autor intelectual o material de secuestros, torturas, violaciones, sometimiento a trabajo forzado, apropiación de niños, robo de bienes; quienes han arrojado al río gente viva desde aviones o metidos en tambores con cemento? ¿Cómo y cuándo han evitado responder por sus acciones?

Ninguno de estos actos puede ser sostenido como una contribución o un servicio a la patria, formando parte de un ideal.

Si la función paterna está basada en prohibiciones, ¿qué ley puede encarnar para su hijo quien en cada uno de sus actos se ha puesto fuera de la ley?, ¿qué posibilidades de ordenamiento de la vida hay para un hijo de estos padres?, ¿qué tipo de padre será el hijo del represor no castigado?, ¿qué ley transmitirá a su vez ese hijo cuando sea padre? Superyo, ideales, autoestima, sentido de responsabilidad, sentimiento de culpa, construcción del concepto de justicia, de verdad. ¿Qué hay de la compulsión a la repetición, de la pulsión de saber, de los mecanismos de defensa?, ¿cómo es el encuentro con la verdad?, ¿en qué consiste *hacer justicia*?

Ese era el derrotero de mis pensamientos hace una década. También en ese momento interpelaba a mis colegas, pues guardaban silencio en torno a su práctica clínica en la atención de la descendencia de los genocidas y no producían desarrollos teóricos sobre el tema. Hipotetizaba que esa ausencia era consecuencia de quedar ellos mismos atrapados en el mandato de silencio. Los genocidas no hablan; los profesionales de la salud mental tampoco lo hacían, ni lo hacen.

Jamás olvidaré aquella intervención en el Congreso de Psicología. Mi texto era el único que abordaba el tema de derechos humanos. Evidentemente, no supieron qué hacer con su contenido y la organización me incluyó en la mesa sobre experiencias clínicas de trabajo con familias de pacientes psicóticos y de familias de personas suicidadas.

Como dije, buscaba generar un intercambio sobre el tema de la descendencia de los genocidas pero también interpelaba a mis colegas por su silencio. No hubo una sola persona que hiciera una pregunta, formulara una reflexión o cuestionara algo de lo escrito. La única psicóloga que se acercó lo hizo en secreto cuando me estaba yendo. Me preguntó si iría a su institución a compartir el trabajo. Jamás se volvió a comunicarme. Me quedé sola, como si nadie hubiera escuchado... ¿me impusieron el silencio?

Secreto y pacto de silencio pueden vincularse, aunque no son homologables. El secreto está asociado con lo prohibido o vergonzante,

y además abre el camino para pensar la transmisión inconsciente a través de las generaciones con todo el despliegue sintomático que pudiera producirse en lo transgeneracional ante el vacío que se irá construyendo, desde lo innumerable hasta lo impensable. Pero, fundamentalmente, el secreto puede ser privativo de una sola persona que decide no compartir lo que sabe. El pacto de silencio hace referencia a lo relacional: debe haber al menos dos personas en acuerdo. La palabra “pacto” deriva del hebreo y está presente en el Antiguo Testamento. Tiene dos acepciones que nos ayudarán en este desarrollo. Por un lado, puede remitir a un acuerdo entre iguales, consentido o impuesto; y por otro, puede poseer un carácter unilateral al ser establecido por una persona superior. Esta segunda acepción es la que habilita a pensar en el mandato de silencio impuesto por los genocidas en el interior de sus propias familias.

2017 es el año en que irrumpen en la escena pública los hijos, hijas y ex hijos de genocidas. Lo impensado tomó forma y lo hizo paralelamente a la ley del “2 x 1”. Algo se iluminó: a la calle no saldrían los genocidas condenados por sus crímenes, sino su desobediente descendencia, aquella que decidió cómo nombrarse a sí misma o con qué ortografía escribir. Allí quedaron expuestos, reconfigurando el pacto, ya no con el silencio y el clan, sino con los valores de verdad y justicia. Al decir de Silvia Bleichmar: “ya no sujetos disciplinados, sino éticos”.

Obedecer es una acción que etimológicamente quiere decir escuchar el mandato y someterse al mismo, o sea, cumplirlo. *Desobedecer* es escuchar el mandato y no cumplirlo. Obediencia y desobediencia son entonces acciones definidas en función de cómo cada sujeto se sitúa frente al mandato. Pero también obediencia y desobediencia tienen la posibilidad de ser pensadas como “valores”. En tanto tales se vinculan a los ideales, y entonces lo valioso no será el acto (obedecer/desobedecer) sino aquello que da sentido al mismo, su “para qué”.

Es la ley simbólica, la prohibición del incesto, la que da origen a la cultura. Infinidad de leyes, preceptos, normas, reglas, surgirán en

consonancia: con ellas se deben cumplir, o aceptar, las sanciones que resultan de la transgresión. Las leyes se obedecen para garantizar la continuidad de una sociedad, pero para producir transformaciones se requiere de cierta dosis de desobediencia, no de aquella ley fundante sino de las que de ella derivan. No hay manera de producir cambios si no es desde la ruptura con las normas. El ejemplo más actual lo estamos dando las mujeres en lucha contra la estructura de poder que representa el patriarcado.

Desobediencia, transgresión, ruptura, transformación. Esa es la ecuación en clave virtuosa que arranca con la desobediencia pero que no debe quedar allí. Si solo se produjera una desobediencia no estaríamos revocando la norma, sino ratificándola. Historias Desobedientes y Ex Hijes no solo desobedecieron, sino que produjeron una ruptura explicitando cuál es el sistema de valores que eligen: memoria, verdad, justicia.

Si en este país hubo más de seiscientos centros clandestinos de detención, maternidades clandestinas, sistemas carcelarios implementados para la destrucción psicofísica de los presos políticos, expertos diseñando las formas de disciplinamiento social, ¿cuántas personas se requirieron para mantener en funcionamiento el aparato represivo y llevar adelante el plan de exterminio? No sabemos cuál es el número de genocidas, pero sí que son miles, y que sus descendientes son muchos miles más.

¿Cuántos de esos miles se han acercado a Historias Desobedientes? Algunas decenas. La fuerza de este movimiento y la negociación que ha establecido con la verdad y los ideales seguramente irán atrayendo a muchos más. Sin embargo, no es solo cuestión de números (porque no se trata de dimensionar cantidades), sino de la envergadura del cambio civilizatorio en gestación, del impacto simbólico de esta acción colectiva, de su sentido y su horizonte.

Hay y habrá miles de hijos o nietos atrapados en el imaginario de un padre o abuelo que se presenta como salvador o perseguido, héroe

o víctima; imaginario transmitido más allá de la muerte, en muchos casos como un verdadero aporte narcisístico. Lo transmitido y lo heredado, que circula entre generaciones como marca de una genealogía, depende de procesos psíquicos que conservan y buscan perpetuar la historia familiar. Pero esa herencia, que es un sistema de creencias, también está sometida a procesos en los que cada sujeto tiene la posibilidad de transformar aquellas marcas, de conjugar su Yo con el Ideal del Yo, de modo que el deseo impulse y permita un cambio de modelos identificatorios. Historias Desobedientes ha producido un desligue de lo generacional que considero como la condición de posibilidad para romper con el legado familiar mortífero. Todo este proceso, además, se encuentra en diálogo con la ley, los juicios, la verdad: el tiempo histórico que nos toca vivir.

“No quiero ser como él. No acepto sostener su sistema de valores”, son afirmaciones que, cual hacha, rompen el mandato paterno y familiar. Con la potencia de ese mismo golpe, en muchos casos ellos eyectan de su grupo de pertenencia a quien las pronuncia, lo excluyen de sus raíces, de lo familiar y afectivo más primario. La dimensión ética ha hecho su ingreso y el costo no demora en llegar. Este costo variará de familia en familia, pero existe.

Cargando con culpas que no son suyas y siendo parte de un linaje no elegido y rechazado, los que optan por la desobediencia y la ruptura de mandatos impuestos se ven confrontados a una reorganización del espacio y del campo relacional. Esta decisión de vida nos interpela, nos cuestiona y nos desafía. Hasta ahora la respuesta es insuficiente, y nos deja en deuda con este movimiento que estamos procesando.

En estos días nos hemos enterado de que un genocida busca castigar a su hija desobediente recurriendo a la ley. Un genocida recurriendo a la ley para dirimir una diferencia: ¿logro de esta hija? La ley deberá expedirse sobre la indignidad de quien asumió su propia ortografía, haciendo estallar el mandato. No se trata aquí de concentrarse

en biografías particulares, sino de reflexionar sobre ese acto. Reflexión que hago extensiva a cada hijo, hija, hije o ex hije de genocida: *hay rupturas desobedientes que cobran la estatura de la esperanza y de la dignidad.*

Liliana Furió

Deconstruyendo el patriarcado

Tengo dificultades para expresarme a través de la escritura. No sé exactamente por qué, pero lo intuyo. Algo de la violencia física y psicológica, de las frases estridentes y lacerantes como “¡así no, inútil de mierda!”, “¡pregunte si no sabe!” o “¡me importa un carajo lo que pienses!”, pronunciadas mientras la mano abierta de mi padre impactaba fuerte sobre mi rostro con demasiada frecuencia, debe haber calado hondo en mi candorosa psiquis de infante.

Cuando fui adolescente comencé a rebelarme contra ciertas ideas que mi padre expresaba habitualmente, por ejemplo: “no, viejo, con las minas no se puede laburar, son todas quilombras, te arman pute-río, igual que los negros que siempre muestran la hilacha”. Estas frases generaban peleas y discusiones que solían terminar mal y de manera poco conveniente para mi integridad física.

Ya que el lugar de víctima es un estadio en el que me niego a permanecer, no tendría sentido evocar estas poco felices anécdotas con las que algunas compañeras del Colectivo, y otras muchas personas presentes, podrían sentirse identificadas, sino como marco que permita entender qué es –desde la experiencia que llevo impregnada en mi cuerpo– lo que me catapulta a la lucha por revertir esta cultura a la que llamo *machofachocapitalista y patriarcal*.

Como además soy militante feminista lesbiana desde hace más de veinte años, quisiera destacar algunos elementos muy necesarios para

el ejercicio de memoria. En los años setenta la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA) realizó tareas de persecución y espionaje a personas que eran consideradas sospechosas. Mediante un registro escrito, los agentes de esa institución clasificaban como “delincuentes sociales”, “delincuentes políticos” o “subversivos” a personas que luego serían detenidas, secuestradas, torturadas y desaparecidas. No solo indagaban en sus actividades militantes y su participación política, sino que también dejaban constancia de su identidad sexual. En los registros de la DIPBA figuran frases como “conducta lesbiana”, “costumbres demasiado liberales”, “amanerado”, “temperamento afeminado”, “invertido”, o “nunca se lo ve acompañado por personas del sexo opuesto”. La orientación sexual era una causa de detención. Durante la última dictadura, las personas que no encajaban con la identidad masculina o femenina socialmente impuesta eran también perseguidas. Así se criminalizaban y castigaban las sexualidades no heteronormativas. Posteriormente, los documentos de la DIPBA se convirtieron en pruebas contundentes en los juicios de lesa humanidad.

En una publicación de *La Izquierda Diario*,⁸ Andrea D’Atri identifica dos estrategias adoptadas por la dictadura militar en tanto manifestaciones de una “política ideológica” con una marcada tendencia de género: por un lado, el refuerzo de los estereotipos existentes y definitorios del rol *femenino*, por oposición al *masculino* (en este sentido, “se exaltaron las funciones reproductivas y domésticas, relegando a las mujeres al espacio privado, pero otorgándoles supremacía en tanto garantes de la unidad familiar”), y, por otro lado, la insistencia en la radicalización de la dicotomía entre la figura de la “virgen” y la figura de la “prostituta”, esta última asociada a la de la “militante”, igualmente transgresiva. Según la misma autora, “esto es lo que explica por qué el

8 D’Atri, Andrea: “24M: Del genocidio al femicidio”, en *La Izquierda Diario*, 17 de marzo de 2015. En línea: <http://www.laizquierdadiario.com/24M-Del-genocidio-al-femicidio>

terrorismo de Estado incluyó objetivos y métodos de represión específicos contra las mujeres, que podríamos describir como de ‘disciplinamiento de género’. Entre dichos métodos se encuentra desde luego la violación en tanto “ocupación del territorio” e imposición de “la soberanía de los dominantes” –práctica que, en el caso de los hombres, implicaba más bien un esfuerzo de “feminización” por parte de los torturadores–, y más tarde el robo de les hijes de las militantes nacides en cautiverio, con la consecuente ocultación de sus identidades.

Esto último también lo describe en sus textos la investigadora María Sonderéguer: “las mujeres que fueron víctimas de la última dictadura militar en Argentina, sufrieron un doble castigo: por militantes y por transgredir el orden machista establecido”.⁹ Según Andrea D’Atri en el texto citado, la violencia de género de todo tipo está basada justamente en ese esfuerzo por encasillar a la mujer en roles predeterminados.

Con la finalidad de ilustrar estas reflexiones, permítanme evocar un breve relato del horror de compañeras que fueron detenidas-desaparecidas en la ciudad de Mendoza, en donde mi padre tuvo responsabilidad directa:

Silvia Ontiveros contó que fue detenida el 9 de febrero de 1976 a la edad de 29 años y trasladada al “D2”, donde fue “salvajemente violada una veintena de veces durante su estadía allí, y unas cuatro veces al día por distintos hombres al igual que todas las mujeres detenidas en aquellas épocas”. [...]

“Aunque estábamos vendadas sabíamos que no eran las mismas respiraciones, los mismos olores, los mismos insultos”, aseguró Ontiveros, quien desde el D2 fue trasladada a la penitenciaría de

9 María Sonderéguer y Violeta Correa, “Género y violencias en el terrorismo de Estado en Argentina”, en *Género y Poder: violencias de género en conflictos armados y contextos represivos*, Editorial UNQ, Bernal, 2012.

Mendoza y luego a la cárcel de Devoto. En total pasó seis años de detención “sin ningún motivo”, expresó dolida.¹⁰

Y otro testimonio más:

Me detuvieron el 13 de mayo del 76, yo era miembro de la juventud guevarista. Entre el 12 de mayo y el 24 de junio hacen operativos en los que secuestran a más de veinte personas, de ellos quedamos vivos diez.

Me pegan, lo primero que siento es el ruido del motor de la picana. Me dan descargas eléctricas en los genitales, en los pezones, en los ojos, en la boca, me pegan, uno se me sube encima y ahí se me abre la herida de una operación que había tenido. Me sacan a la rastra, al rato y me tiran en un calabozo vendada y atada.

Este último es parte del relato de mi querida Graciela Leda, militante de derechos humanos también de la ciudad de Mendoza que fue detenida a la edad de dieciocho años y permaneció en cautiverio hasta los veintiséis. Su testimonio y su lucha fueron fundamentales en los juicios de lesa humanidad de esa provincia.

Ella me recibió varias veces en su casa con una calidez conmovedora y también me presentó a entrañables compañeros de los organismos de derechos humanos de Mendoza. Quisiera cerrar esta intervención agradeciendo públicamente a Graciela Leda como homenaje a su memoria y junto con ella a los cientos de compañeros que también han luchado incansablemente para que nuestro país sea un ejemplo de justicia en el mundo en materia de sanción de los delitos de lesa humanidad.

10 Relato recogido por Penélope Moro y Juan Pablo Rojas y publicado en *Unidiversidad* el 2 de diciembre de 2010: <http://www.unidiversidad.com.ar/juicio-a-represores-testimonio-silvia-ontiveros>

Mariana Dopazo

Más allá de un padre

Todas y todos nosotros, hijas, hijos y ex hijas de genocidas, hemos producido un acto personal, al modo singular de cada cual. Se trata de ir “más allá de un padre” en una vertiente primero individual y hoy colectiva que no consiente nunca más en ser el soporte de un legado cruel, habitado por la deshonra y el deshonor a causa de los aberrantes hechos cometidos por progenitores genocidas que, enmarcados dentro del terror de Estado en Argentina (1976-1983), forman parte de los engranajes fundamentales de esa efectiva y sistemática maquinaria de muertes, desapariciones, torturas, apropiaciones y violaciones.

Ahora bien, cabe preguntarse qué coordenadas y qué signo de época propician la irrupción de estas voces inéditas y el pasaje del silencio obligado como un mandato inamovible a la producción de un acto ético. Quizás ello sea la consecuencia de un gobierno de signo negativo emitiendo provocaciones profanatorias de la memoria, la verdad y la justicia, que impactaron el cuerpo social. Esta provocaciones –al modo del hilo de Ariadna– se vislumbran en la realidad con pronunciamientos que afirman que “los derechos humanos son un curro”, con la irrupción del negacionismo en el espacio público poniendo en duda el número 30 mil, con el declinamiento de los juicios, con el soporte eclesástico, con la Conferencia Plenaria Episcopal Argentina recibiendo a familiares de represores juntamente con familiares de

víctimas del terrorismo de Estado, y tratando de promover una “reconciliación” que ubicaría en la misma línea a las víctimas y a sus torturadores, en una suerte de emparejamiento siniestro bajo la idea de “un encuentro fraterno entre los argentinos” –pretendida fraternidad que se torna un insulto a la construcción que se comenzó a gestar hace más de cuarenta años–.

Pero no fue sino hasta tocar la última valla jurídica, o sea la Ley que protege a los criminales a través del fallo del “2 x 1”,¹¹ que en la sociedad argentina se dieron las condiciones necesarias para el surgimiento de una voz inédita y no calculada: la voz de las hijas y los hijos de los genocidas, que por primera vez hicieron público el repudio contra sus progenitores al denunciar que “la justicia se volvió injusticia”¹² cuando el propio Estado, a través del Poder Judicial, impulsó políticas de impunidad. Así, como respuesta a un acontecimiento que hizo vacilar la eficacia de la ley en el seno mismo de lo jurídico, se produjo ese otro hecho, de gran impacto simbólico, que fue la emergencia de un nuevo actor social.

Este suceso, justamente por su carácter inédito, no debería ser interpretado vertiginosamente, ni de cualquier manera. Primeramente, porque frente a una organización aún joven, la necesidad de formular explicaciones inmediatas puede conducir a la adopción de lógicas cerradas que inserten el fenómeno en categorías ya existentes, dejando de lado las singularidades que caracterizan su proceso de socialización.

11 El 3 de mayo de 2017, Carlos Rosenkrantz, miembro de la Corte Suprema de Justicia, junto con Horacio Rosatti y Elena Highton, firmaron el fallo para aplicar el “2x1” (computar doble los días en prisión sin sentencia firme) a condenados por delitos de lesa humanidad. Una semana después, cientos de miles de personas se manifestaron en plazas de todo el país en respaldo al reclamo de organismos de derechos humanos, el Congreso aprobó en tiempo récord una limitación expresa a la aplicación de este beneficio, y hasta el gobierno, que había avalado la decisión, tomó distancia del fallo que había gestionado en las sombras el ahora presidente de la Corte Suprema de Justicia.

12 Mariana Dopazo, “Ex hijas de genocidas”, programa radial en *FM La Tribu*, transmitido el 25 de julio de 2017.

Segundo, porque una mirada superficial podría omitir principios fundamentales para nosotros, entre los cuales se encuentra la certeza de que la dictadura no se trató de “una guerra”, así como el rechazo rotundo a la “teoría de los dos demonios” –principios que se confirman con solo remitirse a los juicios y las sentencias que dan cuenta de los crímenes cometidos en el marco del terrorismo de Estado–.

Nada más evidente para los que sabemos desde la experiencia más íntima quiénes formaron parte de esa terrible maquinaria, a pesar de la enorme complejidad que conlleva desde el punto de vista de la construcción subjetiva el hecho de repudiar a su propio padre en tanto responsable de crímenes contra la humanidad. En mi caso particular, quiero destacar precisamente que ahí donde el Estado impulsa políticas de impunidad, surge como respuesta a mi pedido de supresión y sustitución del apellido paterno un fallo contundente¹³ que dice y reconoce que mi progenitor está acusado de crímenes de lesa humanidad. En este sentido, el cambio de apellido no solo tiene que ver con cuestiones identificatorias sino también con lo que la ley produce respecto a la filiación, la transmisión y la herencia. Se trata pues de algo mucho más complejo, que podemos pensar desde el psicoanálisis como la posibilidad de inscribir algo nuevo en la construcción subjetiva, marcando los límites de una función paterna que no puede conjugarse con la crueldad: ambas son excluyentes.

Puntuación de Fallo Judicial:

El marco de la causa caratulada Etchecolatz, Miguel Osvaldo y otros S/ Privación ilegal de la libertad (Art. 144 bis Inc. 1°) en concurso real con imposición de tortura (art. 144 ter inc. 1°) informando las causas en las que ha sido o es parte el Sr. Miguel Osvaldo Etchecolatz, en todas ellas por delitos de lesa humanidad y las condenas respectivas.

Ahora bien a efectos de dilucidar la procedencia del reclamo, comienzo por señalar que el apellido es la designación común a todos

los miembros de una familia, en su concepto tradicional, y el uso de ese apellido familiar responde a dos valores distintos, por un lado el derecho a la identidad y, por el otro, el derecho a la identificación. En este particular supuesto la peticionante basa su reclamo en dos circunstancias fundamentales. La primera de ellas es la situación judicial del padre biológico cuyo apellido está asociado al horror, a lo siniestro y a la muerte, por los hechos protagonizados en la última dictadura militar. El otro fundamento se basa en la inexistencia de vínculo afectuoso del padre hacia ella quien siempre mostró un absoluto descuido y desinterés por su persona. El Tribunal Oral en lo Criminal Federal n° 1 informó las causas en las que ha sido o es parte el Sr. Miguel Osvaldo Etchecolatz, las condenas respectivas y destacándose que, en todas ellas, el nombrado se encuentra imputado por delitos de lesa humanidad. Sobre el punto no está de más recordar que los juicios por delitos de lesa humanidad en Argentina, son las causas llevadas a cabo por las violaciones a los derechos humanos realizadas en el marco de la última dictadura cívico-militar, siendo el Sr. Etchecolatz uno de los primeros represores llevados a juicio oral y público, tras la anulación de las leyes de impunidad. De los elementos precedentemente analizados no cabe duda que la gravedad de los delitos cometidos y/o imputados al Sr. Etchecolatz que además son de público conocimiento, han ocasionado a la peticionante un perjuicio inconmensurable tanto en su vida privada como de relación. Todo ello –a mi criterio– constituye sobradamente los “justos motivos” exigidos por la ley para acceder al reclamo inicial. Y si bien no puedo dejar de destacar la decisión favorable que desde ya adelante tendrá el pedido, no podrá borrar lo ya padecido o vivido por la mera supresión del apellido paterno, entiendo que al menos podrá mitigar ese sufrimiento para el futuro, concluyo que el cambio que se pretende legalizar puede ser efectuado.

Ir más allá de un padre es para mí ese pasaje anhelado pero un tanto desconocido, y ahora cierto de ser una mujer como cualquier otra, de dejar de hacer desde muy pequeña construcciones tan enormes y tan solitarias, es para mí embellecer mi vida, sacarle esa opacidad, es empezar a ficcionar, a contar otra historia.

13 Poder Judicial de la Nación. Juzgado Civil 87. (24/06/2016) Dra. Celia Elsa Giordanino. Juez Nacional Subrogada.

Gloria Elgueta Pinto

Violencia política del Estado, impunidad y negacionismo en el Chile actual ¹⁴

El tema del negacionismo en relación con los debates y problemas actuales plantea varios problemas y también algunos interrogantes que merecen ser examinados; entre ellos: ¿se han multiplicado las expresiones negacionistas en la actualidad?, ¿cuál es el carácter del negacionismo?, ¿se trata de un fenómeno únicamente discursivo?, ¿cuáles son sus alcances y efectos?, ¿quiénes son los afectados? Y, sobre todo, ¿cómo podemos enfrentarlo? Al respecto, quisiera proponer algunas posibles claves de lectura.

La primera de ellas es la necesidad de tener en cuenta la *historicidad de los procesos y conflictos*. Al hacerlo, podemos comprobar que no se trata de un fenómeno inédito. De este modo, observamos que la

¹⁴ A diferencia de los otros textos que componen este volumen, la presente intervención fue presentada en el marco del conversatorio “Negacionismo e impunidad en el Chile actual: nuevos actores, nuevas memorias, nuevos debates”, co-organizado por la Cátedra de derechos humanos de la Universidad de Chile y el Colectivo Historias Desobedientes-Chile. El encuentro tuvo lugar el 9 de septiembre de 2019 en Santiago. Decidimos incluir este artículo debido a que, en coherencia con el objetivo del volumen en su conjunto, proporciona elementos para comprender el rol social de Historias Desobedientes, en este caso frente al fenómeno particular del negacionismo [n. de las eds.].

presencia permanente de variadas formas de negacionismo¹⁵ en Chile es una constante del sistema político que ha permeado la cultura y formado, a través de distintos momentos de su historia, un cierto sentido común. El primero y más feroz ha sido, sin duda, la borrada total del genocidio de los pueblos indígenas, y la frecuente enunciación eufemística de algunos de sus episodios a través de expresiones como la llamada “Pacificación de la Araucanía”.

Durante la dictadura, la negación de los crímenes y las responsabilidades a ellos asociadas fueron la norma. Cuando las denuncias lograban develarlos, se los justificaba bajo los más rebuscados argumentos y recursos de la guerra psicológica, entre ellos los montajes y la falsa información, propios de las políticas de contrainsurgencia impuestas en Chile y en gran parte del continente. ¿Fueron estas prácticas una expresión de negacionismo? La duda surge porque este último suele estar asociado a la interpretación del pasado pero, como veremos, el objeto del negacionismo también puede ser el presente.

En la post dictadura, quienes han gobernado, en alianza con los grupos que detentan el poder económico y el control de los medios de comunicación, han contribuido a diversos discursos y prácticas negacionistas así como a múltiples formas de clausura de la búsqueda de verdad y justicia respecto a las violaciones a los derechos humanos cometidas en dictadura. Y lo han hecho por acción y omisión. Uno de los primeros consensos surgidos de esos pactos transicionales fue la política de la “verdad y justicia en la medida de lo posible”, formulada por Patricio Aylwin, primer presidente electo con posterioridad al término de la dictadura. Con esa fórmula, desde un principio se nos

¹⁵ Aunque existen diversas definiciones del concepto, relevo esta porque da cuenta de los sentidos que han estado presentes en los debates actuales en Chile: “diversas argumentaciones y acciones a través de las cuales perpetradores y gobiernos –como también toda persona– niegan las violaciones a los derechos humanos o los interpretan de una manera que ampare su actuar”, INDH, Minuta legislativa sobre negacionismo, 2012. Disponible desde noviembre de 2019 en: <https://tinyurl.com/wnzqnf>

advirtió sobre la decisión de poner límites que después se expresaron en todo tipo de retrocesos y formas de la impunidad. Fue gracias a la persistencia de las demandas y del movimiento social por los derechos humanos que los límites establecidos por esa “medida de lo posible” se fueron ampliando, aunque todavía continúan siendo estrechos.

Asimismo, la tantas veces proclamada promesa del “Nunca más” respecto a las violaciones a los derechos humanos creó la ilusión de que estas eran parte del pasado y operó como una forma de encubrimiento de aquellas que continuaban produciéndose en el presente bajo nuevas modalidades, ya sea el aumento de la pobreza, la criminalización de la protesta social y política o bien la cárcel, que se convirtió en una estrategia masiva para intentar controlarla y manejarla.¹⁶ Esas políticas, sumadas a los pactos de silencio y a la protección de los victimarios por parte del Estado, configuró un escenario de impunidad y negacionismo de los crímenes del pasado, así como de los que se cometían en el presente.

El negacionismo no es solo un fenómeno discursivo, no opera solo en el nivel de los acuerdos o desacuerdos sobre la verdad histórica o presente: tiene también una dimensión material, fáctica en tanto contribuye a la justificación de la impunidad y a la continuidad del terror y la violencia política del Estado. *Entre impunidad y negacionismo hay entonces una estrecha relación.* Solo un Estado capaz de eximir de responsabilidad y asegurar impunidad a todos sus actores, en los distintos niveles, puede dar continuidad a las formas de represión que conocemos y adaptarlas a las nuevas modalidades de la movilización social, tal como sucedió ante la revuelta popular que estalló en octubre de 2019.

Después del terror y la violencia estatal, la diada *impunidad-negacionismo* introdujo una nueva ruptura en el interior de la sociedad,

16 Silvio Cuneo, “El desmantelamiento del Estado social y el encarcelamiento masivo en Chile”, en Juan Pablo Bohoslavsky *et al* (eds.) *Complicidad económica con la dictadura chilena. Un país desigual a la fuerza*, Lom, Santiago, 2018.

distorsionando las relaciones a través de la violencia simbólica expresada en el desigual valor social atribuido a las vidas: hay unas que importan y merecen justicia, hay otras para las cuales solo hay impunidad. En los discursos del poder, pero también para cierto sentido común, es como si esas vidas solo importaran a sus cercanos. Se ha estimulado una suerte de *privatización y encapsulamiento del daño en el ámbito familiar* en lugar de una comprensión de las violaciones a los derechos como agresiones políticas y sociales dirigidas contra grupos específicos, en el marco de conflictos existentes, pero cuyos efectos alcanzan finalmente a toda la sociedad en su forma de relacionarse, organizarse y participar en las decisiones comunes.

De allí la importancia de indagar en el origen de esos conflictos y en las condiciones que han hecho posibles y necesarias esas violaciones en el pasado y en el presente. Si bien el régimen de memoria conformado en la post dictadura visibilizó el terror vivido, al mismo tiempo omitió la estrecha relación entre este último y el proyecto refundacional dictatorial que habría sido inviable en un contexto democrático. El balance de las víctimas pasó a ser entonces una suerte de externalidad negativa de la *modernización* que prometía una futura prosperidad económica.

De ahí la importancia entonces de hacer *lecturas en clave política* que contribuyan a explicitar la estrecha relación entre el terrorismo de estado y las transformaciones introducidas en dictadura; así como también la estrecha relación existente en el presente entre criminalización de la protesta social y política y la preservación de esas transformaciones. Este debiera ser el contexto de comprensión del negacionismo, el cual no puede ser enfrentado solo, ni principalmente, a través de la judicialización y las limitaciones a la expresión pública, tampoco en el reducido marco temporal del periodo dictatorial.

Tal vez la lucha contra el negacionismo podría ser más efectiva si implicara una lucha explícita contra la impunidad de los crímenes cometidos por el Estado ayer y hoy, una exigencia de verdad y justicia

expresada en una demanda consistente que no separe esas temporalidades y, por el contrario, muestre la continuidad de este ciclo prolongado de impunidad. Esta estrategia, como un componente más de las grandes movilizaciones sociales que estamos viviendo, puede ser un antídoto más eficaz para hacer frente al negacionismo, porque ¿cómo oponerse a él sin hacer frente a la impunidad en un contexto dominado por ella?

En este proceso, el surgimiento de actores como el Colectivo Historias Desobedientes es un significativo aporte a la ampliación de la disputa por la memoria y también a la exigencia de verdad y justicia. Su constitución requirió mucha lucidez y coraje, pero también significó costos. Hoy sus voces son un llamado a quienes aún no saben, o no quieren saber, del terror de ese pasado y de sus continuidades en el presente. Esa decisión de “desobedecer el mandato de silencio” impuesto en el interior de sus familias es un gesto ético y político que nos remite a la pregunta por la propia responsabilidad y a la pregunta por el otro. Cuestión que ha estado en un segundo plano a pesar de su gran importancia. Es a partir de esa pregunta que podemos situarnos en el ámbito de la ética pero también en el de la política. Cuestión también central si se considera que lo acontecido en Chile fue una destrucción de los modos de hacer y pensar la política, y que uno de los principales problemas actuales es el de las disputas de sentido respecto a la política y a la legitimidad en el presente.

Pablo Llonto

Las leyes que faltan

Con gran emoción participo en este encuentro, el primero de muchos que vendrán como parte de la historia del movimiento de derechos humanos por memoria, verdad y justicia, para hablar de un proyecto de ley... que todavía es un proyecto de ley.

Las emociones se cruzan, por eso la finalidad de lo que viene ahora es contar de qué se trata este proyecto. Creo que no tiene sentido si no mencionamos antes qué ha significado esto en lo que estamos participando, esto que no es obra nuestra sino fundamentalmente de estas mujeres, y luego de estos hombres, hijos, hijas y familiares de genocidas, que nos vienen dando lecciones a nosotros. La historia de quienes han compartido domicilio y vida con genocidas no es un historia reciente. Lo que estamos viendo es la consolidación, a partir del año pasado, de un Colectivo de lucha integrado por quienes desde hace muchísimo tiempo vienen librando una interminable batalla.

Esa historia tiene un recorrido que fue muy difícil para las abogadas y los abogados, para los familiares, para los y las sobrevivientes, para las madres y las abuelas. Si esta reunión estuviera ocurriendo en 1982 o 1983, tendríamos problemas. Nosotros somos de la generación en la que se expulsaba de los espacios de diálogo no solo a los familiares de genocidas sino también a los colimbas. Pertenece a esa época en la que el intento de escucharlos merecía el repudio de quienes todavía no comprendíamos de qué se trataba este golpe en el interior de las

casas de los genocidas. Muchos familiares de genocidas se acercaron en los tiempos más difíciles. No quisimos, no pudimos escucharlos. Pasó el tiempo y las cosas fueron cambiando, sin duda. Este Colectivo es, por lo menos para las abogadas y los abogados, una expresión de tanto amor y de tanta humanidad, que en nuestro encuentro de este año decidimos abrir un espacio para quienes venían a contarnos que ellos también querían ser parte de esa lucha por el juicio y el castigo a los culpables. También hizo ruido y también tuvimos objeciones y cuestionamientos: no es fácil hoy, pero fue muy difícil antes.

Hace mucho tiempo, en la década de los ochenta, en torno a la familia del coronel Perlinger –para resumir–, se formó un colectivo de militares llamado Cemida: Centro de Militares por la Democracia. Yo no sé si el Cemida es el embrión de Historias Desobedientes o algo tiene que ver. Pero desde los tiempos del Cemida, al hablar con los militares que a él pertenecían y con algunos de sus familiares, muchos considerábamos que tenían que hacer algo más, que había que imponerles alguna exigencia. No podíamos conformarnos con que se constituyeran en un colectivo, tenían que avanzar mucho más para poder convencer a los organismos de derechos humanos de que los miembros del Centro eran muy diferentes de los militares que estaban siendo inicialmente acusados por los delitos de lesa humanidad (en ese tiempo designados simplemente como “graves violaciones a los derechos humanos”). Y el Cemida hizo mucho para demostrarlo.

Cuarenta años después, la aparición de este nuevo colectivo no genera para nosotros la misma exigencia. No estamos pidiéndoles a las hijas y a los hijos de los genocidas muestras de amor y humanidad, porque desde hace mucho tiempo estas compañeras y estos compañeros las vienen dando sin que haya sido necesario pedirselas.

Esta es la enorme diferencia entre aquellos años ochenta y la época actual. El camino recorrido en lo que respecta a la democracia, a la lucha por justicia y castigo a los culpables tras años y años de juicios, a la convicción personal que cada uno desarrolla a partir

de su propia experiencia, fue tejiendo la trama de esta historia a tal punto que estamos hoy aquí reunidos para hablar de mucho más que de los juicios. Esa es la gran victoria de este Colectivo. Ciertamente, confrontados a él muchos y muchas piensan todavía que “nos tienen que dar algo”, “nos tienen que dar información”, “tienen que aportar algo, tienen que traer un papel que diga dónde estuvo el padre, el abuelo o el tío para acusarlo en un juicio”, “nos tienen que traer algún testimonio, tienen que venir a declarar para decir ‘sí, mi papá, mi tío, mi abuelo estuvo en tal centro clandestino, me lo dijo una vez en un asado, o lo escuché yo de refilón’”... Pero no es esa la posición de nuestro *Colectivo Mario Bosch de abogadas y abogados en causas de Lesa Humanidad*, porque nosotros entendimos que lo más fuerte de este movimiento es que contiene la palabra “desobedientes”, siendo que la palabra que más escuchamos durante cuarenta y pico de años en los juicios fue “obediencia”. Este último término es la bandera de ellos, desde Videla hasta el último de los cabos. Videla decía: “yo obedecí los decretos de aniquilamiento”, y lo mismo decían y siguen diciendo todos sus oficiales. Y los que tenían una categoría inferior decían: “yo obedecí las órdenes de quien obedecía los decretos de aniquilamiento”. Esta es la bandera que agitan en los juicios ellos y sus abogados defensores. La maravillosa palabra que los Desobedientes eligieron es la contracara, una palabra a la que ahora podremos también recurrir nosotros en los juicios por delitos de lesa humanidad para decirles: “ustedes lo que tenían que hacer era *desobedecer*, no *obedecer*. En nombre de la humanidad ustedes tenían que *desobedecer*”.

Es por eso que las compañeras y compañeros de este Colectivo impulsaron un proyecto de ley para modificar una aberración que tiene, o que *tienen* (porque son varios), los códigos procesales penales en gran parte del mundo y que consiste en prohibir que una persona denuncie o testifique contra una línea de familiares ascendiente o descendiente en torno a delitos cometidos por estos últimos. Este

proyecto de ley, cuyos distintos puntos fueron discutidos en varias reuniones, está en trámite en la Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados del Congreso Nacional desde el 21 de noviembre del año pasado.

En los fundamentos de dicho proyecto se encuentra un argumento que, para mí, es la piedra clave y al mismo tiempo lo que más conmueve. Ellas y ellos dicen: “nosotros y nosotras somos la humanidad, somos parte de la humanidad. Nosotros somos parte de la humanidad y estos delitos que cometieron nuestros padres, abuelos, tíos, son de lesa humanidad. Por lo tanto, nosotros somos afectados por esos delitos; por lo tanto, nosotros tenemos derecho a hablar, a testificar y a denunciar como parte de la humanidad. No nos saquen de la humanidad por ser hijas e hijos de genocidas”. Este proyecto todavía no es ley, pero sabemos que los organismos de derechos humanos tienen una terquedad que asusta. Esa terquedad los lleva a combatir hasta el cansancio las leyes contrarias y aun las constituciones contrarias al avance de cualquier tipo de juicios. Las combatimos, y a ver qué pasa: –“hay una ley que dice que el juicio no se puede llevar a cabo”, –“no importa lo vamos a hacer igual”. –“Pero una ley dice ahora que el indulto...”, –“no importa, con indulto o sin indulto, vamos a encontrar por dónde entrarles”... Y es así como se ha construido la historia de estos juicios.

¿Qué ha pasado en la Argentina con el testimonio o la denuncia de los hijos, hijas, esposos, esposas, hermanas, hermanos de genocidas? ¿Solo ahora están hablando? ¿Solo ahora están dando testimonio? No, lo han hecho desde antes. En muchos casos les señalábamos que el Código no lo permitía, pero lo hacíamos igual. “Presentate igual, y lo vamos a denunciar”. Hubo experiencias diferentes; algunas salieron bien, otras mal. Algunos testimonios han sido aceptados y otros anulados, pero desde hace mucho tiempo estas personas vienen hablando y contando, tratando de hacer un aporte para que sus pruebas puedan servir en las acusaciones.

Lo que queremos con este proyecto de ley es remover ese obstáculo, esa barrera que tenemos y que hace que hoy todavía existan testigos mudos, testigos a los que la ley dice: “usted no puede hablar”, “usted no puede declarar en contra de su papá si su papá cometió un delito contra un tercero, usted solo puede hablar si el delito fue cometido contra usted o contra algún familiar suyo. Pero si sabe que su papá torturó a otra persona que no es de su familia, usted no puede testificar”. Eso es lo que ocurre hoy, pero esperamos que cambie. Ya que se trata de una aberración en lo que respecta no solo a los delitos de lesa humanidad, sino también, por ejemplo, a los delitos de violación, de abuso sexual. Es decir que si yo sé que mi papá violó a la vecina, como la vecina no es familiar mío, yo no puedo denunciar a mi papá por violador: me lo impide la ley. Así, hay dos batallas hoy en la Argentina en materia de proyectos de ley. Una de ellas es esta, la de este Colectivo. Pero hay también proyectos de ley para modificar la imposibilidad que existe hoy de que se denuncie a un padre, como dije, por delitos de índole sexual. Son proyectos que están en la Cámara de Diputados y que todavía ni siquiera han recibido la aprobación de la Comisión de Derechos Humanos ni de la Comisión de Legislación Penal.

Por otra parte, es importante el hecho de que los autores del proyecto de modificación de los artículos 178 y 242 –que prohíben denunciar y testimoniar– sean justamente los miembros de este Colectivo. Al respecto, el aporte de Pablo Verna, un hijo de genocida que además es abogado y que fue el motor inicial de este proyecto, fue muy significativo. Porque gran parte de este trabajo corrió por cuenta de Pablo. Pero además, la diputada que presentó e impulsó este proyecto es Fernanda Raverta, hija de desaparecidos. La mamá de Fernanda, María Inés Raverta, integrante de la Contraofensiva Montonera, fue secuestrada y está desaparecida desde 1979, mientras que el papá de Pablo, médico genocida, era el que colocaba las inyecciones en Campo de Mayo para arrojar al Río de la Plata los cuerpos de los militantes capturados en la Contraofensiva Montonera. Que Fernanda haya

impulsado este proyecto, y que haya venido a las Jornadas Nacionales de abogados/as este año en Santiago del Estero para explicar por qué ese cambio en la legislación penal es imprescindible, significó también muchísimo. Verlos a ellos juntos, a un hijo de genocida y a una hija de desaparecidos, impulsando codo a codo este proyecto, nos pareció una demostración de lo que somos como humanidad, o por lo menos de lo que, desde este lado, queremos ser como humanidad.

No sabemos si vamos a ganar esta batalla. Dependemos del Congreso, y ustedes saben cómo anda el Congreso en estos tiempos. Pero estamos seguros de que algún día esto va a ser ley, y de que algún día esa ley que vamos a tener será un orgullo para nosotros y nosotras. Pero, por sobre todas las cosas, estamos seguros de que esa ley va a abrir la puerta para que muchas compañeras y compañeros que todavía están, por decirlo de alguna manera, en la etapa previa a la que ustedes desde hace muchos años alcanzaron, se animen.

No alimentemos ninguna expectativa. Siempre les digo a los familiares, a las Madres, a las Abuelas, a los sobrevivientes: “tal vez no aparezca ningún dato en estos testimonios, tal vez ellos vengán a declarar, cuenten cosas que escucharon, y sin embargo no sirvan para la condena”. Pero no cabe duda de que esos testimonios son los que más impacto van a tener tanto sobre los jueces como sobre los criminales. El simple hecho de que los genocidas sepan que quienes están intentando aportar algo para lograr el juicio y el castigo son integrantes de este Colectivo o simplemente miembros de sus propias familias, es una de las más grandes historias de la humanidad, de esta humanidad. Por eso, no podemos sino expresarles nuestro agradecimiento. Insisto, no por el proyecto –porque el proyecto es casi una formalidad– sino por todo lo que han hecho, por esa valentía y ese coraje que son lo que nos va a permitir a muchísimos defensores de los derechos humanos abrazarlas y abrazarlos en las marchas: eso es lo más lindo que tenemos.

**“NO ME CONTÉIS MÁS CUENTOS,
QUE VENGO DE MUY LEJOS”**

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan solo lo que he visto.
Y he visto:
que la cuna del hombre la mecen los cuentos...
que los gritos de angustia del hombre los ahogan con cuentos...
que el llano del hombre lo taponan con cuentos...
que los huesos del hombre los entierran con cuentos...
y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad.
Pero me han dormido con todos los cuentos...
Y sé todos los cuentos.

León Felipe, "Sé todos los cuentos"

Alexandra Senfft

La larga sombra de los genocidas¹⁷

“¿El proceso de escritura te ha permitido liberarte?”, me preguntan con frecuencia. Esa pregunta que pareciera ser simple requiere una respuesta larga y compleja, y resume el tema que aquí me propongo abordar. En mi libro *Schweigen tut weh (El silencio duele)* describo la vida de mi madre, Erika. Ella era hija de Hanns Ludín, representante de la Alemania nazi en Eslovaquia. Es una historia de pérdida y negación, de silencio y represión.

“Querido papá –o temido y horrible nazi–”: mi madre se quebró bajo la presión de esos sentimientos contradictorios. Nacida en 1933, falleció a los sesenta y cuatro años como consecuencia de su depresión y de sus tendencias autodestructivas. No pudo considerar de manera crítica a su padre, ahorcado en Bratislava en 1947 por crímenes de guerra, ni reconocer su culpa. Cuando lo ejecutaron, ella tenía apenas catorce años. No podía entender por qué lo habían condenado a muerte; nadie se lo explicó en ese entonces, y ella tampoco buscó aclararlo más tarde por sí misma. Los llamados “camaradas” de mi abuelo habían continuado sus carreras en Alemania o en el extranjero, adonde muchos habían logrado escapar. Por ejemplo, su mano derecha, el ayudante Hans Gmelin, ocupó el puesto de intendente de Tübingen

¹⁷ Este texto fue traducido del inglés por Verónica Estay Stange y Julie August.

(una ciudad relativamente grande del sur de Alemania) durante veinte años, y encima fue considerado “ciudadano ilustre” hasta la primavera de 2018, año en que se le retiró el título de manera póstuma. ¡Cuánto tiempo fue preciso esperar para ello!

Una tristeza reprimida, una falta de conciencia y una culpa negada reinaban en la casa de mi abuela, en medio del silencio imperante en la sociedad de la Alemania del Oeste durante aquellos años de posguerra.

La norma entre los miembros de la primera generación era evitar el diálogo con la gente más joven, romantizar la guerra, negar sus atrocidades y guardar un silencio hermético. Ello no impidió sin embargo la persistencia de rastros de culpa y vergüenza; por el contrario, estos sentimientos fueron transferidos, de una u otra manera, al universo emocional de los hijos y nietos. Aún hoy está vigente esa consigna implícita de proteger a la familia de la vergüenza y el castigo –una consigna que puede respetarse “hacia el exterior”, pero no “hacia el interior”, ya que todo aquello que se reprime sigue existiendo, y no deja de difundir su energía negativa–. Como lo demostró una investigación epigenética reciente, las experiencias traumáticas pueden incluso provocar cambios genéticos permanentes. Algunos de los síntomas más frecuentes son la angustia y la depresión, las cuales no solo afectan la vida personal, sino que también influyen en las actitudes políticas. De esta manera, los patrones emocionales y los modos de pensamiento característicos de los nacionalsocialistas proyectan una *larga sombra* sobre las familias, e inevitablemente también sobre la sociedad alemana en su conjunto.

En la Alemania de la posguerra, en plena reconstrucción, el pragmatismo y el imperativo de funcionalidad condujeron a reprimir las emociones y a negar la vergüenza, pero también llevaron a ocultar la gran fascinación que mucha gente había experimentado por el Tercer Reich. La expresión de los afectos era “mal vista”, en la medida en que se oponía a la exigencia imperiosa de productividad y eficacia. En el período de posguerra, golpear a los niños era una forma de educación

socialmente aceptada no solo en la casa, sino también en la escuela y en el ámbito público. Cuando una madre soltera cuyo marido había fallecido en el combate o era prisionero de guerra no lograba disciplinar a su hijo, lo habitual era que le pidiera a algún vecino, tío o profesor que lo golpeará para que aprendiera a respetar a la autoridad y a no desviarse del camino recto. En aquellos años, los padres ausentes tenían una función psicológica muy importante. Sin quererlo, sus hijos jugaban el rol de parejas substitutas: su deber era proteger a sus madres y hermanos menores, aliviar su dolor y hacerlos felices. Obviamente, se trataba de una ilusión, ya que era una tarea impuesta a la que estaban condenados. Vinculados de manera simbiótica con sus madres en duelo, cargaban con el sufrimiento de ellas sin poder tomar conciencia del suyo propio. Así, percibían y trataban de satisfacer las necesidades del otro, pero no las suyas. Como mi madre, muchas hijas desde pequeñas eran las que “llevaban los pantalones” en la casa, mientras que los hijos seguían durmiendo en la cama de mamá. Si los chicos en particular carecían de alguien con quien identificarse (un modelo de función paterna), las chicas no lograban encontrar una figura masculina que les permitiera adquirir un conocimiento positivo del sexo opuesto. Y cuando algunos padres, después de años de cautiverio, finalmente volvían, eran como extranjeros en su propio hogar. Muchos estaban deprimidos o se habían vuelto introvertidos, y otros más continuaban a “hacer la guerra” en su propia casa.

La mayoría de los alemanes guardaba un silencio hermético en torno a los partícipes activos o pasivos del Holocausto: “nada vimos, nada escuchamos, nada supimos, nada hicimos...”. Los responsables eran siempre “los Otros”: los Nazis de alto rango o ciertos grupos abstractos, casi nunca miembros de las propias familias. Rara vez se planteaba incluso la cuestión de saber si cada cual debía asumir algún tipo de culpa en tanto simple “espectador”. Era muy común considerarse a sí mismo como víctima de la guerra y hacer énfasis en el propio sufrimiento (frío, hambre, huida...). Por cierto, he podido observar

esta tendencia actualmente en varias personas de la tercera generación pertenecientes a lo que se ha llamado el movimiento de los *Kriegskinder*, descendientes de la generación de la guerra. Pocos de ellos se auto-definirían como “descendientes de Nazis”, término que no obstante en varios casos describiría mejor su posición social y política. Esa mezcla de silencio, represión y dureza emocional, muchas veces acompañados de violencia y búsqueda de éxito y productividad, fue transmitida a muchos de los miembros de mi generación, nietos de nazis.

Mi abuela también les impuso a mi madre y a sus cinco hermanos más pequeños un mandato de silencio: las preguntas críticas eran tabú. Incluso hoy en día algunos parientes consideran a mi abuelo como un “buen nazi” a pesar de que, encargado de firmar las órdenes de deportación, fue co-responsable del exterminio de los judíos eslovacos, 65.000 de los cuales murieron en los campos de concentración. Ciertos miembros de mi familia sostienen que mi abuelo creía que los judíos eran enviados a los campos para trabajar, y no para ser exterminados, ¡como si las expropiaciones y deportaciones no fueran ya en sí mismas crímenes de lesa humanidad! El mito de su inocencia, y su imagen supuestamente decente (la “decencia” era un término muy popular entre los nazis: hasta mataron con decencia), nos fueron transmitidos a mí, a mi hermano y a nuestros primos y primas. ¡Ya de adultos, algunos de nosotros pensábamos incluso que se trataba de un héroe de la resistencia! Era bastante común convertir a los victimarios en víctimas.

Yo nací en medio de ese silencio, de esa suerte de “Omerta”, como dicen los italianos refiriéndose a la Mafia; como tantas personas de mi generación, muy tempranamente aprendí a no hacer preguntas incómodas. Los niños tienen un agudo e infalible sentido de lo inefable, son esponjas que absorben los mensajes verbales y no verbales que envían sus padres o sus familiares cercanos. Si esos mensajes son contradictorios (por ejemplo, cuando la palabra contradice los gestos o las mímicas), pueden provocar inseguridad emocional, conducir a la

desorientación o bien, a largo plazo, a la depresión. En la familia de mi madre no era inusual hablar de Hanns Ludin, mi abuelo; se trataba pues de un “silencio elocuente” (según la psicóloga Birgit Rommelspacher): innumerables palabras sirvieron para ocultar la verdad, evitar preguntas y tranquilizarnos, de modo que, entre sus parientes, él nunca fue considerado como un genocida.

Yo siempre supe que mi abuelo había sido un nazi. De hecho, lo calificaba como tal con toda franqueza. Eso era un hecho para mí, pero un hecho abstracto que no me afectaba emocionalmente, puesto que ese hombre estaba muerto y la era Nazi había terminado.

William Faulkner dijo: “El pasado nunca está muerto. Ni siquiera ha pasado”. Es una gran verdad: por mucho que mi madre y sus parientes quisieran huir del pasado, no lograban protegerse de él; la herida permanecía bajo la superficie, destinada a abrirse un día. Mi madre murió de las consecuencias de su trauma, invadida por conflictos internos y sentimientos de culpa. Solo más tarde me di cuenta de que sus aflicciones eran un grito desesperado en el silencio. Se convirtió en la principal víctima dentro de una familia armoniosa que, a través de la negación, se mintió a sí misma y a todos los demás: a diferencia de sus parientes, ella no podía permitirse vivir tranquilamente con esa gran mentira familiar.

Sin quererlo, mi madre me transmitió la tarea de hacer frente a nuestra historia nazi. Su muerte prematura me obligó a resolver los enigmas que hasta entonces me habían acompañado. El nacimiento de mis dos hijos me orientó instintivamente por este camino: si yo no rompía con el relato de supuesta inocencia que me había sido transmitido, ¿acaso no serían ellos los siguientes que se alimentarían de mitos y dudas?

Pero ¿cómo encontrar una voz ahí donde siempre hubo silencio, y un lenguaje para expresar lo indecible? ¿Qué tan fuerte hay que hablar para hacerse escuchar? ¿Qué tono es preciso utilizar –lacrimógeno,

reprobador, enojado, agresivo, afectuoso, diplomático, frío, sarcástico, objetivo—? ¿O quizás un poco de todo, ya que el tema está demasiado lleno de complejidades y ambivalencias?

Mi madre me dejó cajas llenas de cartas, documentos y fotografías; casi un archivo propio. Cuando finalmente examiné el material, me angustié al pensar en lo poco que realmente sabía de ella, en las preguntas nunca hechas, y en lo sola que había estado en esta lucha durante toda su vida. Ante mí tenía las piezas de un confuso rompecabezas que ahora estaba empezando a armar: ¿qué había pasado realmente en mi familia y cuál había sido el problema con mi madre? ¿Qué había hecho exactamente mi abuelo? Después de todo, yo solo sabía que había sido diplomático (y los diplomáticos no hacen daño, ¿cierto?) ¿Fue una víctima, como dicen algunos de sus hijos, o bien un criminal? ¿Tenía algún margen de acción respecto a sus decisiones? ¿Por qué había sido condenado a la horca mientras que sus antiguos camaradas nazis seguían viviendo tranquilamente? ¿Dónde encontrar evidencias de sus pensamientos y acciones? Fue a todas estas preguntas que traté entonces de responder. Como no quería volverme vulnerable en torno a este delicado asunto, era preciso conseguir pruebas.

Empecé por elaborar un monólogo. Para poner mis pensamientos y sentimientos en orden, necesitaba una meta, un proyecto estructurante, un hilo rojo para mi propia narrativa. Como autora, la escritura me ofreció una forma de expresión adecuada. Así que decidí que iba a escribir un libro.

Leí innumerables cartas que datan de la década de los 40. Busqué en documentos, archivos de la corte y material de archivo. Aprendí a descifrar la antigua escritura alemana y, sobre todo, a leer entre líneas. Miré fotos, visité lugares. Tuve muchas conversaciones con testigos de esa época, historiadores, archivistas, psicólogos, algunos familiares, amigos y personas con ideas afines, dondequiera que se encontraran. No fue una coincidencia sino un golpe de suerte que, paralelamente

a mi investigación, trabajara como asistente del psicólogo israelí Dan Bar-On durante tres años en su último proyecto. Bar-On fue el pionero de lo que se llama “Storytelling in Conflict”: ya en los años 80 en Alemania él había entrevistado a los hijos de los genocidas, y finalmente los había invitado a reunirse con los hijos de los sobrevivientes en un grupo de diálogo basado en “la reflexión y la confianza”. En aquel momento, se trataba de una empresa muy explosiva desde el punto de vista emocional. Dan me dijo dos cosas que nunca olvidaré: me dijo que si yo hubiera nacido en una familia de la mafia italiana, ahora tendría que temer por mi vida. Y cuando le comenté que tenía miedo de perder a la familia de mi madre a causa de mi proyecto de libro, me animó: “perderás, sí, a algunos parientes obstinados o incapaces de aprender, pero otras personas tomarán su lugar”. En ambos casos su predicción era correcta; solo necesitaba averiguarlo yo misma.

Poco a poco fui construyendo mi propio panorama, rompiendo con los patrones de sentimientos y pensamientos heredados de mis predecesores. Me desvié del mandato familiar. Cuanto más profundizaba en la historia, más presente se volvía el pasado. Los muertos y los vivos se convirtieron en actores, y en mi mente se repitieron las acciones que tuvieron lugar en otros tiempos. Como un detective, recogí cada rastro que pude encontrar, y con las piezas del rompecabezas que descubrí y pude organizar se fue desplegando una trama que me cautivó. La historia se apoderó de mí.

Fue fascinante y aterrador al mismo tiempo. Mi abuelo, antes extraño y “neutral”, se convirtió de pronto en una persona. Si hubiera estado vivo (como era el caso de Hans Gmelin, su “brazo derecho”), probablemente me habría sentado sobre sus rodillas como cuando era una pequeña niña —en efecto, como adulta, ¿de qué modo habría podido confrontarlo a su propia culpabilidad?—. Por primera vez me estremeció el modo en que murió (asfixiándose en la horca durante varios minutos) y la violencia que había ejercido contra otros. De hecho, esos fueron los temas de grandes pesadillas.

A veces me despertaba por la mañana preguntándome si me había perdido, ya que ninguna correlación existía entre el *pasado* y la realidad *presente*. Me encontraba frente a esos dos mundos, aparentemente antagónicos: “¿Por qué te haces eso a ti misma?”, me preguntó un amigo; “¡no te agobies con el pasado!”, me advirtió otro. Lo que la mayoría de mis parientes hubiera deseado es que abandonara inmediatamente este proyecto. Con frecuencia mi viaje al pasado se acompañaba de miedos, horror, dolor; de momentos de duda y debilidad. Era como si estuviera atravesando un túnel oscuro y aterrador, acechado de peligros. Pero tenía la esperanza de llegar hasta el final y quizás encontrarme a salvo bajo la luz. En el momento en que abrí la caja de Pandora, no había vuelta atrás.

Mientras escribía, la imagen perfecta que tenía de mi abuela (quien toda su vida se mantuvo fiel a su marido y por lo tanto también al legado político nazi) comenzó a desvanecerse. Fue un proceso particularmente doloroso, ya que ambas habíamos sido muy cercanas; frente a la fragilidad de mi madre, ella había representado un modelo estable para mí. Ella, la jefa de familia que siempre había sido idealizada por todos, ella con toda su bondad, adquirió frente a mis ojos matices ásperos y oscuros. Comprendí lo que les había hecho a su hija mayor, mi madre, y a toda nuestra familia, con esa lealtad obstinada a su marido, aferrándose a su supuesta inocencia. Me habría gustado que reflexionara y asumiera otra posición.

La injusticia, que permanece oculta, continúa trabajando silenciosa y poderosamente en nosotros –tanto individualmente, dentro de la familia, como en la sociedad–. La enorme resistencia para asumir los crímenes del pasado tuvo una gran cantidad de consecuencias psicológicas y políticas en Alemania.

El psicólogo alemán Jürgen Müller-Hohagen introdujo el término de “historia en nosotros”. Considera que hay “complicidad” toda vez que las personas protegen a sus familiares o amigos aun sabiendo que han estado involucrados en crímenes o conductas ofensivas. Antes de

comenzar mi propio proceso de toma de conciencia, yo era incapaz de ver “la historia en mí”: la historia me parecía lejana, distante, ajena a mí. A través de un sutil adoctrinamiento y sin que yo misma pudiera darme cuenta, mi familia me había enseñado el arte de la disociación. Entre todas las figuras inquebrantables y orgullosas de mi familia, la única capaz de llorar era mi madre, cuya emoción así expresada era considerada como una debilidad. Mi madre lloraba mucho: “simplemente, soy demasiado emotiva”, afirmaba a menudo, como si se tratara de un defecto; un defecto como lo era su supuesto fracaso para competir en una sociedad que exigía rendimiento y eficiencia.

En mi familia, Hanns Ludin fue considerado como una “víctima de su tiempo”... pero sus víctimas nunca fueron mencionadas. Mis parientes guardaron silencio tanto sobre estas últimas como sobre los crímenes cometidos, evitando así toda conexión; porque, si no hay victimarios, tampoco hay víctimas. No recuerdo ninguna referencia empática a los sobrevivientes. Todo comentario respecto a ellos era, en el mejor de los casos, un ejercicio obligatorio, una palabrería necesaria para adaptarse al entorno sociopolítico.

Escribir la historia de mi madre y de mi familia fue un gran desafío para mí. Cuanto más me sumergía en el tema, mejor identificaba los mecanismos del sistema. De hecho, me di cuenta de que durante mucho tiempo yo misma había sido una especie de cómplice, leal a la familia y al relato que me habían impuesto desde que nací. Me di cuenta de que había permanecido casi ciega y sorda a mi propio silencio. Debo insistir en esto: la familia de mi madre presenta una imagen bella, animada, llena de humor y creatividad; muchos de mis amigos me envidiaban por la familia que tenía, por las cenas que compartíamos alrededor de una gran mesa, por las cálidas reuniones que organizábamos.

Ahora corría el riesgo de perder el afecto de mis seres queridos. Pero estaba decidida a llevar a cabo este proyecto, a pesar de la resistencia de tantas personas significativas para mí. La narración que se

desarrollaba ante mis ojos y la trama cuya dinámica me arrastraba fueron de gran ayuda. Por primera vez fui capaz de dar testimonio y de documentar ese relato. Tenía plena soberanía sobre la historia y era dueña de mis pensamientos y sentimientos; me liberé de las anécdotas hipócritas y de las falsas interpretaciones de mi familia.

Mientras escribía podía regular la velocidad, hacer una pausa y luego retomar el hilo. Fue muy intenso, casi como una psicoterapia; y, como ocurre en las terapias, la escritura obliga a tomar distancia respecto a lo narrado y a sus protagonistas, agudiza los pensamientos. La mirada interior es continuamente analizada desde el exterior; la distancia y la cercanía pueden ser controladas.

Me llevó algún tiempo darme cuenta de que tenía que protegerme del peso de los hechos y de aquellos que seguían negándolos, querían olvidar el pasado y luchaban verbalmente contra mí. Las palabras también pueden ser armas. He experimentado la violencia de las palabras pronunciadas por algunos de mis familiares: vibraciones negativas que pueden llegar a ser letales si no se es consciente de ellas.

Inevitablemente, las palabras que publiqué también los hirieron, y muchos de ellos deben haberse sentido expuestos. Cuando conversé con una de las protagonistas de mi último libro sobre mi lento y difícil proceso respecto a la historia de mi familia, me dijo: “Pero tienes un papel complicado: o lastimas a tus parientes, o lastimas a la verdad”. Yo misma no podría haberlo dicho mejor.

Afortunadamente, tuve un padre muy comprometido política e históricamente, que me mostró una perspectiva diferente y me acompañó sin reparos en este proceso. Si él también se hubiera vuelto contra mí, yo no habría tenido la fuerza para alcanzar la meta que me había propuesto.

Mi libro *El silencio duele*, publicado en 2007, ciertamente afectó la relación con mi familia, antes cercana. Tengo parientes que me han atacado por mi punto de vista crítico y que se han expresado públicamente respecto al pasado nazi de mis abuelos, acusándome de querer

llamar la atención, de ser ignorante e incompetente, o bien de estar motivada por ambiciones superficiales de lucro –después de todo, las historias de nazis se venden bien, ¿no?-. Algunos piensan que he deshonrado a la familia por no plegarme lealmente a su mandato.

Hoy afirmo que he roto las cadenas históricas de la negación familiar y que he logrado abrir un espacio para el cambio y las nuevas perspectivas. Definitivamente no le he transmitido a mis hijos la narrativa en cuyo marco fui educada. Les entregué otra versión: aquella según la cual su bisabuelo participó activamente en el Holocausto.

Heredé de mi madre el rol de oveja negra de la familia. La diferencia, sin embargo, es que yo no me he entregado a mi destino pasiva y autodestructivamente, sino que, activa y constructivamente, he tomado las riendas de él. Yo no quería ser aniquilada como ella; deseaba romper con la maldición de la familia y con su silencio. Llegué aún más allá: publiqué mi texto y así rompí con otro tabú que los parientes de mi madre hubieran querido mantener. Puse mi historia a disposición del público. “Podríamos haber discutido todo esto en el círculo familiar”, dijeron algunos. Es verdad, pero entonces la versión de la supuesta inocencia de mi abuelo, que prevalece en ese círculo, habría permanecido para siempre dentro del clóset. La dinámica familiar fue una profecía autocumplida: la conversación que podríamos haber tenido nunca se habría producido... debido a la familia misma.

Al publicar, pude fomentar una discusión pública sobre las largas sombras de los crímenes nazis. Hasta el día de hoy muchos alemanes “naifs” piensan que “nada” había en sus familias, porque fueron educados para creerlo. En varios casos, han sido engañados a través de mitos, historias retorcidas, excusas e incluso mentiras. Cuando les cuento mi historia, muchas personas se detienen a pensar y a menudo empiezan a preguntarse sobre lo poco que saben realmente y en detalle sobre el pasado de su familia.

El hecho de que la extrema derecha esté tomando fuerza en Alemania tiene que ver con las actitudes que se oponen a la transparencia

en el interior de muchas familias. Los miembros de la primera generación se reivindicaron como víctimas sin tomar conciencia de su propia historia de victimarios ni de las consecuencias de una guerra que ellos mismos habían iniciado. Al evadir la verdad, esta primera generación contagió a la segunda (la de mi madre), la cual a su vez con demasiada frecuencia fracasó en la tarea de concientizar a sus propios hijos.

La generación de los nietos a la que pertenezco, aunque muy alejada de la era nazi, está todavía afectada por ella. En vez de enfrentarnos al terrible pasado, muchos de nosotros crecimos creyendo que la paz y la tranquilidad estaban ahí para siempre. Dimos por sentada la democracia, olvidando que debemos luchar día a día para preservarla.

A través de estas omisiones, las generaciones anteriores contribuyeron directa o indirectamente al desarrollo de los movimientos populistas¹⁸ y de derecha. Es probable que, entre las causas del racismo (que ha vuelto a ser socialmente aceptable), así como de los disturbios y ataques xenófobos, se encuentre la imposibilidad de enfrentar y asumir la propia historia familiar. La glorificación de la guerra y la transformación de los victimarios en víctimas contribuyeron a una visión falseada de la historia que hoy en día ha tomado mucha fuerza.

La socióloga de Frankfurt Lena Inowlocki demostró en sus investigaciones que “la retórica política y la autorrepresentación cotidiana de los grupos de extrema derecha funda su atractivo y su poder de seducción sobre los adeptos y recién llegados, en la referencia –en parte explícita, en parte implícita– a la Historia como historia familiar. En sentido estricto, utilizan el argumento de la historia familiar para justificar reivindicaciones relativas a la Historia”.

18 En alemán, el término “populista” tiene una connotación plenamente negativa. Se usa por ejemplo para calificar el hecho de que los políticos utilicen eslóganes xenófobos, aprovechando sentimientos de miedo y envidia que algunos alemanes experimentan frente a la ola de refugiados que llegó en los últimos años, o bien el hecho de que miembros de cualquier minoría (étnica, sexual, religiosa) sean declarados culpables por delitos con los cuales no tienen que ver [n. de las t.].

En mi libro *El silencio duele* me concentré exclusivamente en la sombra del victimario dentro de mi propia familia. En *La larga sombra de los genocidas*, publicado en 2016, hablé de otras personas que se habían enfrentado a su historia nazi. Los individuos retratados en este último libro no son los hijos y nietos de los nazis de alto rango; son gente como tú y como yo. Sus familiares estuvieron involucrados en el régimen nazi de maneras muy diferentes, y la mayoría de ellos fue simplemente un engranaje de la máquina de muerte. La sombra de los genocidas no solo se refiere a la culpabilidad individual manifiesta, sino también al clima imperante en una sociedad que aún hoy sigue fomentando la negación del pasado.

Me parece mucho más revelador investigar cómo el ciudadano promedio se convirtió en nacionalsocialista y participó en el asesinato en masa –aunque solo fuera a través de actividades banales o desviando la mirada– que centrarse en los principales y conocidos responsables. Cuando seamos capaces de reconocer la persistencia de lo humano en toda forma de inhumanidad, podremos comprender mejor algunos de los aspectos psicológicos que explican cómo el Holocausto fue posible. Los nazis no eran monstruos ni estaban locos. Eran gente común, a menudo muy inteligente y culta. Y las personas son capaces de cometer los actos más bárbaros y los más terribles crímenes contra la humanidad independientemente de sus logros y de su nivel educativo y cultural.

Por lo tanto, es imperativo escudriñar la memoria familiar y las creencias heredadas. Cada quien tiene derecho a construir su propio relato y su propia visión. En mis intervenciones en Alemania, con frecuencia invito a los asistentes a realizar una discusión abierta, un verdadero diálogo, en el interior de sus familias. Motivo a la gente para que saque las cajas del ático y examine el contenido con sus hijos y nietos. Hablar, no quedarse en silencio.

Al trabajar en este difícil tema, es útil empezar desde adentro, volviéndonos hacia los individuos con los que podemos relacionarnos:

el bisabuelo, el abuelo, la abuela, el tío. Ello facilita la identificación y el desarrollo del interés por la historia, y es particularmente cierto en el caso de los jóvenes. Ya que el relato de vida individual conduce a la familia, y de ahí a la sociedad, la historia y la política.

¿Qué les respondo entonces a los que me preguntan si me he liberado escribiendo? Les digo que nadie puede liberarse de su pasado, porque este último vive dentro y alrededor de nosotros: en personas, objetos, edificios o lugares. Y cuando abrimos los ojos, tomamos conciencia ello y reconocemos nuestra conexión personal con la Historia.

Cuanto más sabía sobre la culpa de mi abuelo, más agobiada me sentía por ese legado. Y cuanto más podía aceptar los hechos, más podía abrirme –no solo cognitivamente a la comprensión, sino también emocional, enfática y directamente al sufrimiento de las víctimas, de los sobrevivientes y de sus descendientes–. Hoy siento que puedo llorar por lo que ha pasado, y que ya no tengo que reprimir el dolor de enfrentarlo. De alguna manera, se trataba de un requisito para iniciar un diálogo con la “otra parte”: los sobrevivientes y sus familias. Mientras se oculten los hechos, cualquier diálogo significativo carecerá de autenticidad, y será solo un medio para buscar alivio.

Definitivamente, escribiendo no me he liberado del pasado de mi familia; y en realidad no trato de hacerlo. Pero sí he pasado de la oscura incertidumbre a la lucidez, de modo que hoy puedo defender mi propio punto de vista, oponiéndome radicalmente a la familia de mi madre y a sus preferencias.

Marcel Cohen dijo: “Esa frontera del pasado que tú imaginas, no existe”. En 1943, a la edad de cinco años, este escritor francés fue testigo del secuestro de sus padres y de su hermana recién nacida por parte de los nazis. Si él sobrevivió al Holocausto, fue únicamente porque un empleado de sus padres lo protegió. En su libro *Room of Remembrance* (Berlín 2014), Cohen reconstruye la vida de sus familiares asesinados utilizando objetos: una pulsera, un juguete, una fotografía, un violín. Él es la única persona, me dijo, que todavía recuerda a su familia; si no

hubiera escrito sus historias, habrían caído en el olvido. Su obra tenía que ser “escrita al margen de las fórmulas preconcebidas que intentan responder a la cuestión del testimonio”. Como él dice, su libro fue sobre todo el resultado del silencio, de las lagunas del conocimiento, y del olvido.

Cada año estamos más lejos de la era nazi, y cada vez más se desvanece el recuerdo de los que vivieron, murieron y sobrevivieron entonces. ¿Cómo preservar la memoria cuando no quedan testigos presenciales? ¿Qué entendemos exactamente por recuerdo? Después de todo, existen puntos de vista, percepciones y enfoques distintos, que a menudo difieren radicalmente. El recuerdo se mueve entre dos polos contradictorios: por un lado el deseo de alivio, la palabrería, el deber, la explotación y la transfiguración, y por otro la lucidez, el duelo y el trabajo social. ¿Cómo asociar las diferentes perspectivas y disciplinas para dar forma a la conmemoración de manera constructiva y durable? ¿Cómo lidiar con aquellas personas que desde hace tiempo pusieron un punto final y siguen rechazando la toma de conciencia? ¿Está nuestra percepción lo suficientemente agudizada como para reconocer las consecuencias transgeneracionales del Holocausto y, de ser necesario, reaccionar correctamente? ¿Cómo podemos oponernos eficazmente a la extrema derecha, que quiere borrar la memoria, abolir la conmemoración y reducir el nacionalsocialismo a una “cagada de pájaro” –como dijo hace poco tiempo, vergonzosamente, Alexander Gauland, jefe del partido Alternativa por Alemania?–.¹⁹ La AfD es hoy en día el tercer partido político más importante en Alemania, y temo que puede seguir ganando terreno.

Necesitamos historias humanas para iluminar el recuerdo. De lo contrario, la conmemoración se verá confinada a los archivos y

19 Las palabras exactas de Gauland fueron: “Hitler y los Nazis no son más que una cagada de pájaro dentro de 1000 años de historia exitosa alemana” (“*Hitler und die Nazis sind nur ein Vogelschiss in über 1000 Jahren erfolgreicher deutscher Geschichte*”) (junio de 2018) [n. de las t.].

manuales escolares, y seguirá perdiendo su autenticidad. Eso es lo que Marcel Cohen sintió cuando, en un acto conmemorativo, pensó en su madre y su hermana asesinadas: “Los discursos no carecían de significado. Incluso eran ciertos. Pero las reflexiones generales sobre la historia, la humanidad, el crimen, eran tan solemnemente pesadas que nadie habría pensado en la soledad de una joven madre lactante que perdió su cabello; que, de pie tras los cristales de las ventanas, articulaba palabras en silencio; que cada día se encontraba a sí misma un poco más abandonada, un poco más fea, un poco más ansiosa.... El orador habló en pasado, como si el pasado nunca hubiera estado vinculado con el presente. Eso también parecía completamente anacrónico...” Cohen añadió: “Si no mal recuerdo, el orador incluso levantó un poco la voz para ocultar el llanto [de una mujer]. Habló de ‘deber’ y de ‘memoria’, como si las últimas décadas le hubieran dado derechos, derechos que por muchas razones podrían parecer exorbitantes. Para los que *se acuerdan*, el recuerdo no es una cuestión de deber ni de hermandad póstuma. Cualquier conminación a mirar hacia el pasado no solo es ridícula, sino insultante”.

Quisiera excluir del acto de recuerdo todo factor de compulsión, y despojarlo de los rituales sin sentido. Me gustaría que se convirtiera en una necesidad personal, que debe satisfacerse por iniciativa propia, sin mandatos, imperativos morales ni presiones por parte de los profesores, pedagogos o políticos. El recuerdo auténtico también surge de la sensibilidad individual: de la reflexión, el testimonio emocional y el conocimiento de los hechos. El recuerdo no se efectúa solo aprendiendo fechas y datos, como hacen los buenos alumnos, sino anclando e interiorizando los hechos también emocionalmente, relacionándolos con la propia historia familiar o con las biografías de otros.

En fin, a lo largo de esta reflexión he querido atribuir a la “perpetración” un sentido más amplio que el habitual. Fritz Bauer, juez judío-alemán, fiscal general que ayudó a capturar a Adolf Eichmann en

Argentina y que en 1963 inició los juicios de Auschwitz en Frankfurt, observó que “la característica estructural central del Holocausto fue la forma en que se dividió el trabajo”. Es a esta división a la que me estoy refiriendo aquí: a la participación en el Holocausto de la mayoría de los alemanes y de sus colaboradores en Europa. Me refiero a la *larga sombra* de la era nazi en todas sus facetas: formas de pensar y de sentir, así como patrones de comportamiento.

Las víctimas y los sobrevivientes permanecerán vivos en la memoria a largo plazo solo si los victimarios y los espectadores también se vuelven visibles como personas individuales y como familias.

“El pasado no se detiene”, dijo el escritor alemán Siegfried Lenz, “nos examina en el presente”. Es a este examen que todos debemos someternos, una y otra vez, para preservar el recuerdo de aquellos que fueron las víctimas del mayor crimen contra la humanidad en la historia moderna. Al mismo tiempo, este examen nos ayuda a luchar contra el racismo bajo sus distintas formas, contra el antisemitismo y contra el comportamiento antidemocrático en el presente. En este esfuerzo todos debemos unirnos, sin importar de qué lado del abismo de la historia nos encontremos.

Lizy Raggio

Como dos extrañas en la noche

Como dos extrañas en la noche, nos encontramos Josefina y yo. Ella llega desde un lugar que no puedo describir, intuyo que es una viajera del tiempo, que encuentra un intersticio al igual que Juan Salvo, el protagonista del Eternauta.

¿El sitio del encuentro? Un lugar posible... mis sueños. Ella me convoca insistentemente para que escuche lo que tiene que decirme. Y allí estoy yo, que solo la conozco por los relatos familiares y porque alguna vez llegó a mis manos una bella carta de amor escrita por ella. Ahora que lo pienso, allí también había mensajes entremezclados con frases y palabras comunes: "... No renuncies a tus sueños", "defendé tu amor..."; "contás incondicionalmente conmigo". Estas eran las cosas que ella le escribía a mi abuelo, su hermano, cuando la familia se oponía al casamiento de él con mi abuela. Mensajes amorosos, esperanzadores, eternos, escritos en un papel que el tiempo pintó de amarillo y que para suerte nuestra perduró para que hoy mis hermanas y yo nos apoderáramos de esas palabras y las hiciéramos circular a través de un cordón invisible que se extiende hasta nuestros hijos y nietos. Entendiendo que cada una de nosotras decidirá cuál es el camino que va a tomar en esa transmisión.

Vuelvo a mi sueño. Estoy parada frente a la bóveda familiar, construida por mi bisabuelo a principios del siglo XX. Sus puertas de

hierro forjado negro con sus ventanas cubiertas con unas delicadas cortinas blancas bordadas en estilo Rállele forman el umbral entre los vivos y los muertos. De pronto se abren las puertas y es desolador lo que se observa: en el estante del fondo, sobre una carpeta de tela, hay un florero con un clavel rojo, seco, y con plumas a su alrededor. Todo está sucio, el vitro de la cúpula se ha roto y en el suelo hay vidrios y plumas... Josefina está allí, sentada, elegante con su vestido negro y su collar de perlas, inclinada hacia adelante, tapándose la cara con las manos a su vez casi cubiertas por sus finos cabellos blancos. Ella mueve su cabeza como diciendo que no... y yo estoy asombrada ante semejante escena. No son necesarias las palabras; siento su pena, su tristeza.

Es extraño para mí verla así, ya que en mi mente adolescente Josefina es sinónimo de fortaleza, de independencia, de autosuficiencia, defensora hasta el final de sus valores, algo así como una heroína. Como no sé qué hacer, me escapo de esa cita inquietante, despertándome. Pero ella no renuncia y a la noche siguiente, y aún a la siguiente, vuelve a convocarme. Hasta que comprendo que no tengo manera de eludirla, y entonces descubro otras cualidades de Josefina de las que nadie me había hablado: su persistencia, su tenacidad, su resolución.

Viajo a mi pueblo y me dirijo a la bóveda. Una vez allí, frente a la puerta, como en el sueño, mi cuerpo resume todos mis sentires, tiemblo, las manos me transpiran y me debato entre el deseo de encontrar todo como estaba en el sueño y el temor de que así sea.

Pues bien, rápidamente se develó la verdad. Todo estaba tal cual lo había soñado. Limpiamos todo, y mientras lo hacíamos yo no podía dejar de mirar el féretro de Josefina y preguntarme y preguntarle... ¿por qué a mí? Como para amortiguar las emociones, comenté con desenfado a los que me acompañaban que, habiendo tantos parientes en el pueblo, justo me había elegido a mí, que estaba lejos. Tengo que admitir que el comentario no solo aflojaba mi tensión; también tenía una cuota de soberbia, algo así como: "¿vieron? ¿me eligió a mí!".

Además, reforzaba mi posición de “brujita” dentro de la familia (cuestión que siempre me divirtió).

Han pasado muchos años desde aquel episodio y en varias ocasiones ha vuelto el recuerdo de aquel acontecimiento. Hoy le encuentro una razón a aquella situación. Josefina era la tía de mi padre, y la bóveda pertenecía a sus antepasados; algo los inquietaba a ellos y a mí, aunque yo no lo pudiera poner en palabras. Estábamos en plena dictadura militar, y demasiadas cosas pasaban en ese presente que justificaban la inquietud. Un miembro de ese linaje con sus actos los estaba condenando a todos, a los que ya no estaban, a los presentes y a los que vendrían en el futuro. Tal como decía García Márquez en una de sus novelas, “hay estirpes que están condenadas a cien años de soledad”, y me atrevo a agregar que también están condenadas al silencio y a la mentira.

Entonces vuelven con fuerza las palabras de la carta amarillenta, que no eran más que un pedido, un recordatorio de nuestro derecho a defender nuestra identidad, nuestros deseos, y de nuestra obligación de hacernos responsables porque solo así podemos decir con fuerza y firmeza: SOY.

Amé profundamente a mi padre, con sus aciertos y errores, y también repudié con la misma intensidad sus actos como hombre. Me va a doler en el alma siempre, siempre, lo que hizo durante la dictadura. Sé que puede ser muy difícil para algunos comprender lo que digo, pero ésta es mi verdad, así de simple. Tal vez sea precisamente esto, esta mezcla de amor y repudio, lo que me permite cumplir con mi misión, cortar la condena de cien años soledad que pesa sobre mi estirpe, de modo que mis hijos y mis nietos no carguen con el peso del horror y el silencio. Esa mochila es mía, y yo la voy vaciando como una orgullosa Desobediente que puede mirar a cualquiera a los ojos sin vergüenza por ser “la hija de...”. Yo, que puedo romper con el silencio para pronunciarme; yo, que puedo salir con un cartel a la calle pidiendo, exigiendo, *memoria, verdad y justicia* para las víctimas de ese hombre que fue mi padre.

Josefina, me das fuerza, me das valor, me marcás el camino. Hoy te propongo que nos encontremos, ya no como dos extrañas en la noche, sino como dos mujeres a las que une el mismo linaje. Hoy no me escapo, hoy quiero contarte que entendí aquella aparición. Ya no me interesa responder a la pregunta de “por qué a mí”. Aquí y ahora, solo te espero.... Josefina... Josefina, la eternauta.

Vittoria é Natto

Luna azul en tortura

Esta luna azul se cae a trozos en las trizas
de una memoria fragmentada.
Esta luna azul ni alumbra siquiera los recónditos huecos
de la conciencia militar.
Esta luna azul se ahoga en la injusticia y falsedad
de un Estado que volvió su puño contra el pueblo.
Esta luna azul fue testigo de la noche en que a los 9 años
amanecí amarrada a una cama por los infantes de marina.
Esta luza azul fue testigo de tu tortura y la mía,
de tu pérdida y la mía, de tu exilio y el mío.
Esta luna azul nos ilumina en la lucha que aún continúa.

Vittoria é Natto,
La hija de un torturador

Este caminar inicia con el proyecto *Hijos de la Memoria Chile*, que es el resultado del trabajo investigativo y permanente de la antropóloga-arqueóloga chilena Adriana Goñi Godoy, a cuya labor me uní desde el año 2009. Fue el primer paso visible hacia un camino que hoy reconozco desobediente; fue ella quién me señaló que esta voz (mi voz) constituye un segmento de estudio diferente y una tarea pendiente en la investigación y reparación a las violaciones a los derechos humanos.

Los hechos ocurridos en Chile a partir del golpe de Estado cívico-militar de 1973 se gestaron en la marina chilena años antes. Es un espacio aún sin investigar debido al llamado “secreto de la familia militar”, que obliga por lealtad a guardar la información sensible en tiempos de “guerra” no solo a los integrantes activos, sino a sus familias extendidas.

El relato que les presento responde a la experiencia de una niña de nueve años que es testigo del accionar represivo del Estado de Chile a través de la Comandancia Naval de Valparaíso. Son las vivencias de una “*ex menor*” víctima de prisión política y tortura. Esta denominación surge a partir del trabajo de la comisión Valech, que logró llenar un vacío visibilizando a este grupo de actores de la memoria de manera independiente y particular, como lo explica María Luisa Sepúlveda, ex vicepresidenta ejecutiva de la comisión:

Hasta antes de la Comisión Valech, para contabilizar prisioneros políticos o personas torturadas, los niños eran sumados a los casos de sus padres. Para ir a declarar a la comisión fue requisito que las personas se acercaran individualmente y ahí nos empezamos a dar cuenta de que quienes habían sido niños al momento de la violencia política, pedían entrevistas independientemente del caso de sus padres. Junto con ello se sumó la carta de una niña que vivía en Estados Unidos. Ella tenía una depresión y los médicos que la trataban la atribuían a las torturas que recibió su madre cuando ella aún estaba en su vientre. Fue ahí cuando nos dimos cuenta de que también teníamos que considerar en el informe, como individuos afectados, a los niños en gestación.²⁰

Las numerosas investigaciones que provienen de la academia se han centrado en los casos reconocidos y estudiados públicamente, y siempre enfocados desde la perspectiva de las *víctimas de violaciones a los derechos humanos*. Pero queda un amplio vacío que no solo incluye a

20 “A 40 años del Golpe: los niños violentados”, entrevista para la revista *Paula* (agosto de 2013), <http://www.paula.cl/reportaje/a-40-anos-del-golpe-los-ninos-violentados/>

los ex menores, que son tales debido a su relación de parentesco y/o vecindad con adultos militantes o simpatizantes de las fuerzas opositoras al régimen dictatorial, sino también a ex menores que tienen vínculos parentales con los represores genocidas.

La escritura ha estado presente en mí desde que tengo memoria. A los nueve años, tenía la sensación de que tenía que escribir lo que vivía. Tenía la absoluta seguridad de que lo que vivía debía contarse. Cuando miro hacia atrás parece que eso permitió que no me volviera loca, porque es para volverse loco. Para contextualizar, les explico antes de leer: mi padre era del Ancla 2, un sistema de inteligencia y contrainteligencia en el interior de la marina de Chile, aunque él siempre vistió de civil. Mi madre era simpatizante del gobierno de Allende, nunca fue militante, pero tenía mucha relación con el movimiento de los sacerdotes obreros. Tras el golpe militar, fueron perseguidos hasta ser expulsados varios de ellos. Para ello, hicieron una lista de los que debían “desaparecer” en lo que se denominó “operación pinzas”, que enlistaba a personas no gratas al sistema por todos los cerros de Valparaíso, desde Playa Ancha hasta Miraflores. A mi padre lo llaman de la comandancia para preguntarle por qué está la esposa de un funcionario de confianza en aquella lista. Mi padre entra en la encrucijada de morir los tres, o bien aplicar el protocolo que correspondía. Mi padre decidió y firmó la autorización para que se siguiera con ese procedimiento, que se realizó el día 22 de septiembre, diez días después del golpe. Ese día nosotros nos habíamos ido, en realidad nos habíamos escondido, porque le habían avisado a mi mamá que estaba en una lista. Mi padre nos fue a buscar a esta casa en donde estábamos y convenció a mi mamá, que tenía mucho miedo, de que volviéramos a la casa porque era mi cumpleaños. Y volvimos. Tres años después me entero de que él tenía la orden de estar allí antes de las 11 de la noche, que era la hora en que iban a llegar los infantes de marina.

El texto que voy a leer forma parte de mi novela *La Hija de un Torturador. Relato testimonial de una ex menor* (2015). Corresponde a las vivencias de esa niña, hija de una mujer simpatizante del gobierno del presidente Salvador Allende Gossens y de un funcionario civil de la Armada de Chile.

*Los hijos y las hijas heredaron
lo que no pudimos derrotar
[...]*

Y vino la marea con su pesar.

La trajo mi padre, el agente especial... con su cajita,
con su cajita de metal.

A mis nueve años, ahí estabas con tu cajita,
con tu cajita de metal.

Para silenciarme, silenciar mi pesar.

Tengo sueño, no sé. ¿Dónde estás mamá?

Papá, papá. ¿Dónde estás mamá?

¿Eres tú?, tú, papá, ¡No!... ¿Qué es esto?

Ah, ya lo sé... la perrita en el lodazal.

Me inyectaste dos o tres dosis,

ya no me acuerdo, ya...

Querías silenciarme, callarme para no gritar,

gritar pidiendo a mi madre,

esa que tú entregaste minutos atrás.

Sí, tú mismo lo acordaste con el comandante.

Para demostrar tu honor, para mantener tu lealtad,
por Dios, la patria y la bandera

“si tengo que entregarte... lo vuelvo a hacer no más”.

Y lo planearon con detalle para que no pudiera olvidar.

El día de mi cumpleaños,

el 22 de ese mes y ese año

fatal para mí y otros tantos... fatal, fatal.

Me empujaste... con aquel vaivén
que conocí cuando me casé.
Me empujan, ¿Quién es? Tengo sueño
¿Papá, papá? ¿Dónde estás mamá?,
tengo sueño, no puedo despertar.

Tío Mario Veterinario, solíamos cantar.
Llegaste también esa noche... eras mi padrino,
el hermano de mi mamá,
para pedir asilo a la insignia, agente especial.

Tengo sueño, no puedo despertar.
¿Por qué me sujetas y no me dejas volar?
Los tres en el vaivén, que tarde reconocí,
el vaivén del lodazal.

Tío Mario Veterinario, solíamos cantar,
por qué me sujetas, dime ya.

Tengo sueño no puedo despertar
¿Papá eres tú? ¿Eres tu papá? ¿Qué es esto?
Ah sí, lo sé... la perrita en el lodazal.

El vaivén ese... me miré y vi,
las piernitas... de la perrita en el lodazal.
¿Qué linda la niña! ¿Qué lindos sus ojitos!
Lindos como el mar. Calla, calla, no grites.
No grites ya. “Ella ya viene”,
dijiste “fue a comprar no más”. Calla, calla...
no grites, perrita del lodazal.

Tengo sueño, tengo sueño, no puedo despertar.
Abro los ojos, mis ojos, mis ojos lindos como el mar.
Eres tú, sí tú, papá, me duele, déjame ya...
hundiéndome en el lodazal.

Me tomaron en brazos y me llevaron a otro lugar.
No era mi casa, ni mi cama, ni mi lugar...
me amarraron a la cama,
me dieron algo y me dormí al final.

Dormí el sueño funesto, cubierta por el lodazal.
Sí claro, ese era mi lugar.
¿Dónde está ella? ¿Dónde está mamá?
Te llevaron los milicos,
te entregó mi padre del Ancla 2 era, no más.

Sé lo que estás viviendo, lo mismo que yo no más.
Dime, dime ¿Dónde estás mamá?
Si vuelves mamita, si es que vuelves...
vuelves en el lodazal. ¿Dónde está ella?
¿Dónde estás mamá?

Tengo sueño, no puedo despertar.
Dormí un día, dos días o más.
Tengo un sueño, quiero... pero no puedo despertar.
Abro mis ojos, ya no son lindos como el mar.
Él no está, ¡Qué bueno! ¿Hay alguien ahí?
¿Quién es? ¿Quién está?
Alguien vela mi sueño, remordimiento quizás.

Escucho su voz marchita, la voz marchita de mi mamá.
La dejaron viva y en libertad
porque le dieron “trato especial”
Por ser la esposa de un funcionario tan,
Tan insigne y tan leal.
¡Mamita, mamita, ahí estás!

Suéltense las amarras que quiero navegar,
caminaremos juntas, juntitas en el lodazal,
nos arrastraremos errantes, cojas en el mar,
¡qué bueno, ahora podemos navegar,
navegar solitas, él, él no está!

Está matando comunistas, en eso está.
Por Dios, la patria y la bandera, puro honor no más.

Valiente soldado de mi patria,
que hasta a la madre y la hija fue a entregar,
porque se lo ordenó el comandante,

el insigne capitán ¡Qué hombre! ¡Qué valiente soldado!...
fuiste de la patria el sostén.

Sujetaste mi cuerpo infantil, sometiéndome infame y vil.
Y entregaste su cuerpo también,
el cuerpo de tu casta esposa al redil...
al redil de perros hambrientos,
hambrientos de hambre, de sed vil.

Por Dios, la patria y la bandera,
“si me piden te entrego, te entrego también”
¡Oh! valiente padre, valiente soldado,
fuiste de Chile el sostén. ¡Qué valiente soldado!
marcado por la orden de su Capitán.
El honor o la muerte te preguntaron...
“El honor por supuesto mi Capitán”.

Aplastar la semilla comunista, aplacar a la activista,
Mi madre, de ella se encargaron los perros,
los perros de la infantería de marina.

De mí, de la semilla comunista,
se encargó mi padre,
transformándome en mujer por su asquerosa lealtad,
“por Dios, la patria y la bandera”.

Esta memoria es otra memoria. Estamos abriendo camino luego de décadas en que ya de adultos empezamos a procesar las repercusiones de las acciones y omisiones de nuestros progenitores. La tardanza en la aparición de estas voces, según la opinión clínica de un neurop-siquiatra, se explica de la manera siguiente: “los adultos que hemos atendido, no tenían recuerdos nítidos de lo que les había sucedido antes de comenzar el trabajo de reconstrucción de la memoria, pero sí tenían un malestar psíquico y crónico, y una cantidad de otros síntomas que eran difíciles de explicar”.²¹ El mismo especialista indica

21 “A 40 años del Golpe: los niños violentados”, entrevista a Jorge Barudy, revista *Paula*, *op. cit.*

que para los ex menores es muy difícil llegar a tomar conciencia de su condición; sin embargo, la represión queda registrada en el cerebro y se manifiesta en el cuerpo. Son estas huellas de la memoria las que nos convocan hoy y nos abren un largo camino de reconocimiento y reconstitución. Pero es necesario señalar que nuestros progenitores victimarios no dejan de serlo. Son y serán victimarios, en un proceso social complejo que los llevó a considerar como enemigos a sus compatriotas y a los integrantes de sus propias familias. Queda un sin-fín de cuestiones por dilucidar. Este es el primer paso de muchos por parte de Historias Desobedientes en su búsqueda de una identidad propia. También en el caso chileno, se trata de romper el silencio a través de las voces de hijas, hijos y familiares que fueron testigos íntimos del accionar de los agentes del Estado. No puedo terminar sin leerles un último fragmento, con el que cierro mi libro:

Hoy me levanto sangrante, rota por tu concepción,
tomo los trozos de mi alma, los pedazos de mi corazón,
los vestigios de niña inocente que tu mancillaste por sumisión
y me planto delante de tu tumba y sin miedo a la traición
no soy más Pienovi, por fortuna no lo soy.

Soy Vittoria é Natto eso soy,
la “Victoria ha Nacido” después de tanto dolor.

Caminaré con la frente en alto, reparando tanto horror,
que cobardemente sembraste y mi patria vivió con terror.

Nora Cortiñas

Pasos son

Estoy muy emocionada. Soy Nora Cortiñas, integrante de Madres de Plaza de Mayo, Línea Fundadora. Soy la mamá de Carlos Gustavo Cortiñas. Vine porque quería garantizar este acompañamiento. Les voy a contar brevemente cómo se produjo, al menos para mí, la aparición de estos jóvenes, varones y mujeres. Aparecieron un día, y decidimos –cosa que no hacemos habitualmente– reunirnos y conversarlo. “¿Quiénes son estas mujeres y estos varones?” Convinimos en que cada una resolvería qué pensar, y debo decir que no fue fácil. Entonces yo dije lo que pensaba. Dije: “yo tengo miedo de que este sea un camino hacia la reconciliación”. Y como nosotras terminantemente decimos *no al olvido, no al perdón, no a la reconciliación*, estuvimos todas de acuerdo. Algunas dijeron: “no será que nos van a venir con el cuento de que no eran tan malos, de que los padres no eran tan malos... qué se yo”. Después estuvimos conversando, dialogando, y al final de la conversación no era tan claro lo que pensábamos. Decíamos: “bueno, a lo mejor es posible”, “a lo mejor no es tan así”, “mejor sería escuchar”. Qué raro, nosotras escuchando después de cuarenta años en la calle. Una se pone... se pone reflexiva.

Entonces dijimos: “lo mejor va a ser escucharlas. Sentarnos a escucharlas y decidir. Así como a nosotras nos costó tanto que nos escucharan. Mucha gente, una gran parte de esta sociedad, inclusive la

gente que durante años pasaba por la Plaza de Mayo, nos vio y no nos vio: fuimos invisibles. Años y años. Entonces es mejor escuchar”. Nos fuimos encontrando con algunas de ellas, luego con otras, en varias ocasiones. Y conversamos el día en que fuimos a hacer el escrache a Etchecolatz a Mar del Plata. Estuvimos ahí juntas, conversando, como si nada. Pero no preguntando, indagando, no. Con la prudencia que el caso requiere. Saber que una decisión así debe haber sido muy complicada, a lo mejor dialogada entre ustedes, muy difícil. Nosotras hemos tenido muchas charlas, por ejemplo, en torno al aborto. Tenemos amigos gays, amigas lesbianas, fui a la marcha del orgullo gay. Todo eso ha acarreado sus problemas. Todas esas cosas, el apoyo a las mujeres trans... *Pasos son*. Nosotras no venimos de una viveza así. No fuimos modernas nunca, siempre fuimos antiguas.

Igual les quería contar además que estoy muy emocionada. Primero porque mañana, pasado y el otro y el otro estamos en la calle. Me siento más patriota que nunca. Fuera todos los tramposos que vienen, fuera el FMI. Que sea ley. Y después contarles que hoy voy a ir a un teatro donde van a representar una obra que contiene un pedacito de mi historia y un pedacito de unas palabras que tuve con Gustavo, que no las voy a decir acá porque voy a llorar y no quiero llorar. Y decirles que cuando es algo sobre nuestros hijos es más fuerte que cuando nos hacen homenajes a nosotras. Si no están ellos, falta lo principal de la historia.

Y decirles:

30 mil detenidos desaparecidos, ¡presentes!
30 mil detenidos desaparecidos, ¡presentes!
30 mil detenidos desaparecidos, ¡presentes!
¡Ahora y siempre!, ¡ahora y siempre!, ¡ahora y siempre!

¡Hasta la victoria, siempre!
¡Venceremos!

LA PALABRA EN ACCIÓN

Tal es mi poesía: poesía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.

No es una poesía gota a gota pensada.
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.
Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuanto dentro llevamos.

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: lo que no tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra son actos.

Gabriel Celaya,
“La poesía es un arma cargada de futuro”

Carolina Bartalini

Cuando no se puede no decir

A Matías, a Ignacio

¿Qué es escribir? ¿qué significa la palabra –naturalmente oral– convertida en dibujos, en trazos? La pregunta no apunta al sentido de lo escrito, en principio, sino a su acción: ¿por qué escribimos?

Es más –y este es, creo, el interrogante sustancial–: ¿por qué le dedicamos tiempo a esta actividad? ¿a qué se debe que dejemos de hacer cosas *importantes* –esas que constituyen *la vida*, el *vivir*– para sentarnos y deshojarnos frente a una página en blanco? Cada vez que leo, no puedo dejar de preguntarme cuál es el deseo que motiva ese texto. Cuál es la incertidumbre, el desasosiego, el clamor que se esconde detrás de *eso que leemos*, ya hecho como un texto. Roland Barthes, que ha sido muchas cosas y entre ellas “escritor”, como prefiero llamarlo, dijo en 1969 que una de las razones de su escritura era “cumplir cometidos ideológicos o contra-ideológicos”, y así ser –dice él– “discutido, [o] confirmado”. Sin embargo, en 1977, frente al duelo de su madre, también dijo que la escritura se vuelve *indescriptible*, *imposible*. Se vuelve “La Lucha” (con mayúsculas).

¿Qué resta, entonces, entre lo dicho y lo que no es posible decir, de esa voluntad, de ese puente que lleva del cuerpo al papel? ¿qué queda de todo esto cuando *leemos*, cuando *nos leemos*, cuando *nos damos a leer*?

¿Qué significa escribir cuando eso que se escribe es un trabajo inhóspito, cuando se exploran recuerdos cuya presencia aún resulta

dolorosa, cuando se indaga –no por capricho o por represión, sino por necesidad, por resiliencia– en imágenes que durante el *vivir* se vuelven furtivas?

De eso se trata *Escritos Desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la Memoria, la Verdad y la Justicia*, el libro que hoy presentamos en este Encuentro junto con Florencia Jibaja Álvarez (coordinadora editorial de Marea), sin cuyo amoroso trabajo y dedicación estas palabras todavía no estarían escritas, es decir, arrojadas al terreno de lo público, de lo común, incorporadas al espacio de la construcción del presente, y del futuro.

Este libro es el fruto de muchos esfuerzos: el de cada unx de lxs autores, quienes dedicaron *tiempo de vida* a sus relatos para que pudieran, ahora, tener *vida propia*; la voluntad de Analía Kalinec, *alma mater* del proyecto, quien compiló los textos e imaginó el libro desde antes de su inicio, entregándole toda la energía que la caracteriza para que existiera como tal; el trabajo que durante tardes y noches llevamos a cabo junto con Verónica Estay Stange (ella en París, yo en Buenos Aires y en otros lados), preparando su edición en un proceso de retroalimentación enriquecedor como pocos; y, en primera y última instancia, la voluntad de la editorial Marea, y más precisamente de Constanza Brunet, quien con profundo compromiso profesional y ético concretizó este deseo y lo convirtió en acción en plazos inverosímiles para un trabajo editorial de este tipo. Pero el libro es también el resultado de lo que queda afuera: el apoyo de familiares y amigos en estos momentos intensos, las historias que todavía no se han puesto en papel, así como las que se han escrito de otros modos y expresan precisamente lo que motivó este volumen: la esperanza y la voluntad de futuro. Como dice el Manifiesto del Colectivo Historias Desobedientes, que da inicio al libro:

Decidimos hacer públicos nuestros escritos, convencidos de que pueden ser un aporte a la memoria colectiva y a la construcción de un país más justo y solidario, sin ataduras ni condicionamientos. Consideramos que es preciso el trabajo mancomunado, no solamente desde nuestro hacer cotidiano a través de la desobediencia personal y familiar –que existían previamente a la conformación de Historias Desobedientes–, sino también por medio de la expresión colectiva que hace posible la escritura. En efecto, creemos que nuestros relatos pueden ayudar a desentrañar y develar aquello que todavía está oculto en tantos otros. “Al silencio nunca más”, es nuestro grito colectivo.

En este sentido, *Escritos Desobedientes* es un libro que se posiciona en este lugar: escribir como un acto de rebeldía. Desafía los discursos hegemónicos, encuentra un modo propio de decir –porque los autores así lo han hecho–, y en tanto provocación se articula a partir de una “tautología” fundamental: se escribe porque no se puede no hacerlo. Se escribe porque no hay otra opción. *Se escribe*, lo cual significa, por supuesto: se canta, se filma, se danza, se hacen fotografías, se pinta; se delinea un contorno para aquello que es preciso decir pero a lo que, pareciera, se le ha sustraído la forma.

Cuando la educación familiar cercena la voz, cuando se crece sin derecho a preguntar, cuando se castiga la respuesta; cuando, en definitiva, se amordaza a un sujeto en tránsito, alzar la voz cuesta. Significa re-subjetivarse. Estas escenas de silenciamiento, un sustantivo cuyos sentidos se han debatido mucho en las reuniones de Historias Desobedientes, están representadas de distintos modos en las “Historias de Vida” que conforman la primera parte del libro.

Escritos Desobedientes es un libro que surgió casi de casualidad, pero cuya presencia hoy me parece ineludible (especialmente para pensar nuevas aristas en los procesos y luchas por la memoria que siguen siendo absolutamente necesarias y –todavía– urgentes en la Argentina actual). La potencia de las voces que lo entranan (todas provenientes

de integrantes de Historias Desobedientes) se percibe desde los primeros textos que recuperan escenas y reflexiones en torno a varios aspectos que se tratan, también, en este Encuentro. Sin embargo, los relatos lo hacen desde lugares personales y profundamente sensibles a los obstáculos que se oponen a la palabra: poder genocida y patriarcado; ley del padre, mandatos, violencia intrafamiliar; tabúes y resistencias; silenciamientos y negacionismo social y familiar; la voz negada y la voz luchada. La potencia de la palabra se manifiesta en cada uno de estos relatos. Y se trata de un decir que es un acto, no solamente un hecho.

Organizado en dos capítulos, “Historias de Vida” y “Relatos desobedientes” (textos políticos estos últimos), este libro permite un acercamiento a las poéticas de sus autorxs, así como a los agenciamientos colectivos y a sus tránsitos durante este año y meses de gestación del grupo. Los textos colectivos dan cuenta no solo del proceso de organización comunitaria sino también, y especialmente, de las dificultades que la gestión de lo común implica en lo humano, en lo grupal y en lo contextual.

No son relatos ejemplares, son historias de vida con sus peculiaridades y con estilos diferentes; así también fluyen por el libro géneros diversos: poemas, ensayos, fragmentos de novelas, escenas e imágenes, piezas de blogs personales o muros de Facebook, notas periodísticas, cartas. Sin embargo, hay rasgos comunes: formas valientes de sacar la voz, de resistir a lo vergonzante y de ubicarlo donde corresponde, porque la vergüenza es de ellos, de los genocidas, y de los que eligieron y siguen eligiendo callar(se).

En los últimos tres meses, junto con Verónica Estay Stange trabajamos intensamente en la edición de *Escritos Desobedientes*, y no fue sencillo. No por la edición en sí, sino por todo lo que se juega al leer, esa *indescriptibilidad* que subraya Barthes. Su epílogo –de hecho, no puedo dejar de decirlo– es alumbrador. Quisiera señalar, para concluir, que de esta apuesta no solo surge un libro: se abre un camino que tendrá que seguir haciéndose en el decir, en el hablar y en el transmitir.

Pero sobre todo en el *hacer comunidad* como otra forma de desobediencia al mandato familiar de quienes pretendieron aislarnos, como acto de rebeldía frente al individualismo, a la atomización social, al quiebre de los lazos comunitarios que, sabemos, fueron parte sustancial del genocidio de Estado, y prácticas nefastas del gobierno macrista.

Se abre un camino en el que el hacer de la memoria es un tránsito cotidiano, una voluntad de presente y de futuro. Se abre un camino en el que el hacer de la palabra es mucho más que el ruido que la precede, es la articulación de nuevos significantes que contribuyan desde su lugar con las luchas perseverantes e iluminadoras de los organismos de derechos humanos. Así también, se abre un camino cuyo horizonte es transformar la sumisión y el negacionismo en potencia de lucha contra uno mismo y contra las diversas y sutiles formas que puede tomar la represión. Esta es nuestra *Lucha*.

Llegada a este punto, permítanme que hable por mí: cuando fui por primera vez a una reunión de Historias Desobedientes, hace más de un año, nunca imaginé –debo decirlo– que esto, *esto* –este encuentro, este libro, esta apuesta– ocurriría, y que ocurriría tan pronto. Celebro –y agradezco– la voluntad y la obstinación de lxs compañerxs para llevarlo a cabo. Principalmente, agradezco de corazón la confianza de todxs lxs auxres de *Escritos Desobedientes* al permitirme leerlxs y trabajar con ellxs. Sabemos lo que esto implica, sabemos que la palabra es tocarse, es vivirse, es mirar en las imágenes de otros las imágenes propias.

Historias Desobedientes hizo raíces en la llanura de lo indecible. Esta fue mi sensación cuando leí los textos que Analía había recopilado, escritos en los que la palabra es la potencia que rompe con los mandatos. Y me sentí como en casa. La casa ausente que me obliga a buscar y a seguir moviéndome vertiginosamente para encontrar la que nunca tuve, esa *mi casa*. Solo conocía a algunxs de lxs autorxs, pero sentí el aroma del patio común. Tuve la misma sensación la tarde que acudí por primera vez a una reunión de Historias, en el quincho de Virginia

Croatto, a quien todavía no conocía en persona ni sabía que estaba detrás de todo eso. Había visto, por supuesto, *La guardería* y varias de sus producciones porque investigo el cine y la literatura contemporánea sobre memoria en nuestro país. Me sorprendió conocerla como gestora intelectual de Historias y me sorprendí de mis propios prejuicios.

Esa tarde sentí por primera vez que compartía imágenes y recuerdos similares con personas extrañas, sensaciones inexplicables que percibí legítimas cuando las escuché en los relatos de otrxs. Entendí que se puede comprender sin tener que decir y, a la vez, compartir un decir común. Fue raro. Fue, además, especialmente raro porque yo no tengo un padre genocida. Mi padre, por el contrario, viene de una tradición familiar socialista. Mi regalo de quince años fue viajar a Cuba. Sin embargo, en casa –nunca, todavía ninguna, *mi casa*– mi padrastro, marido de mi madre y padre de mis hermanos contaba cuando yo no estaba –o cuando yo estaba, pero no puedo recordar– su doble vida como gerente de día y secuestrador de noche, en tanto integrante de un grupo de tareas en Resistencia, Chaco. Cuando lo supe, a los veintiocho años, no pude más que alejarme, asqueada.

Ocupo un lugar incómodo en varios aspectos. Dentro del colectivo, no puedo no situarme en una zona periférica, dado que no tengo una relación sanguínea con mi padrastro. Si bien comprendo empáticamente las experiencias de mis hermanos y compañerxs, no puedo hablar por mí en ese aspecto. Pero sí, puedo hacerlo por las vivencias compartidas, las de la crianza, y aquellas que surgen a partir de la escena de develamiento. El tránsito y la búsqueda hacia la verdad son realmente complejos. Duele el cuerpo, porque hay que cambiar la piel, hay que hacerse de nuevo: verse, enojarse y aceptarse en una categoría diferente que puede ser la del silencio y el sometimiento o la de la rebeldía y la desobediencia. Esta última es la piel que vale, y la que más duele, pero es la única posible de transitar de manera digna. La palabra oculta –y el horror del silencio mantenido por ellos– remueve y revuelve las fibras más íntimas de la conformación personal: todo

literalmente tiembla y hay que reconstruirse a partir de la aceptación. Me refiero a la aceptación de unx mismx y del otrx, solo desde allí es posible la ubicación ética. Yo diría que esto último es lo que más tiempo, y piel, conlleva.

Por otro lado, también ocupó un lugar incómodo en mi familia: en tanto hija de mi padre uso mi apellido para decir que formo parte de Historias Desobedientes y, salvo contadas explicaciones personales, la general indica que soy *hija de...yuta*. Como señaló Florencia Angilleta en su análisis de *Escritos Desobedientes*, no hemos podido trocar ese *puta* del insulto por algo más justo: ser hijxs de *yutas* no es *per se* una identidad vergonzante, excepto que creamos que lo es, excepto que no nos dé la mayor de todas las vergüenzas lo que ellos hicieron y que sigan callando.

Por último, ocupó un lugar incómodo porque hablo y actúo por (a causa de) el padre de dos de las personas que más quiero: mis hermanos. Ya lo ha subrayado Primo Levi, no hay modo de que el testigo hable solo por sí mismo: hablamos por los que no están, hablamos por los que no pueden hablar, y hablamos para que el horror no suceda nunca más.

Mi caso agrega otras capas a los pliegues de la clandestinidad del genocidio de Estado y la impunidad de sus responsables. Ya que Aralde, mi padrastro, no fue investigado por la justicia y aparentemente habría participado por propia voluntad y de manera extra-oficial, es decir (más) clandestinamente. Nosotrxs seguimos buscando información sobre lo que hemos podido reconstruir de sus declaraciones informales, así como dar cuenta de eso, en tanto que Aralde ha muerto, impune.

Una amiga me dijo una vez que, a pesar de que haya tantos vacíos, de que no haya sido juzgado y no tengamos expedientes judiciales como en otros casos, mi identidad está suturada en el doble horror del *monstruo* (del miedo) y del silencio (lo que todavía atraganta y calla). Entendí sus palabras cuando me encontré con otrxs con quienes compartimos sutiles y pequeños detalles, con quienes no hace falta

explicar lo que significa una mirada que te hiela y que te dice que sí, que era eso la mirada del horror, la mirada del miedo. No es sencillo transitar desde estos espacios plegados de pudores y de temor a la etiqueta que (nos) identifica, la marca que siempre intenté borrar y que, ahora, voy descubriendo que no puedo y que no quiero tapar ya en mi cuerpo.

Decidí evitar el testimonio en el libro porque prioricé mi rol en la edición. Sin embargo, sé que la palabra testimonial es la que transforma la vivencia en experiencia, y que es la escritura la que lleva de la *experiencia-de-sí* a la *experiencia-común*. Este es el recorrido que el libro intenta mostrar, porque es el recorrido que describe la conformación de Historias Desobedientes y porque es el recorrido que cada unx de nosotrxs tuvo que hacer, o que aún estamos transitando.

Hay quienes dicen que es un hecho inédito el agrupamiento de hijas, hijos y familiares de genocidas en un colectivo de intervención política. Y hablo de política en un sentido ético, en un sentido arendtiano: una agencia de lo común, del *entre-nos*. Me gustaría subrayar más que lo inédito del acontecimiento (que es cierto, lo es), la performatividad del gesto: el tránsito de estas personas que abren huellas abriéndose a sí mismas en el camino. Estos son los recorridos que se muestran en el libro: el despertar a la verdad; la búsqueda y la construcción de subjetividades disidentes, diferentes a la identidad asignada familiar y socialmente; la dificultad de nombrarse y de contar; y con esto desafiar los roles, impugnar la herencia, desacomodar lo escuchable para construir una voz nueva. Una voz que necesita multiplicarse para propiciar más desobediencia, más verdad, más memoria y más justicia: muchas más rebeldías y comunidades.

Ojalá haya más historias y escritos desobedientes.

Acá estamos, y por esto escribimos.

Florencia Jibaja Alvarez

Los escritos urgentes

Muchas gracias al colectivo Historias Desobedientes por invitarnos a participar de este primer Encuentro internacional de Historias Desobedientes. Gracias por permitirnos acompañarlos el día de hoy, y gracias a todas las personas presentes por acercarse a conocer el fruto de un trabajo conjunto y comprometido, como lo es la publicación de un libro, y más aún de un libro como *Escritos Desobedientes. Historias de hijas, hijos y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia*.

Mi nombre es Florencia Jibaja Alvarez, soy coordinadora de Marea Editorial, una casa editora independiente fundada en diciembre de 2003 bajo el lema “Libros sobre los temas que nos importan”. La primera colección de nuestra editorial se llamó “Historia Urgente” y estaba destinada a abordar las asignaturas pendientes que la sociedad argentina no había enfrentado, a correr el velo y arrojar luz sobre los sucesos y personajes que marcaron a nuestro pueblo y nuestra historia y que reclamaban ser investigados, contados e interpretados. Desde el primer momento estuvieron dadas las condiciones para que el libro que estamos presentando en sociedad el día de hoy, *Escritos Desobedientes*, encontrara su lugar en nuestro catálogo.

Hace alrededor de dos meses, Constanza Brunet, fundadora y directora de Marea Editorial, me dijo que había aparecido, casi de la nada, un libro por el cual valía la pena abrir nuestro plan editorial

anual, que estaba cerrado desde hacía varios meses. “Un libro muy Marea”, dijimos: un tema urgente, potente, comprometido, conmovedor; un testimonio con el potencial de interpelar a sectores de la sociedad que necesitaban ser interpelados. Un libro por el que valía la pena trabajar a contrarreloj para que hoy, en este encuentro, sus autoras y autores pudieran tenerlo en sus manos. Ya conocíamos la existencia del colectivo Historias Desobedientes, y cuando se acercaron a la editorial trayéndonos sus sensibilidades y su voz, supimos que debían tener un lugar entre nuestros libros.

Escritos Desobedientes se enmarca en un catálogo largamente comprometido con la lucha por memoria, verdad y justicia: desde el primer libro que publicó la editorial, *Maldito tú eres. El caso Von Wernich. Iglesia y represión ilegal*, pasando por las biografías de Madres y Abuelas como Estela de Carlotto, Laura Bonaparte y Rosa Roisinlit, por el libro coral y testimonial *Las viejas. Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora cuentan una historia*, por el libro *Padres de Plaza de Mayo*, por las voces de los nietos restituidos en *De vuelta a casa*, por los manuscritos de Jorge Julio López, por la investigación del caso Miguel Bru en *¿Dónde está Miguel?*, por el abordaje del tratamiento mediático del caso Santiago Maldonado en *Pasen música* o por el análisis de la disputa en torno a la memoria colectiva, hasta la nueva teoría de *Los dos demonios (recargados)*. La obra *Escritos Desobedientes*, signada por la rebeldía ante el mandato familiar de silencio, se incorpora a una línea literaria en la que su voz es bienvenida y celebrada. La estábamos esperando.

Escritos Desobedientes habla con honestidad, con la crudeza de la escritura urgente que brota como un manantial para aliviar una vida de opresión. Las y los desobedientes escriben desde una multiplicidad de lenguajes y géneros textuales que facilitan el abordaje de un tema terrible desde un firme posicionamiento ético y político, desde la heterogeneidad de las experiencias. La vida en desobediencia frente al familiar genocida adopta la forma del manifiesto, del ensayo, el cuento,

la novela, la poesía, la dramaturgia, el posteo en redes sociales. Son voces de todos los géneros y todas las edades.

Al contar que estábamos trabajando en este libro, yo repetía que estábamos editando un libro *fuerte*. Ese es el adjetivo que surge al definir estas historias, con los múltiples significados de la palabra. Es fuerte porque así son sus autoras y autores, fuerte es el descubrimiento del horror en el seno familiar, fuertes son su larga resistencia y rebeldía, fuerte es su posición antipatriarcal, fuerte es el momento de reconocer que no están solas ni solos, fuerte es su compromiso inquebrantable y su repudio a la aberración cometida por sus familiares.

Quisiera agradecerles a los Desobedientes, en nombre de todo el equipo de Marea, por haber confiado en nuestra editorial para concretar un libro que, esperamos, multiplique las voces desobedientes y sea un vehículo para un mensaje perentorio: ante la avanzada de la impunidad, de la represión, de la violencia estatal, la lucha por los derechos humanos y contra la impunidad se sostiene con el valor y el esfuerzo cotidiano de todo el pueblo.

Uki Goñi

Gritar cuando todos guardan silencio

Agradezco ... pero más que agradezco, felicito de corazón a los integrantes de Historias Desobedientes por el trabajo que están llevando a cabo, por tener la valentía de expresarse de la manera en que lo han hecho. Un fenómeno semejante se ha producido en Alemania, donde son mayormente los nietos de los perpetradores del nazismo, de los responsables de crímenes de lesa humanidad, los que comenzaron a hablar del tema. Pero aquí en Argentina lo que ocurre es ligeramente distinto: gracias a Analía, a Liliana y a las demás personas que impulsaron este movimiento, los que hablan son directamente los hijos de los represores.

Ustedes saben que durante la dictadura yo trabajaba en el *Buenos Aires Herald*, un pequeño diario de la comunidad británica en la Argentina que por azares del destino resultó ser el único portavoz de las Madres, en la época en que nadie las recibía. Y cuando digo “por azares del destino”, me estoy refiriendo en realidad a la acción de Robert Cox, aquí presente. Bob –yo lo llamo Bob– ya que soy su amigo desde hace cuarenta años. Una vez leí una entrevista en la que Bob decía: “yo tuve el honor de gritar cuando todos los demás guardaban silencio”. Eso fue muy significativo para mí.

Cuando trabajaba en el *Herald* yo era muy joven, tenía veintitrés años, y Robert cuarenta y tres. El *Herald* se convirtió entonces en el portavoz de aquello de lo que no se hablaba en la Argentina. Cuando

venían las madres al *Herald*, con frecuencia a mí me tocaba recibir las, primero porque era el más joven de la redacción, y segundo porque hablaba mejor español que el resto de los norteamericanos e ingleses que trabajaban allí. Y me acuerdo que le pregunté a las madres: “¿por qué vienen al *Herald*? Éste es un pequeño diario que se publica en inglés, que no lee casi nadie, ¿por qué no van a los otros diarios de habla hispana, a *La Nación*, al *Clarín*, a *La Opinión*?” Ellas me respondían: “hemos ido, hijo, pero no nos dejan ni pasar por la puerta”. Y ese “no nos dejan ni pasar por la puerta” me dejó claro, muy tempranamente, que esos diarios sabían perfectamente a qué venían ellas.

Me acuerdo también que, cuando empecé a trabajar en el *Herald* a principios de abril de 1977, Robert Cox vino a verme y me dijo: “Uki, mirá lo que acaba de llegar”. En la mano sostenía la carta que Rodolfo Walsh había echado al buzón minutos antes de ser asesinado. Esa Carta Abierta a la Junta Militar fue para nosotros una revelación, porque a veces pensábamos que los desaparecidos estaban siendo llevados a “campos de recuperación” en la Patagonia, pero fue gracias a esa carta y a otros indicios que nos dimos cuenta de que en realidad los estaban asesinando a todos, de que los hijos de aquellas mujeres que venían a vernos... En verdad no había esperanza para ellas: sus hijos estaban siendo asesinados.

Yo tenía veintitrés años y por lo tanto aquellas mujeres me parecían ancianas, pero en verdad en aquella época debían tener cuarenta y cinco, cuarenta y ocho, cincuenta y un años.

Como ustedes saben –o quizás no–, tratando de entender por qué ocurrió esto en Argentina, yo después en dos libros que escribí, investigué sobre el arribo de los nazis a este país. Pero mi primer libro fue sobre algunos hechos acontecidos o perpetrados por oficiales de la ESMA, y recién después me ocupé del nazismo. Como durante la investigación para mi primer libro todavía estaban vigentes las leyes de amnistía, el punto final, la obediencia debida, tuve la oportunidad de entrevistar a varios criminales argentinos. Y luego, cuando empecé

a investigar sobre el nazismo, logré entrevistar a varios oficiales nazis que huyeron a la Argentina.

A este punto quería llegar. Porque, con el paso del tiempo, me di cuenta de que en realidad mi trabajo estaba centrado en la mentira. En la mentira y en su hermano mellizo, el silencio: ese hilo conductor que hermana el discurso de los torturadores de la ESMA con el de los nazis. Comprendí que estos criminales experimentan una especie de regocijo al negar la información sobre lo que han hecho. Pero la palabra regocijo se queda corta frente a lo que ocurre en la mente de estos hombres. Porque estamos entrando en un territorio donde las palabras no alcanzan para explicar lo que les pasa. En realidad, comprendí que, a veces, cuando me recibían, sentían un secreto goce al pensar que no me iban a contar lo que ellos sabían que yo quería saber.

En el caso de los oficiales de la ESMA, yo quería averiguar el destino final de algunas madres y personas que yo recibía en el *Herald*, quienes luego fueron desaparecidas por la ESMA, tales como Azucena Villaflor y Esther de Careaga, así como saber el destino final de los hijos de aquellas primeras Madres de Plaza de Mayo. En el caso de los nazis, yo buscaba averiguar los detalles de su huida hacia la Argentina. Incluso llegué a pensar que estos criminales de alguna manera habían cometido aquellos actos para poder colocarse un día en esta situación de poder, en esta posición de goce, de negar lo que habían hecho. Obviamente, no lo pensaron conscientemente cuando estaban cometiendo sus crímenes; pero es como si con el paso del tiempo re-procesaran lo que han hecho y pusieran al servicio de ese goce y de esa sensación de poder el hecho de negar la información.

Creo que esto es algo que se pone de manifiesto en *Historias Desobedientes*, ya que en las propias familias de sus integrantes los padres dejan entrever ciertas cosas, pero no dan toda la información. O la dan, pero a puertas cerradas, de modo que no puede ser usada en un juicio, o ser usada para la historia, porque hablan en una situación

en la que sus hijos son los únicos testigos, y siempre va a ser la palabra de uno contra la palabra del otro, el propio padre en este caso.

Aunque los integrantes de *Historias Desobedientes* no logren entrar del todo en el nudo del silencio y traer toda la información de ese lado, de esa instancia, lo que sí pueden hacer es destruir ese pacto de silencio. Ciertamente, los negacionistas hacen uso de ese pacto de silencio, recibiendo por ejemplo en despachos oficiales a los parientes de los procesados o de los presos que acuden para pedir amnistías, para luego decir que “los familiares de los militares también tienen reclamos”. Pero aquí aparece *Historias Desobedientes*, cuyos miembros también son parientes (incluso en mayor grado), haciendo un corte, trazando un límite y diciendo “me hago cargo yo”.

Cuando fue publicado mi libro sobre los nazis, hice una gran gira por Alemania, Austria, Italia, y algo que ocurría constantemente, inclusive entre los jóvenes de las universidades, era el hecho de levantar la mano y decir: “pero ¿por qué me tengo que hacer cargo yo?”, “esto lo hizo mi abuelo, yo no tuve nada que ver” o “¿por qué Alemania tiene que pagar reparaciones a los judíos hoy en día?”.

Eso me llevó a reflexionar sobre una posible respuesta que es la que comencé a dar a estos jóvenes, respuesta que escuché repetida hoy acá, en boca de la hija de uno de estos responsables: cuando la verdad llega a vos, nieto, nieta, hijo, hija, es opcional la decisión de hacerte cargo de lo que ha hecho tu padre o tu abuelo; pero si vos tomás la decisión de hacerte cargo de algo en lo que vos no tuviste ningún papel, estás poniendo un límite en el tiempo respecto a aquello, y cuando salís a decir “yo corto con esta mentira”, estás salvando al resto de tu familia, a tus hijos, a tus nietos.

Porque la mentira es un instrumento de poder, y estos hombres que yo he entrevistado usan ese poder, así como lo usaron contra la sociedad, o contra algún segmento de la sociedad; lo usan ellos en sus propias familias... Crean así una especie de círculo de poder donde se erigen como todopoderosos y dominan a la familia con secretos abominables.

Lo sé porque mi abuelo tuvo alguna participación en los hechos de la Segunda Guerra, de la cual me enteré a través de historias de mi familia. No conocí a mi abuelo personalmente porque yo nací y me crié en Estados Unidos y él murió antes de que yo viniera a Buenos Aires. Mi abuelo fue diplomático argentino durante la época del nazismo y por historias de mi familia yo sabía que hubo una orden secreta dictada por el gobierno de Buenos Aires para que los diplomáticos argentinos en el exterior no dieran visas argentinas a los judíos que huían del Holocausto, porque Argentina era un destino importante para los judíos que escapaban. Mi abuelo aplicaba esta orden a rajatabla.

Investigué incansablemente sobre este tema, hasta que finalmente encontré esa orden. Cuando la encontré, se la llevé a mi padre y le dije: “papá, mirá esto”, sin explicarle exactamente de qué se trataba. Miró el papel y dijo: “ah, esta es la orden secreta en contra de los judíos que aplicaba tu abuelo” –o sea, el padre de mi padre–; una orden que mi padre conocía porque a sus veintitantos años trabajaba con mi abuelo, y la reconoció. Me preguntó entonces: “¿qué vas a hacer con esto?”. Yo me quedé en silencio, y me dijo: “lo que hay que hacer es destruirla para que no la encuentren los judíos y la usen en contra de la Argentina”. Yo dije que no, que la iba a publicar en mi libro. A lo cual respondió: “está bien lo que vas a hacer”.

Aunque su primera reacción fue decir que no, ante la inminencia de la publicación, cedió. Eso hizo surgir en mí la idea de que haciendo pública esa orden iba a sanar a mi familia. Pero una vez que hice pública la existencia de esta orden en mi tercer libro, y particularmente luego de que en la Casa Rosada el presidente Néstor Kirchner presidiera una ceremonia pidiendo perdón a los judíos por esta orden, lo que pasó es que mi familia lentamente dejó de hablarme.

Así, cuando escuché acerca de *Historias Desobedientes*, yo sabía lo que les estaba pasando, y el descalabro que crea familia adentro la mentira que nace de una secreta política oficial: un secreto de Estado que con el paso del tiempo se convierte en un secreto de familia. Por

lo tanto, es sumamente importante que las familias rompan con ese silencio, que salgan a decir lo que saben y que, si por alguna casualidad hay documentos que sobreviven, los aporten también. Porque ese secreto de Estado que se convierte en un secreto de familia, con el paso del tiempo se transforma también en un mito autocomplaciente del país en general: por ejemplo, el mito propagado por algunos historiadores argentinos de que la Argentina ayudó a los judíos a escapar, cosa que no ocurrió.

En el caso de la dictadura, pasa lo mismo con el negacionismo disfrazado de relativismo. Yo siempre digo que el relativismo es la cara políticamente correcta del negacionismo: “sí, hubo desaparecidos en Argentina, pero los guerrilleros también mataron gente”. Eso es relativismo. O cuando dicen que algunos nazis también escaparon a Estados Unidos, para licuar la responsabilidad de la Argentina en aquel escape.

Es preciso entonces poner un límite para poder establecer la verdad. En mi caso, siendo muy joven, tuve la suerte de encontrar ese límite gracias a Robert Cox. Él puso un límite al decir que, si bien no era posible evitar lo que estaban haciendo los militares, bastaba con que hubiera una voz, una sola voz, que denunciara lo que estaba ocurriendo. Yo soy testigo de que Robert Cox, al conocer las informaciones de desapariciones que traían las madres al *Herald*, se iba caminando a la Casa Rosada –que por cierto quedaba cerca del diario– y enfrentaba al general Albano Harguindeguy diciendo: “tengo estos casos de gente desaparecida: si usted no hace algo, nosotros lo vamos a publicar en el diario”.

Ojalá hubiera existido otro periodista que hiciera lo mismo; pero no hace falta, con uno basta. Una sola persona puede cambiar el mundo, y a veces, si es lo suficientemente valiente y si se dan las circunstancias, puede hacer más que una multitud. Basta como ejemplo el gesto de las Madres de Plaza de Mayo, que eran las personas más vulnerables del planeta, de salir a la plaza a enfrentarse con apenas su cuerpo para

poner un límite al poder absoluto de los militares. *Historias Desobedientes* está haciendo algo parecido, está poniendo un límite, y creo que ha nacido como respuesta a esta ola de negacionismo que estamos viviendo en la Argentina respecto a los crímenes de la dictadura. Está diciendo: “Yo, desde mi lugar, voy a poner el límite si nadie más lo hace”. Basta con que esa acción, muy endeble y vulnerable, la asuman unas pocas personas para que las demás podamos seguir atrás de ellas.

Verónica Estay Stange

Un oxímoron ambulante²²

En la figura que se llama oxímoron,
se aplica a una palabra un epíteto que parece contradecirla; así los
gnósticos hablaron de luz oscura,
los alquimistas, de un sol negro.

Jorge Luis Borges, “El Zahir”

Salimos a la calle con nuestra modesta bandera; la multitud era densa, la manifestación agitada. Cánticos, música, danzas, performances, contingentes avanzando hacia la Plaza o detenidos junto a la vereda; individuos desorientados buscando a su grupo, fotógrafos errantes, curiosos circulando... De pronto, el momento se cargó de silencio, se volvió redondo, se cerró en sí mismo. Los manifestantes nos miraron y los miramos: sus rostros sorprendidos, las pancartas en sus manos, las fotografías de algún pariente adheridas a su pecho. ¿En qué pensarían ellos? ¿en qué pensaríamos nosotros? Imposible saberlo o recordarlo ahora. Nada nos preguntaron, nada

²² La redacción de este texto ha sido progresiva: algunos fragmentos fueron leídos en la presentación de los *Escritos Desobedientes* que tuvo lugar el 23 de marzo de 2019 en el Centro Cultural Haroldo Conti (ex ESMA); otros fueron redactados para la presentación del mismo libro en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago de Chile el 3 de abril del mismo año, y otros más fueron escritos para su publicación en este volumen.

les explicamos. Simplemente se acercaron y nos abrazamos, llorando. El encuentro duró tan solo unos segundos, pero varios semejantes se produjeron a lo largo del camino. Son instantes que por su intensidad misma no dejan de tener algo de incomprensible, y también de insoportable: se confunden las ideas, se corta el aliento, y uno tiene la impresión de no caber en sí mismo. Los retengo en la memoria como perlas de tiempo que se desprenden del curso habitual de las cosas. Es en torno a ellos que quisiera reflexionar: ¿por qué la presencia de Historias Desobedientes en las manifestaciones ha desencadenado, en nosotros y en los demás, una emoción tan grande que, rompiendo los diques, se desborda? No se trata solo de lo inesperado de nuestro surgimiento, sino de factores que remiten, pienso ahora, a profundas mitologías individuales y colectivas; y, más aun, al vértigo que producen ciertas paradojas (formulaciones opuestas a la lógica) o aporías (contradicciones irresolubles) cuando adquieren una encarnación sensible. Dos términos contradictorios convergen –la oscuridad se vuelve luminosa, el repudio se vuelve amoroso– y surge entonces el oxímoron, conduciendo al observador anonadado a dudar de su propia percepción: “no puede ser, no es posible”...

Antes de profundizar en este asunto, en tanto integrante de Historias Desobedientes por parte de Chile quisiera recordar brevemente el proceso de constitución del Colectivo en mi país, para luego volver sobre el carácter paradójico y aporético del movimiento en su conjunto, a partir de las conclusiones a las que he podido llegar gracias a la lectura y al trabajo de coedición de los *Escritos Desobedientes* en el que tuve la oportunidad de participar.

Yo me sumé al Colectivo a principios de 2018, período en el cual éramos solo dos chilenos. Dada su potencia tanto pragmática como simbólica, y pese a todos los pronósticos en torno a la memoria en Chile considerando el insuficiente trabajo que el Estado ha desarrollado en este ámbito, en marzo de 2019 fundamos el brazo chileno del Colectivo, adaptándolo a las particularidades de nuestro país. Los

integrantes éramos –y somos aún– pocos, pero nos sentíamos lo suficientemente sólidos y motivados como para constituir un núcleo autónomo.

La existencia de Historias Desobedientes-Chile ha estado marcada por tres hitos. En primer lugar, un pequeño acto fundacional que consistió en la lectura de nuestra Declaración de principios en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos de Santiago, en el marco de la presentación los *Escritos Desobedientes*; luego, nuestra participación en las actividades conmemorativas desarrolladas este mismo año en torno al 11 de septiembre; y, más recientemente, la difusión, a través de nuestra página en Facebook, de un “llamado urgente y masivo a la Desobediencia castrense y filial”, con el objetivo de interpelar a los represores actuales, y a sus familias, para que se opongan a la violencia que el Estado ha venido ejerciendo sobre el pueblo chileno en el contexto del movimiento social surgido durante el mes de octubre.

Fue poco después de mi incorporación al Colectivo en Argentina que me enteré de que los *Escritos Desobedientes* estaban en proceso de edición, tras la labor previa de compilación realizada por Analía Kallinec. Como estudié letras y tengo una cierta experiencia en el trabajo con los textos, propuse participar en la relectura y la edición junto con Carolina Bartalini, que ya tenía una buena parte avanzada y con quien, dicho sea de paso, fue un enorme gusto poder colaborar. Los tiempos eran cortos, ya que esperábamos tener el libro impreso para el mes de noviembre, y así hacer coincidir su publicación con nuestro primer encuentro internacional. El objetivo fue alcanzado gracias a un arduo trabajo en equipo, y también gracias al apoyo de la editorial Marea, y en particular de Constanza Brunet, quien junto con Florencia Jibaja aceptó el desafío de lanzar una publicación en menos de cuatro meses.

Como coeditora de este libro y miembro del Colectivo, debo decir que tengo una mirada a la vez interior y exterior, por dos razones: primero, porque nací y crecí en el exilio de mis padres, en México, y

desde hace quince años vivo en Francia. Segundo, porque soy hija de ex presos políticos chilenos que fueron víctimas de la dictadura, y al mismo tiempo sobrina de un torturador. Es a partir de esa doble mirada que construí mi relación con los *Escritos* –y con el Colectivo en su conjunto–. Una relación marcada por el respeto y por una gran admiración. La labor de corrección no fue fácil, ya que se trataba de textos escritos desde la herida, desde el desgarró, y en los que cada palabra estaba cargada de un sentido a la vez afectivo, ético y político. Fue preciso pensar y repensar cada término antes de sugerir cualquier corrección o modificación, sabiendo que me encontraba frente a experiencias en carne viva que, como siempre en estos casos, el lenguaje recoge con dificultad.

Desde la doble posición que es la mía, pude percibir el carácter insólito de este material cuyo aporte político es tan importante como el aporte disciplinario, en tanto objeto de reflexión para una gran cantidad de campos de estudio, de la historia al psicoanálisis, pasando por la sociología, la filosofía, la semiótica y la literatura.

Volviendo específicamente al tema de las contradicciones que atraviesan a este Colectivo, ellas están estrechamente relacionadas con las características que me parecen determinar la originalidad de los *Escritos*.

A partir del trabajo que desde hace varios años vengo desarrollando sobre los temas de memoria, quisiera insistir en el hecho de que el grupo de Historias Desobedientes es el primero de este tipo que se constituye como actor político en cuanto tal. Si bien otros hijos y familiares de genocidas se han expresado públicamente (por ejemplo, en Alemania, algunos hijos y nietos de nazis), hasta ahora ningún colectivo se había formado para reunir a las personas que comparten esta característica y que manifiestan reivindicaciones comunes. Es en este sentido que los *Escritos Desobedientes* representan una obra única en su género, ya que permiten el paso del testimonio estrictamente individual a la palabra fundadora de un movimiento social. La

conciencia política que permite extender el horizonte más allá de la vivencia personal para pasar de las “historias de vida” a la Historia en tanto construcción colectiva, se expresa claramente en varias de las declaraciones publicadas a nombre del Colectivo.

Más profundamente, la originalidad de estos textos tiene que ver con el hecho de que ellos nos confrontan con algunos de los dilemas éticos más radicales de la existencia, al punto de revelarnos, de modo casi universal, aspectos de nuestra propia condición trágica. Se trata pues de un material sumamente valioso para elaborar una filosofía ética de la memoria, o para cuestionar la filosofía existente en este ámbito. Como traté de mostrarlo en el posfacio que escribí, los imperativos que forjan a los Desobedientes hunden sus raíces en los fundamentos de nuestra cultura, ya que suponen la disyuntiva entre la justicia y el respeto al prójimo, por un lado, y el amor y la lealtad filiales, por otro: tal es, en mi opinión, la contradicción que este Colectivo logra no ya resolver –porque es propiamente irresoluble–, sino trascender. ¿Qué resulta más o menos aberrante según las normas éticas de nuestra sociedad: traicionar a su padre, o ser cómplice de un criminal –autor no de cualquier crimen, sino precisamente del que no tiene justificación ni circunstancia atenuante alguna, desde ninguna perspectiva–? Me refiero obviamente al crimen de lesa humanidad. De Edipo a Antígona, solo ciertos relatos míticos me parecen dar cuenta de esas contradicciones que se van resolviendo al filo de la muerte o de la locura. Al igual que el relato de Lizzy Raggio citado en el prefacio de este volumen, el testimonio de Bibiana Reibaldi describe justamente el dilema constitutivo de la identidad de los Desobedientes, así como el gesto casi esquizoide que permite trascenderlo:

Esto fue un proceso de varias décadas, en el que la posición de repudio directo hacia mi padre tuvo un correlato de vínculo afectivo amoroso. Desde esta contradicción, afirmo que el repudio cobra

mayor sentido, mayor fuerza, como genuina posición ética, a partir del lazo de afecto. Aseguro que es mucho más fácil repudiar a quien nunca se amó, a esos con quienes nunca tuvimos un vínculo de afecto, aunque haya sido endeble, pobre o controvertido.²³

Me parece que el valor de los *Escritos Desobedientes* radica justamente en el modo en que revelan la inmensa vulnerabilidad sobre la cual se funda la fuerza misma del movimiento. Lo que une a los Desobedientes tiene que ver con lo más doloroso de su experiencia, y con rasgos que lógicamente deberían ser motivo de aislamiento más que de agrupación: la vergüenza, la ignominia, la culpa. Rasgos todos que se transmitirían de padres a hijos, según el determinismo no solo mítico y religioso, sino también biológico y social, que tiende a asimilar la posición ética de los unos a la de los otros. Así, bajo el discurso firme y unitario del actor político, este libro muestra los puntos de quiebre, las más grandes fragilidades, de los que un día decidieron declararse Desobedientes.

En cierta forma, la contradicción definitoria de la desobediencia surge de una profunda *falla* que, asumida, se transforma en fuente de creación. La conciencia de la falla, y sobre todo de la “falta” que cada uno lleva en sí –en su código genético, podría decirse– como una marca imborrable, se encarna literalmente en la palabra a través de ese rasgo particular sobre el que se llamó la atención cuando el Colectivo Historias Desobedientes fue fundado: las faltas de ortografía. En efecto, en su origen el movimiento argentino asumió el nombre de *Historias Desobedientes... y con faltas de ortografía*, ya que muchos de sus miembros tenían en común esta relación problemática con las reglas de escritura. Faltas de ortografía que, como coeditora, tuve la misión de corregir, pero cuya función me parece indispensable. En uno de sus testimonios, Analía Kalinec, maestra, escribe por ejemplo: “soy capaz de dudar si jirafa se escribe con g o con j”.²⁴

²³ *Escritos Desobedientes*, p. 54.

²⁴ *Ibid.*, p. 35.

Creo que es justamente gracias a ese desplazamiento que va del sujeto hacia la palabra que los Desobedientes se desprenden de su fatídico legado. Escribiendo, alzando la voz, se reinventan, se reconstruyen, se auto-engendran más allá de la genealogía, afirmando, contra todos los prejuicios, que *la falta será de nuestros padres, del Estado para el que trabajaban, del lenguaje que no alcanza para nombrar sus crímenes, de la ortografía que se resiste... pero no nuestra*. La “falta moral” se transforma en “falta de ortografía”, mientras que la culpa retorna plenamente adonde pertenece. El precio es alto: pariéndose a sí mismos, los Desobedientes deben inventarse una filiación. Este libro da cuenta de los avatares de esa auto-invencción.

Vuelvo pues a mi anécdota inicial. El 24 de marzo en Argentina, y luego el 11 de septiembre en Chile, tuve la oportunidad de participar con Historias Desobedientes en distintas manifestaciones llevadas a cabo en torno a la memoria dictatorial en ambos países. Pude entonces vivir encuentros de una carga emotiva tan grande que aún hoy me resulta difícil dar cuenta de ella. Previamente a esos actos, yo había anticipado muchos escenarios en torno a lo que para mí era la fuente de una gran incertidumbre, pero nunca imaginé un recibimiento tan cálido, tan humano, por parte de los manifestantes –militantes, sobrevivientes, familiares de detenidos desaparecidos...–. Se trata de manifestaciones de afecto que ninguno de nosotros cree merecer, y que sin embargo acogemos como el don más generoso que la Historia –nuestra historia y la de nuestros países– podría habernos aportado. Desde entonces he pensado que las contradicciones que caracterizan a los integrantes de este Colectivo hacen de él un factor de catarsis. Porque su identidad asocia términos radicalmente opuestos –represión, tortura, exterminio, por un lado; memoria, verdad, justicia y derechos humanos, por otro–, Historias Desobedientes es un oxímoron ambulante. Como se habla de un “sol negro” o de una “belleza terrible”. Así también son los *Escritos Desobedientes*.

Por todas estas razones, fue para mí un orgullo y un honor

participar en la realización de este libro. Y por eso también no puedo sino invitar sus futuros sus lectores a percibir, junto con su carga personal, su dimensión colectiva; junto con sus potentes reivindicaciones, sus más íntimos desgarros; y, junto con su fuerza, su gran fragilidad. Factores todos que nos revelan una faceta hasta ahora oculta de la memoria de nuestros países y, en última instancia, las contradicciones definitorias de lo humano. Si los Desobedientes las manifiestan de manera extrema, creo que la paradoja, la aporía o el oxímoron son rasgos que debemos reconocer –y, de ser posible, trascender– en cada uno de nosotros.

CONCLUSIONES

Daniel Feierstein

Abriendo caminos

Quisiera plantear cuatro cuestiones finales, breves, a modo de conclusiones provisionales de estas distintas reflexiones.

La primera es recuperar el concepto que a mí, políticamente, me parece el más potente de los conceptos de Freud. Un término que es muy difícil de traducir. Su traducción más conocida es “elaboración”, pero el término original en alemán (*durcharbeiten*) significa “trabajo a través” y remite a la posibilidad de trabajar con lo que uno ha experimentado para ser capaz de producir algo distinto a partir de ahí. Esta es la idea que subyace en este “proceso de elaboración”. Si bien es cierto que existen otras experiencias históricas donde hijos de genocidas intentaron repudiar y separarse de ese legado recibido, creo que este concepto de “elaboración” o “trabajo a través” define a la historia argentina, y está presente en los organismos de sobrevivientes, en las Madres, en la organización de los hijos de desaparecidos. El rol de lo colectivo, que para Freud también era importante en este proceso de trabajo “a través”, resulta en estos casos fundamental. La fuerza de la articulación colectiva permite un trabajo que es imposible llevar a cabo en el plano individual, y esta es la diferencia de Historias Desobedientes con respecto a otros procesos semejantes. Estos familiares de genocidas que repudian el legado de sus padres, y que tanta potencia han tenido en tan poco tiempo, permiten interpelar las experiencias de otros lugares del mundo para pensar justamente en la importancia

de aprender con el otro, y de llevar a cabo ese trabajo “a través” con el otro.

De ahí se desprende el segundo elemento que quería señalar. Un elemento que surgió a raíz de este diálogo que venimos desarrollando con ustedes casi desde la fundación de Historias Desobedientes, y tiene que ver con el hecho de que en este trabajo hay una identidad específica del Colectivo de la que nada sabemos y de la que tenemos mucho que aprender porque no existen experiencias históricas que nos permitan guiarnos en este camino. Este fenómeno no es equivalente a los agrupamientos de madres o de hijos de desaparecidos: se trata definitivamente de otra cosa. Lo cual no quiere decir que no tenga, en este momento político, una potencia tremenda. En efecto, no es lo mismo el cuestionamiento del mandato genocida por parte de quienes lo han sufrido en sus cuerpos, por parte de los familiares de quienes lo han padecido, o por parte de sus hijos, que un cuestionamiento del mandato genocida proveniente del corazón filiatorio de la propia “mano de obra” de esos genocidas. Esto tiene una potencia impresionante en cuanto a la interpelación de toda la sociedad, en cuanto a la interpelación del presente. Pero plantea un desafío: el problema de entender los matices de su especificidad. Entender que los modos de articulación de otros colectivos no necesariamente son transferibles a los modos de articulación de *este* Colectivo. Es algo que habrá que pensar proceso a proceso, situación a situación. Significa que todos tendremos poco a poco que acostumbrarnos a esta novedad, a esta potencia. Incluso con cierta incertidumbre, con errores, con modificaciones y transformaciones, quizás aceptando más de un camino posible.

Justamente, en este camino que han recorrido, yo percibo dos planteamientos frente al mandato paterno, y los dos parecen tener una fuerza increíble. Uno de ellos dice: “yo no me puedo reconocer en ese lazo filiatorio, y por lo tanto tengo que separarme de ese linaje para poder constituirme”. Y otro dice: “yo no te puedo regalar el linaje

previo, yo te expulso de mi linaje”. Son dos respuestas muy distintas, pero no necesariamente contradictorias. Lo que en ambos casos aparece es el cuestionamiento de un mandato que viene imbuido de la participación en la lógica del genocidio. Y, ante eso, se plantea la necesidad de trabajar “a través de” ese mandato para hacer algo distinto con eso. Por eso decía que la potencia de este fenómeno es tremenda, ya que nos lleva a pensar que la lógica represiva no se acabó con el genocidio de los 70, e interpela hoy a las familias de las fuerzas represivas que están siendo preparadas para ejecutar, no sabemos qué, pero para ejecutar claramente algún nivel de represión. Y nos lleva a cuestionar también los procesos, las consecuencias de las transformaciones económicas brutales que se están implementando y el rol de las fuerzas de seguridad e incluso los efectos de estas transformaciones en sus familias. Entonces... que sean precisamente los familiares de aquellos genocidas los que se propongan este trabajo a través de sus experiencias vitales... no es equivalente a ninguna otra situación histórica. Y me parece crucial considerar esto.

El tercer punto que quería señalar, es el hecho de que desde las distintas militancias aquí reunidas, en especial del campo de los derechos humanos, podamos recibir a les compañeros, y podamos brindarles el reconocimiento que se merecen, entendiendo y dimensionando el paso que están dando. Esto no es en absoluto sencillo: están enfrentando el mandato familiar. No es en absoluto sencillo ser excluido de todo el marco de relaciones sociales en el que uno se ha constituido. Una vez más, creo que al respecto no necesariamente tenemos un equivalente, e independientemente de nuestras comprensibles susceptibilidades, creo que es necesario que les hagamos saber cuánto comprendemos esta valentía. Me parece fundamental desarrollar esta capacidad de recibir a quienes se encuentran en una situación de exclusión tal que lo último que necesitarían en ese “trabajo a través” es una nueva exclusión, un nuevo rechazo que los llevara a quedarse en un “no lugar”. Porque lo que yo pienso, y lo que reivindico de este

proceso, es que no hay punto de retorno: uno quema las naves cuando lleva a cabo el cuestionamiento del lazo filiatorio, de los lazos sociales cómplices del poder genocida; y en ese “quemar las naves” es muy importante no quedarse solo en el camino, en medio del mar, por así decirlo, y contar con alguien que entienda la importancia de ese gesto y que los reciba al otro lado de la travesía.

Por último, me quedó una pregunta en relación con el tema del mandato paterno. Justamente, quisiera saber cuál es el mandato que se busca quebrar por parte de Historias Desobedientes, cuál es el mandato que se quiere desobedecer para no caer en otros riesgos, considerando que quebrar el mandato paterno genocida no implica necesariamente renegar de toda construcción de la norma. No se trata quizás de rechazar todo, toda estructuración del mandato paterno genocida, sino que hay una especificidad en eso que se está quebrando. La inexistencia de norma, que es un plano más de la estructuración psíquica, puede conducir a la psicosis. Desde una perspectiva sociológica, podríamos decir que eso es lo que busca la estructuración neoliberal: ese individualismo que solo se preocupa por sí mismo y reniega de toda construcción normativa. Me parece que lo interesante para pensar es que la construcción normativa tiene dos caminos: el de nuestra configuración en la niñez, esa norma impuesta que en algún momento uno va confrontando, y el de la norma articulada, el de la autonomía, que implica ser capaz de asumir una norma propia. Muchas de ustedes decían que el mandato paterno debe ser desafiado en función de un mandato comunitario, porque ese mandato paterno contradice la posibilidad del lazo social con todos aquellos que los rodean, como dice su manifiesto. Pero no se trata meramente de rebelarse por rebelarse, sumergiéndose en un solipsismo posmoderno. No es que cada uno quiera hacer lo que se le canta, sino que esa norma paterna no puede ser sostenida porque produce el quiebre del lazo social, porque es el modo más tremendo del quiebre de la construcción del lazo social, y porque es la elección de este lazo lo que se les quiso imponer. Por eso

es preciso entender la dificultad, la complejidad de este proceso que están llevando a cabo, y en el que los queremos acompañar.

Porque nos sentimos parte de ese proceso que no tiene antecedentes, y que es inédito en algunos sentidos (sobre todo en su estructuración colectiva), creo que tenemos que reflexionar juntos sobre estos diversos puntos para aprovechar, en la coyuntura actual, toda su potencia política.

Ana N. Berezin

Un encuentro tan esperado: nuevas voces en la Resistencia

En esta intervención, más que desarrollar reflexiones certeras, quisiera mencionar aquellas cosas que, habiendo escuchado a las compañeras y a los compañeros, me parece que de nuevo sería bueno pensar. Y después me gustaría leer algo que escribí. Se trata de un texto muy querido, que me ha acompañado en muchos momentos, y que rescaté de dos encuentros: el primero tuvo lugar en el año 2010, cuando fundamos el Centro de Asistencia a Víctimas de Violaciones de los Derechos Humanos en la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación. El segundo encuentro ocurrió en la Casa Ana Frank, adonde asistí en representación de dicho Centro. Volví entonces a leer este escrito que me acompaña porque me permite volver a pensar cuestiones que son decisivas en los tiempos de oscuridad. El problema es que los tiempos de oscuridad continúan presentes en diversas latitudes y, en las comunidades en las que vivimos, son mucho más frecuentes que los momentos de alegría y felicidad.

Antes que nada, agradezco a las compañeras y los compañeros el enorme esfuerzo que están haciendo, cada uno consigo mismo, así como entre ellos y con aquellos que los acompañamos. Les agradezco no solo porque son valientes –lo cual ayuda a vivir con dignidad la vida tan difícil que nos atraviesa, y a hacer de ella la mejor vida posible–, sino también porque están produciendo un hecho político decisivo

en estos tiempos; un hecho que se ha vuelto especialmente necesario en nuestro país, en Brasil, en Europa, en Estados Unidos, en México (puedo nombrar casi todo el mapa). Me parece que los cambios están hechos de pequeños y grandes gestos, y me parece también que los pequeños gestos a veces desencadenan movimientos muy importantes y valiosos, y es así como terminan transformándose en grandes gestos.

Lo primero que se me ocurre después de todo lo que se ha planteado es retomar una idea que articula muchos de los trabajos de León Rozitchner, quien no se cansaba de decirnos, a los que aprendimos con él, que “cada sujeto singular y colectivo es portador de un núcleo de verdad histórica”. Es cierto, no se debe hablar de *verdad* en términos absolutos ni de *verdades dadas* de una vez y para siempre: la verdad es una búsqueda y un permanente recorrido que supone el encuentro de muchas voces. Voces que, juntas, van construyendo una verdad que es siempre histórica. Hoy de nuevo me vino a la memoria la frase de León, remitiéndome a esos otros núcleos de verdad histórica que son imprescindibles para luchar contra aquello que habita el corazón de lo humano, siendo al mismo tiempo su contrario: se trata de lo inhumano que hay en nosotros, que se manifiesta en los crímenes de lesa humanidad, y que también está inscripto en el hambre, en la dominación, en la explotación, en la exclusión, en la injusticia que la mayoría de nuestras sociedades viven.

Es en ese sentido que quiero sugerir algunas líneas de reflexión. Yo sé, por oficio y por experiencia, que a eso de los dos años los chiquitos empiezan a sentir pudor, empiezan a sentir vergüenza. Y ese es uno de los primeros signos que registramos de que ese niño o niña ha descubierto la existencia de un *otro* separado de sí mismo. Es el primer movimiento de reconocimiento de los otros, de las otras, y una marca de lo decisivo que son esos otros en el devenir de cada sujeto humano, singular y colectivo. Si bien es preciso liberarse y no asumir, por supuesto, la vergüenza por actos que no hemos cometido, es necesario asumir la vergüenza colectiva por las verdades existentes, por

la injusticia. Necesitamos asumir esa vergüenza colectiva para reconocer al explotado, a las víctimas, a los dañados, a los asesinados, a los desaparecidos, a los hambreados, a los dominados. Tenemos mucha vergüenza por nuestra propia condición humana. Vergüenza que potencia la posibilidad de asumir una responsabilidad frente a los otros y a nosotros mismos, a pesar de que los modos actuales de desarrollar la vida en común –modos que forman una compleja trama naturalizada de desigualdad e injusticia propia de las políticas neoliberales– nos arrastran a lo contrario (el individualismo, el comportamiento *irresponsable*), perpetuando el sistema capitalista en los términos en los que está planteado. Si nosotros queremos construir responsablemente un mundo mejor, o un mundo más justo –o simplemente un mundo *justo*, sin el *más*–, me parece que es importante asumir nuestras vergüenzas frente a aquello que es parte de la condición humana y que nos atraviesa, así como experimentar profundos procesos que históricamente toman generaciones y generaciones. En otros términos, es preciso diferenciar la vergüenza que tiene que ver con un acto concreto, con acciones concretas (por ejemplo, los crímenes de lesa humanidad) de la vergüenza que tiene que ver con el hecho de que esas acciones forman parte de nuestra condición humana, y que por lo tanto tienen que avergonzarnos porque en ellas nos reconocemos, siendo ese reconocimiento el primer gesto para hacernos cargo de su transformación. Lo mismo ocurre con la culpa. Culpables son los autores de actos contra la humanidad, pero lo que nos atraviesa de esa culpabilidad, tenemos que poder transformarlo en respuestas responsables de lucha contra la impunidad, el olvido y el silencio, y de lucha por la justicia, la memoria y la verdad.

Por otra parte, quisiera abordar el tema del silencio. Silencio es también lo que se les pedía a los chiquitos que tenían a sus padres y madres desaparecidos. Los familiares, las abuelas, les pedían que guardaran silencio porque había mucho peligro en los jardines, en las escuelas, en las calles y plazas. En tiempos de terror de Estado, el peligro

era real y no se podía confiar en los desconocidos. Se trata en este caso de un *silencio* particular: este mandato de silencio no es como cualquier otro. Su función en esa época era lograr que, por ejemplo, los chicos que las abuelas y los familiares tenían a su cargo no hablaran en las escuelas de lo que estaban viviendo, de lo que estaba pasando en sus familias. Incluso a veces esos tutores les contaban algún cuentito para postergar la verdad sobre el destino de sus padres porque eran muy chiquitos y no estaban en condiciones de escucharlo. Buscaban entonces maneras de tramitar con ellos, paso a paso, hasta que pudiera ser revelada la verdad sobre lo ocurrido con sus padres y madres, sabiendo que para los familiares mismos no estaba claro el destino de sus hijos o hijas, hermanos o hermanas. Lo que más había que silenciar era la búsqueda desesperada y la lucha por encontrarlos. Era muy difícil, porque los niños y niñas acompañaban y vivían la desesperación de los adultos, además de cargar con su propio dolor, miedo y angustia. Este tipo de silencio tiene que ver con aquello que hoy es un secreto y mañana ya no, con aquello que está al servicio de la protección, o a la espera del momento oportuno.

Pero existen otras formas de silencio. Yo creo que este silencio al que se hace referencia con el término “mandato de silencio” está al servicio de una orden muy precisa: “no pienses”. “Está prohibido pensar, salvo lo que yo te digo que pienses”. Decir eso es dañar mucho, mucho, la potencia de pensar que tenemos todos los seres humanos. Es casi una redundancia hablar de un “pensar crítico”: todo pensar es crítico, todo pensar es interrogativo, todo pensar se pone en cuestionamiento a sí mismo. Por lo tanto, cuando yo digo “sobre esto no se piensa”, estoy atacando la libertad de pensar (un pensar que siempre es crítico e interpelativo respecto a sí mismo y respecto a los otros) y, aun más, la libertad de relacionarse con los demás. Porque ese pensar nunca es solitario: aun cuando estemos a solas y a oscuras en nuestro cuarto, hay otros que nos habitan y con los que estamos dialogando gracias a los libros que leímos, a las experiencias que tuvimos y, en fin, al

encuentro permanente con los otros y con la cultura en la que vivimos. No pensamos a solas, no hacemos nada a solas: aun en el mayor estado de asilamiento, los otros están en nosotros.

Quisiera justamente invitarlos a reflexionar sobre este tema, para ver lo que podemos aportar. Ustedes comenzaron a hacerlo desde el momento en que pudieron abrirse y conocer aquello que les era ocultado y que tenían prohibido cuestionar, sobre lo que tenían prohibido pensar. Antes de poder hablar rompiendo el silencio, ustedes llevaron a cabo una rebelión en su capacidad de pensar: recuperaron la posibilidad de pensar libremente, y de ahí la posibilidad de contar, de relatar. Hablaron con los vecinos, en la escuela escuchaban otras cosas; se había puesto en marcha un proceso histórico en el país que ayudaba a que ustedes tuvieran herramientas para recuperar y reparar ese pensamiento que estaba tan dañado. Eso gracias a las Madres, las Abuelas, los organismos, y muchas historias anónimas que estaban al lado nuestro en distintos lugares en los cuales ustedes también participaban. Este pueblo no es único, pero me parece fantástico que en él se haya podido llevar a cabo un proceso semejante.

Por último, he aquí una parte del escrito que mencioné al comienzo.

Inacabadamente. Una y otra vez volvemos a conversar sobre la memoria, por muchas razones y entre ellas porque esculpe el tiempo, sus variadas estaciones, en nuestra subjetividad singular y colectiva. Porque en ese entramado de recuerdos y olvidos que la constituyen devienen nuestras identidades. Porque guarda las marcas de lo vivido, sus imágenes, sus textos, e ilumina esas voces y esas miradas imperdibles de los ausentes y de lo ya ausente. La memoria se conjuga en tiempo presente, su pasado y su futuro son hoy, fugazmente hoy. Y en el hoy siempre se vuelve a soñar, y lo que hoy soñamos se alimenta en los claros oscuros de la memoria, los deseos de entonces y de siempre, los encuentros y sus desencuentros, lo amado y lo arriesgado, lo perdido y lo olvidado, lo esperado y lo ilusionado.

En fin, en su devenir memoria conjugada siempre en tiempo presente.

En la memoria, como en el amor, hay que ser al menos dos. Una memoria sin otros sufre la desesperación del desamparo, del puro olvido, o quizás de lo inmemorial.

Cito el verso de Paul Celan que dice: “El mundo se ha ido, yo tengo que llevarte”.²⁵ El poeta Celan fue víctima y sobreviviente del Holocausto. Creo que ese es el verso de todos los sobrevivientes, sabiendo que todos somos sobrevivientes en diferentes grados, a tal punto que John Berger expresa y nos expresa al afirmar que “la condición previa para pensar políticamente, a escala global, estriba en reconocer la integralidad del sufrimiento innecesario que se vive”.²⁶ De modo tal que “uno podría argüir que la filosofía comenzó por la preguntar: ¿por qué el dolor?”. La memoria necesita de lugares hospitalarios. A la memoria hay que darle lugar. Yo he planteado que la alternativa a la crueldad es la hospitalidad, y aquí estamos en uno de los hogares de la memoria, esta facultad, y la casa que están armando, la casa simbólica que vienen armando este nuevo colectivo: Historias Desobedientes. Entonces estamos en uno de los hogares de la memoria, la hospitalidad es dar-darse amparo en una geografía de la proximidad, y la crueldad destruye lo más cercano: al otro y a toda posible alteridad.

También sabemos que en la hospitalidad el otro no es recibido sin contradicción, sin angustia o miedo, sin conflicto. Y a nuestras memorias las albergamos con todas sus contradicciones, con sus miedos y sus espantos, y también con sus potencias transformadoras. Y más potentes aún si encuentran cobijo. Y sabemos que darles amparo es ponerlas a trabajar en su articulación con el presente. Cobijarlas entonces es compartirlas en un trabajo de verdad y justicia. En su entramado se encuentran las verdades y en el encuentro con el presente compartido recobramos la dignidad de enfrentarlas.

²⁵ Paul Celan, *Obras Completas*, Trotta, Madrid, 1999.

²⁶ John Berger, *Con la esperanza entre los dientes*, Alfaguara, Buenos Aires, 2007.

En el relato *Robinson Crusoe*, Daniel Defoe denomina la isla a la que arriba como náufrago solitario “La isla de la desesperación”. Así reclaman nuestras memorias en cada presente, también en los tiempos presentes mientras acontecía el pasado, y reclaman para amparar la fuerza de la esperanza, que solo se vuelve esperanza no como modo de soportar el miedo, sino como modo de seguir liberando las fuerzas de nuestras resistencias. De lo contrario, seremos cada uno de nosotros “islas de la desesperación”, naufragando en los miedos que no sustentan la esperanza, desamparados. Y el mayor desamparo no proviene de las fuerzas de la naturaleza, proviene de no estar junto al otro, al lado del otro. Repito, al lado del otro, compartidamente, no en el lugar del otro: en el lugar del otro está el otro. Al lado del otro está cada uno de nosotros, hospitalariamente.

El pasado anidado en la memoria se mueve velozmente, se opaca, se desdibuja, y para salvar el pasado de la perpetuación de la injusticia tenemos que poder grabar los recuerdos en la placa del presente como lo proponía –y en este gesto también redimía a los olvidados, a los que no escriben la Historia– Walter Benjamin, al convocar a “ese recuerdo que relampaguea en el instante de peligro”.²⁷ Capturar esos recuerdos, hacer una lectura y una escritura del pasado va a determinar el modo presente de hacer política, de hacer la vida en común.

A esta interacción del pasado y el presente, Benjamin la denomina “imagen dialéctica”. Así surgen esos recuerdos, desconfiados y a contrapelo de los relatos canónicos, esos que escriben y realizan los vencedores, y en los cuales no hay interacción entre pasado y presente, solo perpetuación del dominio asentado en la negación, en la banalización del crimen, no en la banalidad sino en la banalización del crimen, del sufrimiento, del inefable dolor. A ese modo de capturar el pasado desde la conciencia de peligro, el mismo autor

27 Walter Benjamin, “Sobre el concepto de historia”, en *Discursos interrumpidos I*, Taurus, 1989.

lo llama *memoria*. Benjamin recoge la antorcha encendida en 1920 de un profesor judío que sería asesinado en Buchenwald: Maurice Halbwachs, quien había convertido la memoria en resistencia a la barbarie. Entonces vamos a encontrar la memoria en otro lugar de amparo: la plaza pública. Y en la plaza pública, y en sus muchas casas, la memoria nos invita a la resistencia, a la creación de un presente-futuro que trabaje para interrumpir la lógica concentracionaria, la lógica del progreso donde se desarticula la relación medios-fines que tanto alienta la razón instrumental, la lógica de la crueldad que derrota en su accionar toda posible alteridad, y eso quiere decir que triunfa lo deshumanizante. Interrumpir, desmontar cualquier lógica que no pueda considerar que no hay verdad si ignora el sufrimiento evitable, ni ética que no sea respuesta al dolor humano, al dolor del otro. Solo así la respuesta a la llamada encerrada en nuestras memorias, será respuesta a la injusticia y al dolor. Nuestra memoria convocada sostiene la respuesta.

Nuevamente en este escrito vuelvo a lo que en mi libro *Sobre la crueldad*²⁸ comencé a esbozar en el sentido de que toda memoria singular se debate en los marcos de una memoria colectiva, como lo enunció Halbwachs en 1920. Y en esa medida, toda memoria se despliega en un campo de luchas, de confrontaciones, se enmarca en una determinada política de la memoria. Nuestra confrontación hoy continúa siendo contra la política del olvido, de la negación, de la mentira, de la banalización. Hoy, y desde la anulación de las leyes de impunidad, desde los juicios a los genocidas posibilitados por miles de memorias y por una memoria colectiva de resistencia, desde la voluntad política de desafiar a la razón instrumental en sus planteos sobre lo que es posible o no es posible, seguimos siendo convocados en nuestras conciencias a sostener nuestras resistencias, nuestras memorias, ya que dismantelar los modos presentes de las políticas del olvido, la

28 Ana N. Berezin, *Sobre la crueldad. La oscuridad en los ojos*, segunda edición ampliada, Psicolibro Ediciones, Buenos Aires, 2010.

amnistía, la negación y la banalización del terror de Estado es una tarea que posiblemente atravesase a muchas generaciones, tantas como nos imponga cualquier continuidad de injusticia, de dolor evitable y de desesperación.

Hoy, y solo para relatar una de las formas actuales de falseamiento, deformación y negación de la crueldad y el terror vivido, hay quienes reconocen y hasta con condescendencia valoran el compromiso de muchísimos de nuestros desaparecidos y sobrevivientes, para rápidamente concluir que “sabían lo que arriesgaban”, versión actualizada del “por algo será” y siniestro modo de convalidar el terror de Estado. Podría seguir enumerando las diversas formas en que el terror aún nos atraviesa y sigue presente, sin fronteras: el negacionismo del Holocausto y de nuestros 30 mil desaparecidos, la anulación de toda verdad histórica sobre el genocidio armenio, la naturalización de las guerras post coloniales en África, la complacencia indiferente hacia los miles de desesperados, migrantes y refugiados en cada continente... y podría seguir. Y seguimos, sí, construyendo, ayudados por esos poetas que no solo han pensado al mundo sino que nos han transformado. Seguimos pues afirmando con Benjamin que “por amor a los desesperados mantenemos la esperanza”, afirmando con Celan que “el mundo se ha ido, tengo que llevarte”, y afirmando que lo hacemos, simplemente, por *memoria, verdad y justicia*, que implican un modo de hacer la vida en común, de hacer una política que nos da felicidad hoy, pensando en el ayer, en el hoy y en el mañana.

Agradecimientos

Agradecemos a quienes aportaron sus reflexiones y saberes a este encuentro para ayudarnos a tratar de entender lo que muchas veces es inentendible.

A Rogelio de Leonardi, por sumarse al sueño de este libro. A Delfor Pocho Brizuela, por llevar nuestras Historias Desobedientes a La Rioja. A Leopoldo Santucho, por el tiempo y la dedicación en cada detalle.

A Sonia Alesso y Eduardo López, por estar siempre y acompañar.

A Daniel Feierstein, Uki Goñi, Ana Berezin, Pablo Llonto, Adriana Taboada, Gabriela Sosti, Claudia Acuña por participar y colaborar incansablemente para que este Encuentro fuera posible.

A Carolina del Re y Déborah Licht por sumarse colaborativamente al proyecto y ayudarnos con las transcripciones.

A Alejandra Naftal, María de los Ángeles Ledesma, Verónica Parodi, Cristina Cechari, Carolina Mera y Eduardo López, que nos brindaron, además de cariño y apoyo, espacios acogedores donde poder llevar a cabo este encuentro: un sitio de memoria, una universidad pública, un sindicato docente.

A Robert y Maud Cox, por su invaluable testimonio de lucha.

A Nora Cortiñas –inmensa, ella–, por su amorosa compañía y sus palabras de apoyo y aliento a este Colectivo, y a Horacio Verbitsky por enriquecer el encuentro con su presencia.

A Constanza Brunet y a Florencia Jibaja Alvarez, de la Editorial Marea, por la confianza y el cariño.

A Victor Santamaría, Gabriel Fuks, María Rosa Muiños, Raquel Bitman y Mario Kestelboim, por estar y acompañar.

A Darío Coco, Muguel Pipi Gonzalez, Federico Tonarelli, Iván Wrobel y Lina Medina, por tanto.

A Alejandro Amor y Luis Duacastella que, desde la Defensoría del Pueblo y el Ministerio Público de la Defensa, acompañan y apoyan este Colectivo desde siempre.

A Jorge Godoy y Pablo Salazar de la Unión de Trabajadores de la Educación, por su buena predisposición y por estar aquí, incondicionalmente.

A les compañeres de CTERA, CONADU, ATE y la CTA.

A la embajada de Alemania (Harald Hermann) y al Instituto Goethe.

El *Primer Encuentro Internacional de Historias Desobedientes* se materializó cuando les integrantes de este Colectivo logramos empezar a superar muchos temores e inseguridades. Gracias a todes les Desobedientes, que entregaron su tiempo, su esmero, su palabra, su abrazo, su presencia.

Autorxs

Florencia Jibaja Alvarez

Egresada de la carrera de Edición de la Universidad de Buenos Aires y estudiante de Traductorado en el Instituto Lenguas Vivas. Trabajó durante cinco años como coordinadora en Marea Editorial, donde participó del cuidado de la edición de más de 65 títulos de periodismo, crónica, historia argentina, novela basada en hechos reales, ensayo y derechos humanos.

Carolina Bartalini

Licenciada en Letras, magister en Estudios Literarios Latinoamericanos y doctoranda en Teoría Comparada de las Artes. Docente e investigadora en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y en la Universidad Nacional de Tres de Febrero, publicó diversos artículos sobre arte, memoria y testimonio en la literatura contemporánea. Es autora de dos libros de poesía –*La niña* (2016) y *Enfrentar al muerto* (2018)– e integra el colectivo de Poetas por el derecho al aborto legal. Editó, junto a Verónica Estay Stange, los *Escritos desobedientes* (Marea, 2018).

Ana Berezin

Psicoanalista, egresada de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), docente y supervisora en hospitales y centros de salud públicos. Ex directora del Programa de Asistencia Humanitaria y Psicosocial a los

refugiados colombianos en América Latina (2003–2010 HIAS-AC-NUR), ex asesora del Centro de Asistencia a las víctimas de violaciones a los derechos humanos “Dr. Fernando Ulloa”. Secretaria de Derechos Humanos en el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación entre 2010 y 2015. Es autora de los siguientes libros, entre otros: *Sobre la Crueldad. La oscuridad en los ojos* (Homo Sapiens, 1998; Psicolibro, 2010), *Desafíos en las fronteras. Crónica de siete años de trabajo con refugiados latinoamericanos* (Psicolibro, 2014); y coautora de diversas publicaciones, entre otras: *Clínica psicoanalítica ante las catástrofes sociales. La experiencia argentina* (Paidós, 2003).

Nora Cortiñas

Fundadora de Madres de Plaza de Mayo y de Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora. Su hijo, Carlos Gustavo Cortiñas, fue detenido ilegalmente el 15 de abril de 1977 en la estación de trenes de Castelar por una patota del aparato represor y genocida de la última dictadura cívico-militar. Desde ese momento se encuentra desaparecido. Nora de Cortiñas acompañó este Encuentro y pronunció las palabras que aquí transcribimos [n. de las eds.].

Mariana Dopazo

Psicoanalista e investigadora. Se declaró “ex-hija” del represor Miguel Etchecolatz poco antes de que se diera el fallo del “2 x 1” en Argentina. Cambiando oficialmente de apellido y haciendo público este gesto (en particular a través de una entrevista publicada en la revista *Anfibia*), formó parte del proceso político y social a través del cual se gestó el colectivo de Historias Desobedientes.

Verónica Estay Stange

Como integrante Historias Desobedientes por parte de Chile, participó en la fundación del brazo chileno del Colectivo. Doctora en lengua y literatura francesas, es autora de varios libros y artículos sobre literatura, arte y memoria. Actualmente es docente en el Instituto de Ciencias Políticas de París y en la Universidad París 8-Vincennes-Saint-Denis.

Gloria Elgueta Pinto

Licenciada en Filosofía, magister en Filosofía Política, integrante de *Londres 38, espacio de memorias* y codirectora de *Tiempo robado editoras*.

Daniel Feierstein

Licenciado y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires, investigador del CONICET, profesor titular en la Facultad de Ciencias Sociales, donde dirige el Observatorio de Crímenes de Estado, y en la Universidad Nacional de Tres de Febrero, donde dirige el Centro de Estudios sobre Genocidio.

Liliana Furió

Documentalista audiovisual y bailarina de tango queer (que se baila con intercambio de roles independientemente del género). Forma parte de MUA (Asociación de mujeres audiovisuales), de la Asociación de milongas con sentido social y del Colectivo Historias Desobedientes desde su fundación el 25 de mayo de 2017.

Uki Goñi

Nació en Washington D.C., Estados Unidos. A los 21 años se radicó en Buenos Aires, ciudad nativa de sus padres. Es autor de tres libros (*El Infiltrado*, *Perón y los alemanes* y *La auténtica Odessa. La fuga Nazi a Argentina*). Como periodista, escribe en *The New York Times* y *The Guardian*, entre otros medios. Durante la dictadura militar en Argentina trabajó en *The Buenos Aires Herald*.

Pablo Llonto

Abogado en causas de lesa humanidad desde 1984. Antes de recibirse, durante el último año de la dictadura, formó parte de los equipos *ad honorem* de colaboradores del CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales). Actualmente, representa a más de 350 familiares de desaparecidos y víctimas del terrorismo de Estado. Trabaja además como periodista. Recientemente, en la llamada causa Contraofensiva, realizó el planteo jurídico para que Pablo Verna pudiese declarar acusando a su padre como autor de crímenes contra la humanidad.

Vittoria è Natto

Escritora chilena nacida en Valparaíso en 1964. Hija del mar y de la historia de su patria, se abre a la escritura con la premiación de su novela testimonial *El fruto prohibido-memorias de una ex menor* en enero del 2010, en el marco del Concurso Escrituras de la Memoria del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes. Sus poemas han sido publicados en antologías en México, Canadá y Argentina. Ha publicado autoediciones en Chile, con fines pedagógicos por su desempeño como docente en educación secundaria y de adultos. Es licenciada en Lengua y Literatura, Teología y Actuaciones Psicosociales en Violencia Política, (PUCV-U. Complutense). Se ha dedicado a la investigación de las huellas la memoria cívica en hijos de víctimas de la dictadura en Chile, verificando así cómo han resignificado los eventos traumáticos los descendientes y los daños transgeneracionales que aparecen en las generaciones presentes a través de las artes, y específicamente de la escritura testimonial.

Lizy Raggio

Nació en 1960 en Vedia, provincia de Buenos Aires. Es licenciada en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Se especializó en clínica psicoanalítica para niños y adolescentes y su tema de investigación es lo transgeneracional. Esto la llevó a investigar y escribir sobre las mujeres

de su familia (material que sigue en construcción), de donde salió el texto para *Escritos Desobedientes*. Tiene cuatro hijos y tres nietos. Es integrante de Historias Desobedientes.

Alexandra Senfft

Nacida en Hamburgo, Alemania, es experta en ciencias islámicas y, entre otras ocupaciones, fungió como mediadora en el conflicto en Medio Oriente y como observadora UNRWA en Westbank. Desde 1991 trabaja como periodista independiente. Ha publicado dos libros (que aún no han sido traducidos al español) acerca de la temática de familiares de genocidas, partiendo de su propia historia: *El silencio duele. Una historia familiar alemana (Schweigen tut weh. Eine deutsche Familiengeschichte, 2007)* y *La larga sombra de los genocidas. Descendientes de nazis frente a su historia familiar (Der Lange Schatten der Täter. Nachkommen stellen sich ihrer NS-Familiengeschichte, 2016)*.

Adriana Taboada

Psicóloga y perito en varias causas judiciales de Lesa Humanidad. Es investigadora del Centro de Estudios sobre Genocidio de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

Editorial: Ediciones AMP

Edición: Verónica Estay Stange y Carolina Bartalini

Diseño editorial: Julie August

Imprenta: Cooperativa Obrera Gráfica Talleres Argentinos Limitada

Tira: 350 Ejemplares

Buenos Aires en marzo 2020

ISBN: